

PEDRO MAIRAL

**BREVES
AMORES
ETERNOS**



emecé

Breves amores eternos

Breves amores eternos

Pedro Mairal

Índice de contenido

Portadilla

Legales

Breves amores eternos

Un verano feliz

El anillo

Cero culpa

Sudor

El hipnotizador personal

Sally Méndez

Hoshiko y el primer mandamiento

Coger en castellano

El guardián de la gigante

Tatiana desnuda

La fuerza

Hoy temprano

Hoy temprano

Amor en Colonia

Amazonia

Los héroes

El nieto del viejo Pintos

Los caminos del amor

Marcelino López

El viaje de la profesora Bellini

La vuelta

La suplencia

Cuadros

La virginidad de Karina Durán

Mairal, Pedro
Breves amores eternos / Pedro Mairal. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé,
2019.

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-04-4017-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019, Pedro Mairal
c/o Indent Literary Agency www.indentagency.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados
© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: noviembre de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-4017-2

Breves amores eternos

Un verano feliz

Mi mujer insistió tanto que le dije que sí, que iba a ir a terapia, porque se cree que estoy deprimido. Pero la verdad es que conocí a una mujer en Uruguay. Una gorda lindísima que me hizo tanto bien que ahora la extraño. Pienso mucho en ella y sobre todo en la última vez que la vi. No estoy nada deprimido. La que está deprimida es ella. Deprimida y enojada. De hecho, estuvo enojada todo el verano. Quizá al principio fue mi culpa, supongo. Hice un chiste estúpido ni bien llegamos a Punta del Este: ella se había comprado unas cremas y me dijo esta crema es para levantar la cola y yo dije en voz baja ¿viene con una grúa de regalo? No me lo perdonó porque era el primer día de playa y estaba susceptible, insegura de ponerse el traje de baño. No sé. Hace tiempo nos habría causado gracia, nos podríamos haber reído juntos. Pero ya no se ríe de mis comentarios. Está atacada con el tema de la edad, cumple cuarenta y siete este año. Yo no tengo tanto problema, pero ella sí, todo el tiempo mirándose al espejo, lamentándose por cómo le cambió el cuerpo. Yo me quedé pelado y no protesté tanto. La cosa es que se tomó muy mal mi chiste, y no sirvió de nada que le dijera que estaba linda, ni que le pidiera disculpas. Me tachó, me castigó con lo que sabe que me jode: no cogimos ni una vez en todo el mes.

Yo empecé a juntar una mezcla de bronca y calentura. Era violenta la calentura. Todo el día rodeado de unas minas increíbles. Íbamos a la playa en Manantiales, porque mis hijos tienen a los amigos ahí. Antes iban amigos nuestros, ahora están los padres de algunos compañeros de colegio de mis hijos, pero no pasamos de saludarnos y hablar un poco de política. La cosa es que entre tantas minas tenía que meterme al mar a cada rato, a enfriarme, me sobraba una energía que me ponía de mal humor, y las pendejas de 18, amigas de mi hija, tomando sol ahí al lado con unos culitos duros y redondos, unas tetitas altas que a cada rato medio se les escapaban de la bikini y yo hacía un esfuerzo terrible por disimular, parecía una momia con anteojos negros sentado en la reposera, porque no movía la cabeza, pero miraba todo, no podía parar de mirar minas y de imaginarme que me las cogía a todas. Una vez me masturbé rápido en el baño del parador. No hacía eso en un lugar público desde la adolescencia. Otra vez no aguanté más y me metí a nadar con bronca mar adentro. Me tuvieron que sacar. Lo que me impresionó fue la cara de vergüenza de mi hijo y mi hija cuando llegué a la orilla escupiendo los pulmones. Mi mujer se asustó, pero le agarró por el lado del ojo, cómo hacés una cosa así, mirá si te morís acá, Rodolfo. Esa noche no hablé y al día siguiente dije que me sentía un poco mal, así que los llevé a todos a la playa y me fui a Maldonado a comprar una manguera que hacía falta para el jardín.

Maldonado es una ciudad chica, siempre me gustó. Di vueltas buscando una ferretería y de repente una cuadra me sonó conocida hasta que vi el cartel que decía Hiroshima. Era un puterío al que íbamos con amigos en los ochenta. Sigue ahí. Estaba la puerta abierta. ¿Por qué no?, pensé. Tenía rabia. Rabia contra mi mujer que cada noche cuando me quería reconciliar con ella me daba la espalda y me decía estoy agotada. Me sentía tan castrado, frustrado, un pelado calentón que no podía cogerse una pendeja de 18, ni una chica de 25, ni una mujer de 30, ni una mina de mi edad.

Me sentía realmente mal y además me quemaba la cabeza esa historia de la playa, todo ese muestrario de culos prohibidos. ¿Con quién cogían todas esas mujeres? Con cualquiera, menos conmigo. Me quedé dentro del auto, en la esquina. Me fijé que no viniera nadie y me decidí a entrar. Había una tipa barriendo, me dijo está cerrado señor, abre a las veinte. Perdón, perdón, dije pegando la vuelta, y me atajó: ¿A quién busca? Si busca una chica le voy a dar referencias. No entendí bien, hasta que la vi dejar la escoba y anotar algo en un papel, en la barra. Me lo dio y salí rápido. Me volví a sentar al volante. El papelito decía Melanie y tenía un teléfono.

Estaba embalado. Pensé en volver a la Punta y llamar después, pero ya estaba dentro de una ola de adrenalina que no sentía hacía tiempo. Yo en general fui siempre fiel. Hace mucho me enredé durante unos meses con una compañera de trabajo —no en la empresa donde trabajo ahora—, pero después lo cortamos de mutuo acuerdo, y nunca más. Después me porté bien. No me quiero justificar. Esto lo hice porque quería. Quería estar con una mujer desnuda, sentirla contra mi cuerpo, no me importaba si tenía que pagar. Llamé desde un locutorio y una voz de mujer muy dulce me dijo que atendía en su casa, que trabajaba sola, me dio la dirección y me pasó la tarifa por una hora. Calculé que eran sesenta dólares en pesos uruguayos. Le dije que iba para allá. No quedaba lejos. Pasé dos veces por la puerta manejando despacio, mirando la casa de una planta, con las persianas bajas, sencilla. Dejé el auto a dos cuadras y toqué el timbre. Me abrió una gorda de ojos verdes, me hizo pasar con una sonrisa, medio tímida. Tenía el pelo negro, largo y suelto. Soy Melanie, me dijo. De entrada me gustó, era de esas mujeres gordas con forma, con buenas curvas, pulposas pero de cintura angosta. Me hizo pasar al cuarto, nos desvestimos y nos dimos con todo durante un rato. Era la una de la tarde y yo cogiendo en Maldonado. Pero me dio una felicidad enorme. No sé cómo explicarlo. Me sentí tranquilo, aliviado. Melanie era cariñosa, me trataba bien, me ponderaba, me hacía sentir como un hombre. Daban ganas de hacerla ir a mi mujer para mostrarle y decirle ¿ves lo fácil que es tenerme contento?

En casa decreté que día por medio no iba a ir a la playa sino a jugar al golf, y además solo, o a tirar pelotas. Cargaba la bolsa en el baúl y me iba a pasar una hora con Melanie que después de encontrarnos un par de veces me confesó que se llamaba Mónica, que era viuda, que había trabajado de noche en el Hiroshima, que todos los días a las diez de la mañana lo llevaba a su hijo a la colonia de vacaciones y algunas tardes trabajaba de ayudante en una peluquería. Yo por mi lado le dije toda la verdad. Le conté todo de mi familia, la pelea absurda con mi mujer. Hablábamos, cogíamos un rato y después yo me iba. Al día siguiente iba a la playa, feliz de la vida, sereno, mirando a las chicas pero sin bronca, disfrutando el panorama, juntando ganas porque sabía que la vería a Mónica al día siguiente. Era muy linda. Esas morochas blancas, con unas tetotas enormes y un culo carnoso que era una fiesta total. A ella le convenía la hora, y a mí también. El acuerdo era perfecto. Un mediodía llevé pollo con papas fritas de una rotisería y almorzamos en su cocina. Me empecé a quedar un poco más de una hora, a veces dormíamos una siesta hasta las tres. Era agradable estar en su casa, tan lejos del cotorreo de la playa, de mi mujer quejándose por la mucama, de mis hijos pidiéndome plata. Esto era otro mundo, más simple, más lento. Un día estaba su hijo porque tenía un poco de fiebre, así que solo tomamos mate en el patio, no hicimos nada y no me importó, de hecho me gustó, me habló de sus plantas mientras el hijo se acercaba y me dejaba autitos en las rodillas.

El último día que la vi a Mónica, el cielo amaneció cargado con unos nubarrones negros y tronando. Mi hijo había llegado de madrugada, borracho, y el auto estaba chocado, no mucho pero con el guardabarros rozando la rueda. Lo reté, pero él no sabía que mi bronca era por haberme dejado sin auto justo ese día. Agarré solo tres palos, una madera, un hierro y el putter, me los até a la espalda con una correa y me subí a la motito de mi hija. Rodolfo, vos estás loco, hay rayos, decía mi mujer y yo le decía que el golf últimamente era lo único que me hacía feliz. Por el camino me agarró la lluvia, primero suave, después un chaparrón que me ensopó. Antes de llegar me quedé sin nafta y tuve que caminar empujando la moto hasta una estación de servicio. Empezaron a caer rayos y yo con los palos a la espalda tenía miedo de atraerlos, pero seguí. Quería estar con Mónica. Cuando me vio llegar, sonrió y trajo una toalla sin decir nada. Me saqué la ropa mojada y nos metimos en la cama. Puedo decir que algo pasó. No quiero exagerar, ni sé explicarlo bien, pero sé que los abrazos tuvieron otro significado esa tarde. Aunque no dije nada, ella entendió que no nos íbamos a ver más. Afuera diluviaba, Mónica me pasaba muy suave la mano por la cabeza. Sabía que eso me gustaba. Después me trajo ropa seca de su marido que había sido jardinero y había muerto electrocutado con una máquina de cortar pasto. Sobre una silla me dejó una camisa y un pantalón. Me quedé un rato con ella en la cama, sentí su respiración distinta cuando se quedó dormida y me levanté. Me puse de vuelta mi ropa mojada y le dejé la plata en la mesa de luz. Se despertó un poco y nos despedimos con un beso. Le dije que no se levantara y me fui. Al día siguiente volvimos con mi familia a Buenos Aires. Cuando salimos del ferry en Dársena Norte, en la puerta de Buquebus, unos manifestantes contra la papelería uruguaya nos tiraron huevazos que chorreaban por el parabrisas del auto. Yo, antes de saber de qué se trataba, sentí que me lo merecía, sentí que me estaban escrachando a mí. Pero bueno, uno después se acomoda otra vez a su vida. Por eso digo que no estoy deprimido, pienso en Mónica nomás. Supongo que ya me voy a ir olvidando. Lo que tengo claro es que no voy a hacer terapia. Aunque quizá le diga a mi mujer que voy a ir a terapia, así puedo aprovechar para salir y estar solo un rato.

El anillo

¿A ver cómo te queda?, pregunta una voz de mujer desde el cuarto en sombras. Flaco y desgarrado, él se para bajo la luz del pasillo, frente a la puerta, vestido de fútbol, mirándose las medias azules nuevas y los botines. Muy profesional, ¿son cómodos? Sí, están medio duros, ya los voy a ablandar jugando, bueno, me voy. No vuelvas tarde, Emilio, dice la mujer. Quizá nos tomamos una cerveza después del partido, dice él y sale con el bolso al hombro.

Afuera ya es de noche. Emilio cruza la plaza Las Heras, mira que no venga nadie y detrás de un árbol refriega los botines contra el pasto, contra el tronco, camina arrastrando los pies, se frota cada media con la suela del otro pie hasta que quedan manchadas. Sigue caminando, y cruza la plaza. Camina varias cuerdas, hasta que en la entrada de un edificio toca el portero eléctrico y le abren.

Arriba, su amigo Franco lo hace pasar y se empieza a reír de su atuendo. No te rías. Es regalo de cumpleaños. Si no me visto de fútbol, no me cree. Franco le dice: Vení, ayudame que estoy cortando fruta para los daiquiris. Pará que me saco esto, dice Emilio y se mete en el baño.

En la cocina, ya cambiado con jeans y una remera, lo ayuda a Franco a cortar fruta mientras fuman un porro. Pero la camiseta no va a tener olor a chivo, dice Franco. Bueno, ¿qué querés que haga?, ¿que salga a correr?, ya embarré los botines, la camiseta la hice un bollo y la metí en el bolso. ¿Vos te pensás que no se da cuenta? Creo que no, dice Emilio. ¿Pero no te dice nada? Que no vuelva tarde, me dice. Pero yo creo que ya ni le importa. A veces llego antes que amanezca, me meto en la cama y ella se despierta y se hace el desayuno, yo duermo a la mañana, después me voy a la redacción y ella duerme la siesta. Nos turnamos para dormir. ¿Y ella qué hace todo el día? No sé, duerme y come.

Siguen cortando frutillas y duraznos. Che ¿no es medio de jovato el daiquiri?, pregunta Franco. Sí, puede ser, estas minas deben tomar Speed con vodka, esas cosas. Pero el daiquiri es dulce y además tiene fruta, les gusta, me parece. ¿Son todas de la revista las que vienen? No, vienen con amigas. Hay una amiga de Lola, medio brasilera, que tiene un culo para poner en un marco. ¿Sonó el timbre?

Cuando el departamento está lleno de gente y música y humo, Emilio baila en el montón con un vaso en la mano. Ya parece medio frágil. Hay gente sentada en el piso hablando en grupos. Emilio baila con una chica de rulos y vestido corto celeste. De vez en cuando se rozan bailando y ella levanta los brazos. Se sonríen. Tengo que ir al baño, le dice ella al oído. Emilio la sigue y van juntos al pasillo. Hay cola. ¿Esta es la cola para el baño? Una chica de anteojos les dice que sí. Se quedan ahí esperando y Emilio le dice a la chica de rulos: Te voy a decir un secreto. La chica lo deja acercarse. Emilio le habla al oído. Ella sonríe y le dice: Esa no la había escuchado nunca, la que conocía era «Estás más buena que el pollo con papas». ¿Vos sos medio brasilera? Sí, ¿cómo sabés?, mi mamá es brasilera, viví de chica en Brasil. Emilio le da un beso en el cuello, y después se besan en la boca. Cuando paran ella dice: ¿Vos no estás casado?, te vi el anillo. Sí... pero no. Ya la cosa no... Se siguen besando. Me estoy haciendo pis, dice ella. ¿Querés que nos vayamos? Dale, contesta ella.

Se aprietan en un rincón del ascensor. ¿Cómo te llamás? Emilio, ¿vos? Sandra. En la calle

Sandra hace pis entre dos autos estacionados. No mires. No miro. ¿No viene nadie? No. ¿Qué hacés con un bolso?, le pregunta ella cuando ya están caminando. Tenía que traer cosas a lo de Franco. ¿De dónde lo conocés a Franco? De la facultad, hace como diez años que lo conozco, ¿y vos? Es amigo de una amiga. Pará que te doy un beso acá que la luz de la calle te pone muy sexy, dice Emilio. Se besan en la entrada de un edificio y cuando él le empieza a levantar el vestido, ella dice: Acá no. Él le dice: Vamos a un telo que hay acá a la vuelta en Arenales.

Entran al telo, él paga y buscan el cuarto que les tocó. Cierran la puerta por dentro y ella dice con voz de locutora: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que... Y una voz grabada dice por el parlante: Bienvenidos a Juntos Hotel, recuerden que contamos con *room service*, gracias por elegirnos. Él la mira sorprendido y se ríen. ¿Tenés acciones acá? Venía con un novio, no debería haber hecho eso, estoy muy borracha, me quiero duchar. Nos duchamos juntos, dice Emilio.

Ella enciende la luz del baño, pero la apaga porque es demasiado brillante. Él abre las canillas y regula la temperatura del agua que sale con mucha fuerza. Emilio le saca el vestido por arriba de la cabeza. Ella lo ayuda a sacarse la remera. Se desvisten tratando de no dejar de besarse, pero no pueden. Él tiene que sacarse el jean a los tirones, le queda una pierna atascada y pateo el jean hasta que se le sale. Ella se mete en la ducha y él detrás.

La empieza a enjabonar abajo del chorro. Le enjabona las tetas, ella se pone de cara a los azulejos, dándole la espalda. Emilio le sube la mano entre los muslos, le hunde la mano entera de canto entre los cachetes con mucho jabón. Sandra, tenés un culo tan paradito y apretado que te meto la mano y me saca el anillo, ¿sentís?, dice él asombrado, repitiendo el movimiento. Es como un destapador tu culo. De repente algo sale mal. ¿Qué pasó?, dice ella. Él se agacha. Se me cayó, pará, no te muevas, prendé la luz. ¿Me quedo quieta o prendo la luz? Prendé la luz, dice él y cierra las canillas.

En cuatro patas Emilio busca por el piso de la ducha pero no encuentra nada. ¿No te habré quedado en...? ¡No!, ¡cómo me va a quedar a mí!, dice ella. Me parece que se fue por la rejilla, dice él. Trata de mirar adentro de la canilla. ¿Tan flojo te quedaba? Sí, siempre me quedó medio flojo. Ella se envuelve en una toalla y se sienta sobre la tapa del inodoro, cruzando las piernas, sin decir nada. ¿Qué hago?, pregunta él desesperado. ¿Pero está ahí? No sé, no lo veo. Usá la luz del celular. Él busca su celular y con la lucecita alumbró dentro del desagüe. ¡Ahí está! Hay como un codo en el caño y está justo ahí, lo veo. Bueno, pará, dice ella, tranquilizate, vestite y pedí en recepción que venga alguien.

Él insiste con que va a poder sacarlo solo. Necesito algo largo, un alambre. Da vueltas por el cuarto buscando algo que le pueda servir. Vestite que me ponés nerviosa. ¿Vos nerviosa?, ¿y yo qué? Eh, bueno, calmate, ¿no era que ya no iba más la cosa con tu mujer? ¿Y vos qué sabés? Vos dijiste. Si ya no estás con ella, dejalo ahí el anillo, ¿para qué lo querés? No entendés nada, nena. ¿Qué cosa no entiendo?, ¿que sos un careta? Emilio se queda callado y después le dice: El día que te cases lo vas a entender, ahora sos muy chica. Bueno, perdoná, qué tonito sabihondo, dice ella. Emilio la mira. Quizá con eso que tenés al cuello lo puedo sacar. ¿Mi cadena?, ni en pedo, no vas a meter mi cadena ahí. Tiene un ganchito perfecto para sacarlo. No. Emilio se pone los jeans y la remera, revuelve en su bolso, trae las llaves y un botín de fútbol al baño. ¿Qué hacés con un botín? Sin contestar, él saca uno de los cordones, saca todas las llaves de la arandela del llavero y la tuerce. Se lastima los dedos, la dobla contra el mármol del lavamanos hasta que queda como una ese y la ata al cordón.

Ella se viste y se vuelve a sentar sobre el inodoro cerrado, secándose el pelo y peinándose. No me voy de acá hasta que lo saco, dice Emilio. Con el cordón ya metido en la rejilla, lo baja y

sube con una mano mientras con la otra trata de iluminar dentro del caño con la luz del celular. A una amiga una vez se le quedó el auto en un telo, dice ella, cuando volvió al garaje no arrancaba, tuvo que entrar el auxilio. Emilio no contesta. Dice «carajo», en cada intento fallido. Ella se pone los zapatos y dice: Tomalo como una señal, esto te libera, ya está, se terminó lo que te hacía sufrir, yo me separé de mi novio hace dos meses y fue una liberación total, a veces a las relaciones que no funcionan hay que dejarlas que se vayan así, por el caño... ¿Te podés callar, nena?, bastante difícil es tratar de sacar esto de acá como para encima tener que escuchar tus comentarios de pendeja pelotuda. Sandra hace una pausa, se levanta y abre de golpe las dos canillas. Cae un chorro poderoso sobre Emilio, que dice ¿qué hacés? y trata de cerrar las canillas y tapar el desagüe con el pie. Se oye el portazo de Sandra que se va. Empapado, Emilio trata de que no entre agua por la rejilla, se agacha, mira de nuevo con la luz del celular y dice: Mierda, pendeja hija de puta. Se queda sentado en la ducha, con el jean y la remera mojados.

Camina despacio por la calle con el bolso al hombro. Vuelve al departamento donde estaba la fiesta. Queda poca gente. Lo busca a Franco entre los grupitos de borrachos. Franco está en la cocina. ¿Qué te pasó?, ¿está lloviendo? Emilio le cuenta, hablan un rato. Franco se ríe, después dice: ¿Y si mandás a hacer otro? No, se va a dar cuenta, además tenía su nombre grabado, los mandó a hacer ella. Lo único que se me ocurre es que le digas que te afanaron por la calle. ¿El anillo solo? Y algún documento. ¿El celular no? Guardá el chip y dejá el aparato acá, dice Franco. No me va a creer, se va a dar cuenta de que no me pasó nada, tendría que estar golpeado, así por lo menos cree que defendí el anillo, si no... Se quedan callados. Pegame en la cara. No, dice Franco, estás loco. Una sola trompada, dale. No. Pegame con algo, te lo pido por favor. Pegame con la tabla de picar. Emilio insiste, agarra la tabla de madera y se la pone a Franco en la mano. Entra gente a la cocina. Franco los hace salir. Ensayan más o menos con qué envión le va a pegar. ¿Estás seguro, no? Sí, dice Emilio poniendo la cara, con las manos en la espalda. Franco le amaga un golpe plano sobre la ceja, pero se acobarda por el camino y le pega a medias y de refilón. ¡De vuelta, más fuerte, cagón de mierda, dale!, grita Emilio. Franco levanta la tabla y le pega un planazo sólido que le da justo en la ceja y el pómulo. Emilio levanta la mano para que no siga. Tiene el ojo cerrado. La ceja le empieza a sangrar. ¿Fue muy fuerte?, pregunta Franco. Está bien, dice Emilio. Te chorrea sangre, sentate un rato, le dice Franco. Pero Emilio dice que no, y se va.

Se vuelve caminando, se mancha con sangre a propósito la remera y el jean. Llega a su casa. Se saca la ropa en el lavadero y la mete en un balde que llena de agua por la mitad. En calzoncillos, se mete al baño, se mira al espejo y se limpia la sangre seca con jabón y papel higiénico. Tiene la ceja y el pómulo muy hinchados, pero ya no le sangra. Sale del baño, camina por el pasillo y entra en la oscuridad del cuarto.

Cero culpa

Cero culpa, le dije a Mayer, pero no es verdad. Y se dio cuenta. Por ejemplo ayer entré en la librería y vi una tapa de un libro de autoayuda que decía «Cómo construir una familia», y lo primero que pensé fue «Cómo destruir una familia». Estoy todo el tiempo pensando qué pasaría. Pienso en vos y las chicas. Como si me muriera. Vos y las chicas sin mí. Si vos pudieras ver bien cómo es Simón conmigo quizá lo entenderías.

A Mayer el otro día le conté de esa vez que estábamos en Cariló. Cuando fuimos en agosto con las chicas. Hacía frío y fuimos a la playa con suéter y campera. Caminamos por la orilla. Las chicas y vos iban delante, yo me fui quedando atrás. Necesitaba estar un poco sola. Verlos de lejos. Iba mirando las piedras, los caracoles. De golpe veía uno de esos medio rosados, o alguna piedra rara, pero cuando los iba a recoger notaba que no estaban en la posición en que los había dejado la marea, sino que alguien los había levantado y vuelto a tirar en la arena. Lo que yo veía eran piedras rechazadas por ustedes. A mí me quedaban esas piedras, esos caracoles.

No sé si Mayer estará esperando que yo pegue el portazo. Nunca sabés lo que están pensando los psicoanalistas. Quizá no espera nada. Debe querer que resuelva de una vez. Que no llegue tan angustiada. Porque le dije que a veces tengo miedo de despertarme diciendo el nombre de Simón, o decirte Simón a vos. Y además me cansa tener el celular en silencio, mandarle mensajitos a Simón encerrada en el baño. Toda la sarta de mentiras que se van acumulando y vuelven como un boomerang.

Lo del cine, por ejemplo. Tener que ver la peor película del mundo dos veces. Simón quería ver *El código Da Vinci* porque había leído el libro. Le dije que sí. La daban en el Village Caballito y yo sabía que ahí no me iba a cruzar con nadie, así que fuimos: cuatro horas de conspiraciones evangélicas delirantes, pero igual me la banqué porque Simón antes del final se entró a aburrir y me buscó la rodilla, fue subiéndome el vestido, me tocó y me empezó a dar besos en el cuello, de una manera que jamás hiciste vos, ni siquiera cuando estábamos de novios y nos frotábamos en el auto durante horas con los jeans puestos. Simón me tocaba en el cine diciéndome al oído: «Cómo me gusta cuando estás así mojada» y después cuando no aguantábamos más, antes de levantarnos para irnos, me dijo: «Te voy a garchar en todos los telos de la Capital Federal». Vicky se rio espantada cuando se lo conté, pero a mí me parece la cosa más linda que me dijeron jamás.

Vicky dice que es una calentura. Lo llama El Mordedor de Saavedra, porque una vez me mordió tan fuerte una teta que me dejó la marca. Te acordás que te dije que tenía una infección urinaria. Era para que no se te ocurriera intentar algo y menos que menos meterte conmigo en la ducha a la mañana. Tenía la marca violeta de sus dientes abajo del pezón izquierdo. Se la mostré a Vicky en la cocina de casa. Después se me hizo una nubecita verde que se fue borrando. Si me veías la marca, te iba a decir que me la había hecho con la puerta del auto.

Fue por la misma época del cine, cuando las chicas se fueron al campamento y a vos se te ocurrió ir a ver *El código Da Vinci* al Village Recoleta. De las diez películas que podíamos ir a ver, te emperraste con que querías ver esa —aunque no habías leído el libro— porque te la recomendó tu hermana. Después me dijiste: «Nunca antes te quedaste dormida en el cine». Cómo

explicarte que no podía soportar esa especie de burla del destino. Esa simetría cruel. Cuatro horas viendo esa tortura de Tom Hanks con vos que resoplás fastidiado, que no te levantás hasta el final porque pagaste la entrada, que rebotás la pierna, ansioso, y no te gusta que ocupen los apoyabrazos de tu butaca.

Si lo pienso, creo que todo esto empezó no tanto porque no te soportara más a vos, sino porque no soportaba más a la persona que yo era con vos. No soportaba eso en lo que me había convertido. Entonces, aunque para vos no significara gran cosa, para mí aceptar el trabajo que me ofreció Vicky en la revista fue una puerta abierta, una manera de salirme de ese rol. Me asustaba mucho. Vos lo minimizaste pero para mí fue un salto al vacío. Fue salirme de mí. Daba un salto con tanto miedo que parecía que dejaba el cuerpo atrás. Me costó mucho todo: la adaptación, las exigencias, los horarios, aunque fueran unas horas a la tarde antes de que las chicas llegasen del colegio. Vos decís que me apoyaste desde el principio, pero bien que tiraste esas frasecitas despectivas cuando te dije que lo iba a aceptar: «No entiendo qué te va a aportar trabajar en una revista de modas», «No esperes mucho del nivel intelectual de la gente que trabaja ahí». Esas cosas que, según vos, decías para protegerme. Pero en realidad te asustaba que yo volviera a trabajar.

A Simón lo conocí el día que me mandaron a hacer una nota en el restorán Rosa Rosae, de Puerto Madero. Lo había visto dando vueltas por la redacción. Me había mirado varias veces y yo había bajado la vista al teclado. Epa, pensé, ¿y ese morocho? Vicky me dijo que era fotógrafo. El día de la nota no supe que las fotos las iba a hacer Simón hasta que lo vi aparecer en el restorán cuando yo terminaba de entrevistar al dueño. Si me esperás que haga las fotos te llevo, me dijo. Y me llevó de vuelta en su auto, un Renault medio abollado. Eso me encantó. No es obsesivo con su auto. Lo usa. Lo tiene más o menos limpio, pero no está pendiente de los rayoncitos y ojo acá y ojo allá y mejor lo estaciono yo.

Volviendo a la redacción, me preguntó:

—¿Vos estás casada, Laura? —Me gustó que supiera mi nombre.

—Sí. Tengo dos hijas. Clara de catorce y Juana de once.

—¿Pero a qué edad te casaste?

—A los veintiuno.

—Ah, eras una niña.

—Era chiquita, sí. ¿Vos tenés hijos? —le pregunté.

—Tengo una hija, de cuatro años. Dafne se llama. Pero no vivo con la madre.

—¿Y con quién vivís?

—Con el padre —me dijo y me hizo reír—. Vivo solo, o sea que vivo conmigo, y ya eso es bastante complicado.

Simón manejaba bien. Me fijé porque Vicky dice que mira cómo maneja un tipo y sabe cómo coge. Bueno. Simón maneja con pleno control del auto, agarra firme el volante, no se pone nervioso, no quiere hacer diez cosas a la vez. Parece hasta disfrutar manejando. Por ahí se zarpa y acelera pero no pretende ir más rápido que el tráfico. No va haciendo finitos, ni sobrepasa histérico a los otros autos. Maneja fluido. No sé bien cómo explicarlo. Frena poco, porque parece prever las zonas de las avenidas que se congestionan, entonces pasa, sigue, no se detiene, fluye. Y toma las curvas con tiempo, anticipa que los colectivos lo van a encerrar. Nadie lo jode en la calle. No le echa la culpa a nadie. Vos, en cambio, tocás bocina, puteás, te creés que el tráfico es un complot en tu contra.

Cuando le conté a Vicky cómo manejaba, me dijo textualmente: «Ay, boluda, tiene que ser un

chongazo». Le dije que estaba loca si pensaba que me iba a enganchar con alguien, y que además Simón no me había tirado ni media onda. Le mentí un poco. Algo de onda me tiró. Vicky me dijo que él había salido con una secretaria de la revista el año pasado, pero después ella se había ido y ya no estaban más juntos. Esa era la única historia que le conocían dentro del trabajo. Así que me hice la desinteresada, pero empecé a ir un poco más arreglada a la revista. Siguió el cruce de miraditas, y el día que me mandó por mail las fotos para la nota del restorán, me llegó enseguida otro mail que decía: «Te queda muy bien ese vestido celeste». «Es lila», le contesté, y sin achicarse me lo volvió a mandar: «Te queda muy bien ese vestido lila».

La noche de la fiesta de la revista vos me viste salir de jeans y remera blanca, pero me cambié en el taxi. Cuando estás así tenés una valentía que te hace hacer cosas que antes no hacías. Le dije al taxista, un tipo de unos sesenta años: «Señor, yo me voy a cambiar acá atrás. Es un segundo. Disculpe». No me dijo nada y creo que ni miró por el espejito. Cuando me bajé en Barracas en la fiesta, estaba maquillada y tenía puesto ese top strapless blanco que me había comprado y nunca usé, la mini de jean y las sandalias de taco con tiritas. Vicky me vio llegar y me dijo: «Qué trola sos».

Funcionó. Simón me vino a hablar en medio del boludeo de las modelos fotografiadas contra el logo, y el champagne y el diálogo a los gritos.

—¿Cómo te ves después para el dancing? —me dijo, y la frase me pareció medio *loser*.

—No me veo —le dije—. Me tengo que ir temprano.

—Yo también. Si querés te acerco.

—Dale.

Y no lo volví a ver por un rato.

Después apareció con cuatro amigos, que también querían que los llevara. Salimos. Dos eran una pareja que se sentó al lado mío, atrás. Y adelante iban dos chicas sentadas, una medio a upa de la otra. También resultó que eran pareja. Simón hizo la repartija: se bajaron unas en Monserrat y otros en Retiro. Cuando me pasé adelante y quedamos los dos solos en el auto, nos pusimos bastante incómodos. Yo empecé a decir estás seguro que no te desviás mucho yendo hasta Pueyrredón, y él me dijo que no, que no había problema, pero que si antes no me importaba pasar un segundo por el estudio de un amigo porque tenía que buscar un gran angular para un trabajo al día siguiente muy temprano. Dobló en 9 de Julio en lugar de seguir por Libertador. Subo y bajo, me dijo. Ya eran las doce y yo sabía que vos ibas a estar mirando el reloj. Cuando llegamos y me dijo «Vení a ver este lugar que es increíble», me asusté. Pero me asusté por todo: por la duda de si eso era o no un intento de seducirme y la posibilidad de estar equivocada, por haber puesto en marcha una cosa que ahora no podía detener, por el tiempo que hacía que no me acostaba con nadie más que con vos.

Subimos y ya en el ascensor me quiso dar un beso. Yo le esquivé la boca pero dejé que me abrazara, que me besara el cuello, y le toqué la nuca, le pasé la mano por el pelo. Una vez adentro no prendió la luz. Era un estudio de fotografía sobre Cerrito entre Córdoba y Paraguay, un lugar enorme; la iluminación de la avenida entraba por los ventanales. Al lado de un sillón, contra la pared, me siguió buscando la boca. Le pregunté si no tenía que llevar un lente y me dijo que sí, que ahora lo agarraba. Dale, le dije. Fue a buscarlo. Agarró algo y me preguntó si quería agua. Entramos en la cocina que estaba a un costado. Sacó agua de la heladera, sacó vasos y me sirvió. Ahí dentro estaba un poco más oscuro. Tomamos agua. Apoyé el vaso en el mármol casi sin hacer ruido. Entonces se me acercó y lo dejé venir.

Me apoyó contra la mesada y me dio un beso con esa boca de morocho tremendo. Lo mordí un

poco porque Simón es muy mordible. Me dio besos en el cuello, en los hombros, en las manos. Me apretó casi levantándome contra la mesada. Yo lo sentía contra mí, le levanté la camisa y le toqué la espalda. Me agarró el culo, después me agarró una mano y me hizo sentir su pija a través del jean. Se la apreté. La tenía dura. Me levantó la mini, me apartó la tanga y me empezó a tocar. Ya no podía más. Simón estaba desahogado. Me sentó en la mesada y se agachó. Me hundió la cara entre las piernas. Yo me asusté, me dio pudor, sentí que me resbalaba, le dije que no, pero siguió y me apretó los muslos sosteniéndome y ya no quise que parara porque tengo que decir que si Simón tiene algún talento es con esa lengua diabólica que Dios le dio. Un zarpado. Se lo dije. Sos un zarpado, y siguió un poco más, después se paró, se empezó a desabrochar el pantalón y le pregunté si tenía forros. Fue como despertarlo de un sueño. Se quedó respirando fuerte. Voy a buscar, dijo. Me llevó de la mano hasta el sillón del living. Buscó en el baño del estudio, revolvió todo, creo que fue hasta el cuarto, pero no encontró nada. Así que me dio un beso, y me dijo «Ahora vengo» y bajó al kiosco.

Me quedé en la sombra de ese lugar. Acostada en el sillón pensando muchas cosas a la vez, asustada, con el corazón a dos mil. Las luces de los autos hacían unos abanicos de reflejos en el techo. Pensé muchas cosas, pensé en vos y en las chicas, y en todos estos años, pero en ningún momento me pareció que estaba mal lo que hacía. La sensación de estar viva, ahí, latiendo, esperando que Simón volviera de la calle, me sacudió. Sonreí, me mordí los dedos de felicidad. Y después, cuando Simón volvió y se puso un forro y cogimos hasta quedar tendidos exhaustos, también sonreí en la oscuridad, porque me pareció que volvía a nacer, que todo se abría en posibilidades, que yo le gustaba a este hombre dos años menor que yo, que lo calentaba. La forma en que me rodeó la cintura con el brazo, la fuerza firme con la que lo hizo. Y efectivamente cogía como manejaba: indetenible, continuo, disfrutando. Era fluido en el amor, Simón. Se zarpó pero no fue torpe, no pisteó, no quiso ir más rápido que el tráfico.

Después, en el baño, tratando de lavarme, me puse nerviosa. Me parecía que tenía olor a hombre. El olor del desodorante de Simón. Y le pedí que me llevara de vuelta porque ya era la una y media. Le di un beso largo y me bajé en la esquina. Entré al edificio y en el descanso de la escalera me cambié de vuelta. Por suerte no subió ni bajó nadie. Estabas despierto en la computadora, cerrando páginas porno, cuando llegué. Te quedaste hasta tarde, me dijiste. Sí, había mucho champagne, Vicky se sentía mal, la tuve que acompañar en taxi a la casa. En el baño otra vez traté de sacarme el olor a Simón con la esponja. Me asustaba que quisieras abrazarme y me olieras de cerca, que me hundieras la nariz en el pelo, aunque nunca jamás hagas eso. Pero me sorprendió acostarme al lado tuyo y no sentir culpa; estar a centímetros de tu cuerpo, con toda esa noche sucediendo de vuelta en mi cabeza, todos los besos de Simón todavía rodeándome. Me sorprendió poder estar tranquila, durmiéndome como si nada hubiera pasado.

Y ya que te estoy contando cada detalle te digo que esa noche no acabé. Pero la vez siguiente, en su casa en Saavedra, después de una nota que hicimos juntos en Colegiales, sí que acabé. Y dos veces, y como prendiéndome fuego por adentro, como desarmándome entera arriba de él. Mayer parecía contento cuando le conté. Habló de una etapa exploratoria, estás conociendo facetas de Laura que no conocías, dijo. Hay cosas que me daba pudor contarle, pero le conté igual. Eso de que Simón me dice hermosa mientras me coge, y cómo me calienta que lo haga. Porque vos a lo sumo tirás un «estás muy linda» o un «perrísima» que le copiaste a algún amigo o a los noteros de la tele. Alguien nos borró la palabra hermoso del diccionario de Barrio Norte y nosotros lo aceptamos. Pero te voy a decir una cosa: Simón es hermoso, y yo desnuda al lado de él soy hermosa. Es decir que no solo te estoy metiendo los cuernos sino que también estoy ampliando mi

vocabulario.

Y estoy conociendo Buenos Aires; ahora, a los 36 años, descubro avenidas que no veía desde que mamá —cuando yo tenía doce o trece— me pedía que la acompañara a buscar pinturerías o casas de muebles. La pendiente que tiene Chiclana cuando pasa por abajo de la autopista, o Almafuerte bordeando el hospital Churruca, y el Parque Uriburu ahí que no sé por qué me hace acordar al D.F. y a Chapultepec. Partes lindas, todavía empedradas, con casas bajas, y partes horribles. Y Saavedra, el departamento de Simón en García del Río, la vista del pulmón de manzana que da a los jardines. El vientito que entra a las dos de la tarde cuando nos quedamos en la cama, los jueves, cuando se supone que estoy en un almuerzo de trabajo que no existe, que inventé para salir de casa más temprano y para justificar que no pueda contestar el celular.

Si llego muy altanera, Mayer en general me baja a tierra, y si llego muy bajoneada me levanta. El otro día llegué muy cocorita hablando de lo contenta que estaba con esta doble vida (la expresión la usé yo) y él me dijo: «Cuidado que una doble vida no sea una vida a medias, sin comprometerse con ninguna de las dos». Para mí se metió demasiado, medio que lo mandé a la mierda. Pero fue porque le conté que Juana me había pedido que la acompañara a comprar ropa, y yo no pude ir porque me encontraba con Simón ese día. Después fui con ella y me ocupé, y no creo que vos puedas decir que estoy descuidando a las chicas. Ni siquiera las cosas de la casa cambiaron. Mirta está aprendiendo bien a hacer las compras, hace el pedido con criterio, recibe el envío, cocina. Todo funciona. Me gusta tener mucama en casa, y me encanta que no haya mucama en lo de Simón. Poder levantarme desnuda a buscar agua a la cocina de su departamento. Hace dos años me acuerdo que le contaba a Mayer que estaba insomne, que me despertaba a veces a las cuatro de la mañana y daba vueltas por la casa, que al principio me fastidiaba pero después lo empecé a disfrutar; a esa hora tenía la casa toda para mí, como si no hubiera nadie, todos estaban anulados por el sueño, vos, las chicas, Mirta. Necesitaba esa soledad. Eso había perdido, mi soledad. Ahora la estoy recuperando.

Vos siempre tuviste tu costado cerrado, tu rincón. Te vas a la oficina, una escapada al golf, o los viajes por trabajo a Brasil. Quizá tengas tus trampas por ahí. Algún gato caro, puede ser. Cosa tuya. Mientras no vuelvas a casa con marcas de rouge y olor a perfume, prefiero no saber. Vicky me dijo que le ofrecieron un sistema que metés una clave en el conversor y podés ver en la tele lo que el otro está viendo en la computadora, pero que tiene miedo de lo que pueda encontrarle a Gastón. Yo le aconsejé que no lo hiciera. El que busca encuentra, le dije. Yo a vos siempre te veo cerrando ventanitas cuando me asomo a la compu, y está bien, serán tus páginas porno o alguna abogadita que te histeriquea en el chat. No se me ocurriría nunca hackearte ni espiarte nada.

Ojalá pudiera realmente decirte todo esto. Porque sabés que te quiero, que te quise estos diecisiete años que hace que te conozco. Y vuelvo a casa todas las tardes y duermo con vos porque te elijo. Todos los días te elijo de alguna forma u otra. Y lo voy a seguir haciendo al menos hasta que Juana tenga la edad de Clara y ahí veremos. Cuando las chicas ya no me necesiten, veremos. ¿Te elijo porque sos un abogado exitoso que trae plata a casa y por todo lo que tenemos juntos? ¿Te elijo por inercia? Puede ser. Vos sos tu dinero. Sin plata serías otro. Tu plata y la de tu mamá (porque convengamos que tu viejo era un colgado) se notan en cómo te vestís y cómo hablás y cómo pensás y cómo actuás. Si alguien me dijera que te quiero por tu plata, le diría que es cierto porque vos sos tu plata. Y no creo que eso esté mal.

La pregunta es si me bancaría vivir con Simón. A veces pienso que sí. Hay que ver si él se bancaría vivir conmigo. Pero pienso en tener una casa con patio, tener plantas, tener un perro (nunca quisiste tener perro, y en casa de chica yo tenía perros, gatos y hasta una tortuga). Pienso

mucho en esa casa. Me duele esa casa. Porque quizá sea todo un desastre emocional. Una pelea con Simón. Pero qué tipo más lindo. Quizá vamos camino a la catástrofe. Ahora que empezamos a coger sin forro y yo tomo pastillas. Vos con tus Prime azules, y Simón que me la mete sin nada y me acaba adentro. No quiero tener otro hijo con vos. Ni aunque me aseguren que va a ser varón. Pero a veces quiero tener un hijo con Simón. Un varón hermoso como él, que se enamore de mí.

Sudor

Estuvimos cuatro años de novios con Valeria hasta que empezamos a buscar departamento para irnos a vivir juntos y en la búsqueda infinita me empecé a dar cuenta de que yo rechazaba todos los departamentos que veíamos porque en realidad no quería mudarme con ella. Pero todo lo demás fue felicidad. O casi todo.

Valeria era hija única, vivía con sus padres cerca del hipódromo de San Isidro en una casa con pileta, minijardín y hasta un cuarto de servicio que no se usaba, junto a la cocina en la planta baja. En ese cuarto dormía yo los fines de semana. Me llevaba bien con mis suegros, a mi suegro le celebraba los asados, a mi suegra los postres y así me hospedaban amablemente desde el viernes a la noche hasta el domingo a la tarde.

Habían tenido a su hija ya pasados los cuarenta y ahora eran un matrimonio mayor, ya entrados en una especie de plácida menopausia. Me trataban bien, algo distantes, cuidadosos, pero me querían. Si me mantenía durmiendo en ese cuarto en planta baja, más o menos lejos de su hija, me querían. Aunque supongo que sabían que su hija no era virgen, no sé hasta qué punto sospechaban de los cruces nocturnos. Lo cierto es que cuando ya todo estaba en calma y apenas se oía ladrar algún perro de la cuadra a las dos de la mañana, Valeria bajaba y se metía conmigo en la cama. Casi no tengo imágenes de esas noches porque cogíamos con la luz apagada, no por pudor sino para que no nos descubrieran. Pero sí me acuerdo de los sofocones, de los gritos mudos, del jadeo. Nos convertíamos en un monstruo empapado. Valeria fue la primera mujer que me hizo sudar, o la primera por la que estuve dispuesto a agotarme hasta el desmayo. Siempre me pedía más, me pedía que aguantara. A veces poníamos nuestros zapatos bajo las patas de la cama para evitar que la madera rechinara contra el piso de baldosas. Nos pasábamos casi todas las noches del viernes y del sábado chocando el uno contra el otro, estrellándonos. Porque eso era lo que hacíamos, nos estrellábamos. Yo era adicto a sus orgasmos, los necesitaba. Pero a ella le costaba alcanzarlos. Me hacía trabajar. Ella misma me compraba forros texturados y hasta unos que venían con tachas para provocar más fricción. Todos esos forros que se iban por el inodoro, usados y prolijamente anudados, al final de la noche.

A ella le gustaba estar encima mío, me cabalgaba con esa insistencia pélvica femenina de moverse no tanto de arriba abajo sino de adelante a atrás, un movimiento que se iba perfeccionando a medida que crecía nuestra transpiración jabonosa porque su culo patinaba sobre mis muslos y la pija le entraba más hondo. A veces yo me incorporaba un poco en la cama, quedaba sentado, y ella me rodeaba la cintura con las piernas, todavía arriba mío, abrazándome, y yo le sentía con mi mejilla el pelo mojado pegado al cuello, y con las manos el canal de la espalda también mojado y tenso.

Creo que nuestro secreto era el sudor. Yo hasta entonces me había acostado primero con putas

y después con dos novias sucesivas y discretas que no soltaban el tigre. Las putas no sudan en la cama, no pueden desvivirse furiosamente por cada cliente, no les daría el físico para estar así todo el día, o toda la noche; apenas con unos gemiditos profesionales les basta para alentar y abreviar el forcejeo del macho triste. Las novias discretas tampoco sudan, seguramente porque no es uno quien les despierta la pasión sino algún otro novio o amante venidero. Es decir que Valeria fue la primera con quien me entregué al zarandeo olímpico. A veces me imaginaba que su viejo entraba de golpe prendiendo la luz y decía «¿Qué están haciendo?» y yo le contestaba «¡Suegrito, estamos rompiendo todos lo récords». Pero eso no pasó exactamente.

Nos partíamos el alma hasta que cantaba el primer pajarito del día (desde el último perro hasta el primer pajarito). Y creo que nos excitaba el sudor porque el forro era como una barrera seca entre los dos, casi como sexo virtual. En cambio, el empape del sudor era real y animal. Era nuestro gran secreto, el estado casi acuático de nuestro abrazo. Un logro mutuo. Valeria me agarraba de la nuca, le gustaba sentirme la nuca mojada. Yo le mordía las tetas, le pasaba la lengua por su esternón salado, le subía la mano por la espalda, le juntaba el pelo largo en una coleta abundante y húmeda. Hay algo que pasa cuando se suda cogiendo (o se coge sudando), y es que todo se vuelve más fluido, las caricias ya no son sectorizadas, eso de te agarro el culo y después las tetas y después te acaricio los muslos, sino que el contacto se vuelve todo un continuo, una sola superficie de placer, las partes del cuerpo se difuminan, se estiran casi, se vuelven un todo escurridizo, sin límites ni nombres diferenciados, la piel se vuelve toda beso mojado, mordisco resbaloso, y se coge entre mechones empapados, gotas que caen por el torso en hilos y hay que despejarse la frente y seguir.

Valeria era incansable, guerrera. Me gusta esa palabra, guerrera, porque realmente la peleábamos juntos en la cama, cuerpo a cuerpo, en un combate oscuro y extenuante que nos aceleraba el corazón, con susurros violentos y tiernos dichos al oído, hasta que ella empezaba a desarmarse encima mío, como a caerse pero abrazándome fuerte, ahogando un gemido largo hasta que se quedaba quieta y volvía en sí, volvía como un animal jadeante después de una carrera, con la crin pegada sobre la cara, sobre los ojos. De a poco nos sosegábamos, recuperando el aire, buscando oxígeno en bocanadas asmáticas. Y en un momento ella me soplabla suavemente el pecho y me hacía sentir el sudor fresco aliviándome del calor, y yo se lo hacía a ella, le soplabla entre las tetas y hacia abajo hasta el ombligo. Nos alternábamos una vez cada uno y así nos quedábamos un rato dormidos. Después Valeria se volvía en puntas de pie hasta su cuarto.

Pero no podía durar tanta felicidad clandestina. Un sábado a la mañana vimos a mi suegro en el jardín con un tipo de overol azul. Miramos por la ventana de la cocina. El jardín estaba inundado y sobre el pasto se veían cositas de colores. Valeria se tapó la boca. Mirá, me dijo. Era el pozo séptico de la casa, que se había desbordado y habían salido a la superficie todos nuestros forros, los polvos de cuatro años decoraban el jardín. El tipo de overol sonreía, el padre de Valeria no. Y lo peor de todo fue que nunca nos dijo nada. Nosotros huimos como si tuviéramos algún programa imperdible y no supimos quién recogió nuestro inventario profiláctico. Pero esa tarde, dando vueltas por el barrio sin animarnos a volver, ella me dijo que quizá podíamos empezar a buscar un lugar donde irnos a vivir juntos. Tenía razón. Era el fin de los buenos tiempos y había que empezar a ganarse el pan con el sudor de la frente.

El hipnotizador personal

Hace años, en un taller literario, conocí a una chica que tenía mucha plata. Mejor dicho, sus padres tenían mucha plata. No se llamaba Verónica, pero la voy a llamar Verónica por discreción, aunque ella ya no viva en la Argentina. Verónica escribía cuentos que sucedían en París, en New York, en Ámsterdam, con personajes que estaban siempre invitados a grandes fiestas. El taller quedaba en Callao y Córdoba y a la salida yo la llevaba en mi bicicleta hasta Las Heras. No nos dábamos cuenta de lo peligroso que era, o quizá sí y eso nos divertía. Una sola vez casi nos pisa un 60; estuvimos muy cerca. Yo frenaba apretando el pie contra la rueda. A veces nos metíamos en librerías y ella se compraba un libro pero después, cuando le preguntaba si le había gustado, me decía que no lo había leído. No le gustaba mucho leer. Se cruzaba todo el tiempo con excompañeras del colegio y después me hablaba mal de ellas. Viven en una burbuja, me decía, están siempre hablando de ir a esquiar o de Punta del Este, no se dan cuenta de que la cosa va un poco más allá. Como suele pasar, Verónica despreciaba a la gente que se le parecía. No tengo ninguna foto de ella, pero me acuerdo de que era lacia, sobre todo eso. Era más lacia que linda. Y me acuerdo también de su olor a champú, cuando iba sentada en el marco de la bicicleta. Sin que yo siquiera la hubiera besado, ella me incitaba y me despreciaba, iba alternando esas dos cosas con sutileza, manteniéndome apartado pero, al mismo tiempo, a tiro. Si me lo hubiese pedido, yo la hubiese llevado pedaleando hasta Brasil.

En una de esas vueltas, me invitó a su casa en la calle Galileo; iban a ir sus amigos de cine (estudiaba cine en no sé qué instituto). Dale vení, no me banco esperar sola, me dijo. Llegamos y nos abrió la puerta de calle un guardia de seguridad, con uniforme gris. Debe haber sido de los pocos edificios en Buenos Aires que en esa época ya tenían seguridad privada las 24 horas. Subimos. El departamento era enorme, decorado como en las revistas. Y ella vivía sola porque sus padres siempre estaban en algún lugar exótico del mundo. Había una mucama vieja dando vueltas por la cocina, con la que tenía discusiones feroces que la avergonzaban. En media hora me mostró su cámara nueva, me mostró fotos de un viaje a la India, me mostró algo en la computadora que yo no entendí hasta tiempo después cuando se popularizó internet, puso música en un equipo súper hi-fi, dio vueltas por el departamento, me mostró el arma del padre, comimos helado, y al rato fueron llegando los amigos.

No me acuerdo del nombre de todos. Había una chica que se llamaba Fabiana y un chico pelilargo que se llamaba Pablo, que yo pensé que eran novios porque se hacían masajes en el sillón. Todos parecían estar muy habituados al lugar, se tiraban en el living sin problema, abrían la heladera y le pedían licuados a la mucama. Los vi varias veces y me fui mimetizando con esa actitud de confianza.

Hacían base ahí y después se iban a fiestas en otras casas. Yo fui una sola vez a una de esas fiestas donde hicieron lo mismo pero con otra gente y con otra marca de cerveza: sentarse y hablar de la fiesta a la que iban a ir después. Lo mejor, la fiesta ideal, siempre estaba en el próximo lugar.

En alguna de esas charlas de sillón, salió la típica pregunta: si pudieras tener cualquier cosa en el mundo, ¿qué te gustaría tener? La mayoría quería tener otro cuerpo, o mucha plata. La

respuesta de Verónica me llamó la atención. Yo quiero tener un hipnotizador personal, dijo, un «hipno», existen, te juro que existen. Un tipo que me hipnotice en los ratos aburridos, que me despierte solo para los ratos de acción, que me anule el tiempo muerto. Eso es lo que quería Verónica, alguien que le editara la vida. Le preguntaban cómo sería y ella explicaba que el hipnotizador tenía que dormirla, por ejemplo, antes de salir de viaje a París. La subía dormida al auto, la llevaba al aeropuerto, le hacía los trámites, la subía al avión y la despertaba un rato durante el vuelo para comer; después la volvía a dormir y la despertaba en el taxi, en las calles de París, camino al hotel. Tenía que ser un tipo fuerte que pudiera llevarla en brazos.

Me sorprendió la expresión «tiempo muerto». Se la había escuchado decir a sus amigos cineastas, pero no la había entendido del todo hasta que ella la dijo. Y me hizo acordar a unos vecinos de carpa en la playa en Pinamar: dos matrimonios que jugaban al bridge después del mediodía, jugaban durante horas bajo la sombra hasta que uno de los hombres miraba el reloj y decía «¡Uy, las seis ya, che. Matamos la tarde!», pegaba uno de esos aplausos con ruido a sopapa y se frotaba las manos porque la tarde había muerto; la habían matado ellos.

La idea de Verónica también era matar el tiempo, matar el tiempo muerto. Ella tenía intolerancia al tiempo real. No soportaba el tiempo que mediaba entre los momentos supuestamente relevantes de su vida. No soportaba el tiempo muerto frente al semáforo o en las salas de espera o haciendo cola. Los momentos en que no pasa nada.

Cuando me llegó el turno de decir qué quería, yo pensé que quería tenerla a Verónica, pero no lo dije. No me acuerdo con qué traté de zafar. Tampoco sé si fue esa misma noche que conseguí darle un beso. Me acuerdo que seguimos de largo caminando por Galileo hasta que nos sentamos en la escalera de la Plaza Mitre y, como yo había tomado bastante cerveza, me animé. Pero era difícil. Se me escapaba. Como si no estuviera ahí. Vivía desfasada del presente, un poco corrida hacia el futuro, siempre pensando en algo bueno que iba a pasar después, hablándome de eso, una fiesta, una película, algo que iban a filmar, algo de ropa que le iban a traer los padres de New York, siempre en ese declive de la ansiedad, cayendo hacia adelante.

Yo iba seguido a la casa. A veces estaban Pablo y Fabiana mirando videos. Un sábado a la noche la había invitado a Verónica a San Telmo a tomar algo, pero me había dicho que estaba cansada. Al rato cayeron Pablo, Fabiana y unos amigos de Puerto Rico que querían ir a bailar salsa. Trajeron ron Negrita y lo mezclaron con Coca-Cola. Yo veía que Verónica se preparaba para salir, muy divertida, y me puse a tomar ron. Un vaso tras otro. Ella quería que fuera con ellos pero yo, enfermo de literatura, prefería la tristeza del perdedor. Terminé tocándole el timbre a las cuatro de la mañana totalmente borracho, diciéndole que quería ser su hipnotizador personal. Y ella ni siquiera estaba. El guardia de planta baja, que ya me conocía, me paró un taxi y me mandó a mi casa.

Le escribí cosas a Verónica. Poesía. Una vez fuimos al cine a la trasnoche, después a tomar algo, después caminamos y en un kiosco, de madrugada, compré el diario recién salido para mostrarle que en el suplemento cultural habían publicado un poema mío dedicado a ella. No me quedaban más ases en la manga y todavía no había logrado pasar de los primeros besos. Yo le había dicho que ella me gustaba y ella me había dicho que yo era «un tipo muy intenso». Desde entonces, ese adjetivo —aplicado a cualquier cosa— me da un poco de vergüenza.

Una tarde subí pedaleando la barranca de Galileo. El guardia del edificio me dijo: «¿Qué hacés, Pedrito? No está Verónica... Che, el otro flaco, el pelilargo...». «¿Quién, Pablo?», dije. «Sí, te ganó de mano. Se queda a dormir y todo. Yo el otro día le tiré la lengua a Verónica, viste, le digo: “¿Con cuál te quedás con el pelilargo o con Pedrito?”, y me dice: “con el pelilargo”».

Me despedí de él con una sonrisa bastante digna teniendo en cuenta que acababan de romperme el corazón. El guardia me había dicho la verdad, así, dura y directa. Lo odié pero hoy creo que me hizo un favor porque, si no, yo hubiese seguido dando vueltas, cada vez más enredado.

Me volví caminando al lado de la bicicleta, sin subirme. Tenía ganas de ir sacándome la ropa y tirarme desnudo en medio de la calle. No sé si exactamente ese día, pero la bicicleta fue a parar a la baulera. No volví a ese taller literario, ni volví a ver a Verónica. Supe, por un amigo de un amigo, que se casó y vive en Estados Unidos.

Hace un par de años escribí un cuento corto con ella como personaje. En alguna pila de papeles debe haber quedado. El narrador era el hipnotizador, el encargado de hechizarla cuando ella se aburría. Él iba contando lo que había hecho esa tarde. Estaba ambientado en México porque me parecía que quedaba mejor. Y él hablaba de «la niña». «A las dos, la niña me ha pedido que la duerma y la lleve a una fiesta en Cuernavaca.» Entonces contaba cómo la dormía en su silla, la cargaba en el auto y se sentaba al volante, para manejar despacio. Ella dormida en el asiento de atrás, él fumando, con la ventanilla abierta. Describía el viaje y cómo por el camino se veía venir una tormenta de verano, y después llovía y caía granizo. Estaba contado en presente, porque él estaba atrapado en el presente, viviendo el tiempo muerto que ella no quería vivir. Entonces llegaban de noche a Cuernavaca y unas cuadras antes el hipnotizador despertaba a «la niña». Le contaba que había granizado y ella se enojaba porque decía que cómo no la había despertado para ver eso; le hubiera gustado ver granizar. La niña lo «regañaba» mucho y se bajaba del auto hacia la fiesta, dando un portazo. Él estaba enamorado de ella.

Sally Méndez

Sally Méndez no va al Maxiconsumo. Segura estoy. Debe comprar cosas orgánicas, poquito y medio caro en un lugar secreto de su barrio donde el dueño es casi artista y acomoda la fruta por colores como en ese videoclip de las Hawaiian Punch que termina con una guerra de naranjas en cámara lenta. Un barrio de pehaches con terrazas, con músicos amigos que viven cerca y se cruzan de una casa a otra a ensayar a las tres de la mañana para el próximo recital. Pasan por la terraza o por puertas azules abiertas en la pared del patio, porque el pulmón de manzana está comunicado y unos fueron novios de otros, parejas cruzadas pero que se quieren igual y arman y desarman bandas con nombres así: Las Ukelelas, The Pink Flamingo Family o Vodkalipso Dream.

¿Todo bien, amor?

Sí, hay que doblar acá en Constituyentes.

No va al Maxiconsumo. No hace la lista de compras del año entero para ahorrar por la inflación. No anticipa los hábitos de una familia tipo. No va un sábado a la mañana a Maxiconsumo con el marido y el hijo. Sally Méndez no quiere tener hijos. Tiene el útero lleno de canciones. Es patrona falopa de sus trompas, sus trompas de falopio enamoradas. No quiere berreos, caprichos, pataletas. Como mucho se banca cada tanto ser la tía cool disimulando la resaca detrás de sus gafas vintage, porque la noche anterior tocó en dos bares de Palermo y tomó tragos de colores radioactivos. Entonces el domingo se saca las ganas de morirse cogiendo y componiendo una canción en la hamaca paraguaya que colgó ella misma con el taladro eléctrico que heredó de su papá. Mecha de diez. Yo tengo el mío y cada tanto me gusta usarlo. Hago temblar el edificio. La loca del taladro, hijos de puta. Consorcio de siesteros, redactores de cartas documento.

No conocía este viaducto.

Yo tampoco. Esta debe ser avenida Chorroarín.

Me obsesioné con Sally Méndez. Explicame por qué. Proyección masiva, me dijo Caro. Amigas que estudian psicología para criticarte como hacían antes pero ahora con fundamentos freudianos. Sí, estoy proyectando sobre Sally Méndez, ¿y qué?, no te veo más contenta que yo porque elegiste proyectar sobre Simone de Beauvoir, amiga mía. Sally Méndez está mucho más viva y tiene quinientas mil veces más onda. Es lo máximo que se puede tener de onda antes de pasarse de rosca y derrapar hacia el desbarrancadero de Amy Winehouse. Me puse a ver sus videos. La escucho cantar, la miro. La pongo en pausa para verle bien los tatuajes. Es la mina más linda del mundo. Esa nariz romana. La boca siempre roja de rouge. El flequillo, el rodete. Se escapó de la posguerra. Es una corista inmortal de varieté. Debe tener mi edad. ¿Casi treinta?

Hay que cruzar esta. San Martín.

Unas cuadras horrendas, industriales. El barrio Agronomía. Cruzamos la vía. Estamos cerca. Sally Méndez no junta los tickets de doce meses y después calcula cuánto gastó de papel higiénico el año anterior. No compra tres frascos de litro de champú Plusbelle, o si lo hace no lo ve como un indicio más de la lenta caída en desgracia de quién sabe qué otro destino más brillante. Adiós restaurador del brillo capilar, hola champú para todo tipo de cabellos grasos. Todo tipo de caballo. Un charquito mínimo en la mano color rosa detergente. Tres litros por año. ¿Qué elefante, qué bisonte lanudo, qué simposio de Chewbaccas se baña en nuestro departamento de tres ambientes para gastar todo ese champú?

Ahí está. Vinimos bien.

Ahí está.

No hay tanta gente. Parece más un depósito, un hangar, no un supermercado. Estacione en 40 grados y deje el glamour en el auto. Quién te hubiera dicho, princesita de papá, que estaba este galpón en los senderos de tu reino. Pasillos entre góndolas altas hasta el techo, como un cañadón de un río seco, y arriba el cielo de neón. Medio lúgubre, oscuro. No hay luz blanca y publicitaria, no hay música funcional ni técnicas de marketing ni distribución estratégica ni posicionamiento del producto. Es un depósito general. Caminamos con los coreanos que vienen a comprar para sus restaurantes. Somos fraccionadores, mayoristas. Sally Méndez seguro no aparece por el sector lácteos empujando estos carros infames y gigantes. Roco metido dentro, medio aplastado por el paquete de cuarenta rollos de papel higiénico. Explicame lo que caga en un año una familia. Esto es la realidad. Bienvenida a la caverna donde habita el mastodonte familiar. Bufo, te acecha invisible en este laberinto de segundas marcas. Veinte cajas de cereales. Dan ganas de volcarlos todos juntos en un comedero y esperar escondida hasta que aparezca la bestia que se comerá todo eso, los belfos rozando el fondo de lata, el hocico resoplando las migas.

Amor, fijate si encontrás pañales de pileta.

¿Baby Swimmers?

Sí.

Ahí va mi rey depuesto. ¿Cómo llegamos a los Crocs y las bermudas, bombón? ¿Qué fue pasando en estos cinco años? Acá va un envoltorio de cincuenta paquetes de fideos Marolio para continuar engrosando tu tejido adiposo en la zona ventral. Me gusta Sally Méndez. Sexualmente, digo. Me atrae. Quiero que Sally Méndez me haga saber si soy bisexual. Sally Méndez saca la torta que hay en mí. Quiero pintarme los labios como ella y que se me acerque mucho y me diga que me va a comer la boca. Cuando canta, si quiere, puede poner voz de hombre, la boca de costado, rea. Yo también puedo hacer eso, pero nunca nadie me oye hacerlo. Y toco o tocaba bien la guitarra. Ahora fue a parar a la baulera. Tendría que comprarle cuerdas, resucitarla.

No encontré. Me parece que no hay.

Yo busco, miralo a Roco. Fijate si encontrás el aceite. Son cinco bidones.

Pañales de pileta para ir a piletas prestadas. La capacidad instalada de cuñadas, cuñados de mi hermano que se fue a Nordelta. Roco flotando en el turquesa helado con alitas. ¿Dónde podrá haber? Pasillos y pasillos de mercadería todavía envuelta con nylon transparente sobre los pallets. Murallas de paquetes. Góndolas hasta el horizonte. El mundo como supermercado. Y yo me alejo de mi hijo y mi marido. El alivio primero de no tener que estar mirando si Roco muerde los packs de galletitas, si patatea porque quiere abrir un dulce de leche, o escarba con rabia la caja de chocolate amargo Águila. Daría unos giros de novicia rebelde con los brazos abiertos por el sector de yerbas mate.

Disculpame, ¿sabés si hay de esos pañales de pileta?

Si no hay en la góndola de pañales...

No, ahí no hay.

Quizá puede haber en el depósito.

¿Dónde es el depósito?

Allá al fondo a la izquierda.

Lindo morocho. Cogeme como un villero, me dijo Caro que le decía una paciente al paseador de perros que se curtía algunas mañanas. ¿Qué tal, eh? Brazos de repositor. Ese color tierra. Fibroso. Cejas gruesas, los envidiados pómulos originarios. Lo vestís de Armani y raja la tierra en el recital de las Hawaiian Punch. A fondo y bien al fondo del Maxiconsumo. Allá vamos. Rodeada de Sally Méndez, con su aura de chica tatuada, con su música. Que Sally Méndez me cante «You are the boss», a mí sola. Medio ronca a la mañana, después de haberla visto dormir con los tatuajes coloridos moviéndose por su piel blanca. Y no ir más a la inmobiliaria, y nunca más mostrarle departamentos a la gente desconfiada que me pregunta: «¿Pero las expensas extraordinarias cuánto serán?».

¿El depósito es para allá?

Sí, bajando la rampa.

Yo podría. No tengo ese talento, y quizá ya es tarde para mi lado show woman, qué se yo. Pero esas chicas como en segundo plano que tocan con ella, que hacen base de guitarra atrás, medio escondidas. Eso podría hacerlo bien. Tendría que ensayar. Me tendrían que pasar los acordes y entonces yo lo tocaría mil veces sola en casa hasta que me salga impecable y me sumaría a las juntadas que hacen en la vereda los domingos en Colegiales, o podría ser suplente, iría con mi guitarra en el estuche por si me llaman. O quizá ni me ven. Siempre invisible. Nunca cobré espesor. No soy opaca, soy transparente. Cuando estaba embarazada se me veía el bebé dentro. La panza de cristal. Todos hablaban del bebé. Enfocaban ahí. Ya no me miraban a los ojos. Estaba fabricando otros dos ojos adentro mío. Y un pito también. Yo hice un hombre. ¿Vos qué hiciste?

¿Sabés si hay de esos pañales de pileta?

¿Cómo se llaman?

Eh... Baby Swimmers.

Preguntale a los chicos del clark.
¿El qué?
El camioncito.

Lo que será trabajar acá. No hay una sola ventana. ¿Hace cuánto estoy caminando? Me quedo a vivir. Huyendo de la bestia. Dejando un hilo detrás para poder encontrar la salida. Me escondo en una góndola. Cuando cierran, deambulo sola por los pasillos. Tomo agua del dispenser, como de todo. No veo nunca más la salida. No me encuentran. Un día salgo y soy otra. ¿Ella siempre fue así o se fue haciendo? ¿Cómo será sin tatuajes, sin maquillar, sin su peinado, sin las gafas retro? Debe ser como yo. Lavada. No se debe ni llamar Sally, ¿quién se llama Sally? Si me tatuara ahora... Me empiezo a tatuar, uno por mes. Me dibujo de a poco, cada vez menos fantasma. Aparezco. Sin calculadora, sin planillas Excel. Y busco mis borradores de canciones. Están en el rígido de la otra compu. Las grabo bien, las subo a YouTube, se hacen virales. Ella me manda un mail, me dice que tengo que grabar mis cosas. Que tengo talento, que no lo desperdicie. La voy a buscar a la salida de Niceto, después de un recital, pero no la encuentro, Sally ya se fue, ¿cómo es tu nombre?

Pará que busco la escalera.

Una escalera con ruedas, como escalinata de avión casi. El tipo sube y sube, abre con una trincheta un pallet armado allá arriba al borde del precipicio. Baja de a poco con un paquete de pañales para pileta. Las zambullidas de diciembre, enero y febrero. Ya estará rabioso mi hijo, mi marido sin más paciencia. Ya pagó, ya lo tuvo que llevar colgando de un brazo al auto en pleno ataque de furia, mi hijo ya lo rasguñó, lo mordió. Él lo tiró dentro del auto y cerró la puerta como enjaulando un gato salvaje. Roco ya se puso a tocar bocina, hizo pis en el asiento del conductor, o en el mío. La escena es un desastre. Pero voy con los pañales de pileta. Lástima que terminó mi búsqueda. Podría seguir varios días deambulando, yendo más y más lejos por el Maxiconsumo infinito, haciéndoles dedo a los clarks, viajando varios hangares más allá, por túneles subterráneos, averiguando, haciéndome amigos, quizá alguien la conoce a Sally Méndez, le gusta la música camp, un *rara avis* entre los repositores me dice que la conoce, que a veces ensayan en uno de los sótanos, y voy con él y están y miro y fumo, me quedo, hay vodka y marihuana, Sally canta tocando esa guitarra chica que usa a veces, todo el ritmo del mundo, todo el swing que se puede tener, la gracia, la voz sensual, el terciopelo del beso de la canción más triste de todos los tiempos porque ya no existe nada fuera del Maxiconsumo, todo es noche de neón de tubo que titila, parpadea, zumba, se apaga y se enciende, pero avanzamos juntas, somos como diez, hay un par de hombres pero son menos, no pesan, y vamos tocando por rincones y entre las góndolas se junta gente para escucharnos, siempre hay whisky, siempre podemos cantar, Sally me sonrió ya un par de veces, sabe quién soy, le gusto un poco, y todos caminamos hombro con hombro por los pasillos como una banda de héroes en el tráiler de una película.

Hoshiko y el primer mandamiento

Tantos años después se me ocurrió buscarla en Facebook y la encontré. Me aceptó como amigo y tuve que ver sus fotos con su marido inglés. Facebook parece un invento del demonio. Hay cosas que hay que morirse sin haber visto.

Hoshiko llegó a la facultad de Letras a través de un programa de intercambio de la universidad que, con tal de traer alumnos extranjeros, no les solicitaba siquiera que hablaran dos palabras de español. De vez en cuando caían a las clases unas chicas alemanas desorientadas, o unos norteamericanos altísimos en ojotas en pleno invierno, o un belga francés, o un canadiense maorí; deambulaban un poco incrédulos por las instalaciones improvisadas de la universidad, con la guía Lonely Planet y un cuaderno de apuntes bajo el brazo. Los profesores ni siquiera intentaban integrarlos a la clase, no les preguntaban nada ni los hacían participar.

A Hoshiko la vi por primera vez en Teología II. La vi sentarse a un costado y lo primero que me impresionó fue que parecía la mujer más delicada del mundo, como si no tuviera peso. Cada tanto se acomodaba el pelo detrás de la oreja y solo ese gesto me dejaba en suspenso, preguntándome si sería japonesa y cómo habría llegado hasta ahí. Alguna extraña equivalencia burocrática de materias cursadas del otro lado del mundo la había llevado hasta esa clase donde discutíamos cosas increíbles como si los ángeles tenían sexo o si la virgen María había ascendido con su propio cuerpo al cielo. A eso había que sumarle que en la clase siguiente teníamos Literatura Latinoamericana y hablábamos de las levitaciones de *Cien años de soledad* y el personaje de Remedios la bella, que sube a los cielos con cuerpo y alma cuando sale al patio a tender las sábanas un día de mucho viento. No sé qué entendía Hoshiko de toda esa mezcolanza, pero para un agnóstico como yo la teología era casi más impresionante que el realismo mágico, porque los profesores y hasta algunos compañeros de clase hablaban de esas levitaciones y esos dogmas como si fueran ciertos.

Yo andaba sin dios hacía tiempo, pero con el espíritu inclinado a la poesía, leyendo obsesionado a los grandes poetas de la luminosidad sexual, dejándome orientar por las hormonas sin saber para dónde me iba a llevar todo eso. Era un creyente en busca de esa nueva luz, pero todavía no la había encontrado, aunque lo intentaba. De hecho, en la facultad formaba parte del grupo que daba clases de apoyo de español para extranjeros, no porque necesitara plata, sino porque tenía la esperanza de que alguna de esas alemanas sólidas me sepultara para siempre entre sus tetas enormes.

Una tarde vi en la planilla que Hoshiko se había anotado en las clases de conversación, justo en mi horario. Todavía no sabía cómo se llamaba la chica extranjera que había visto en Teología II, pero estaba seguro de que era ella. Me quedé esperándola en el gabinete de las clases individuales, leyendo *Residencia en la tierra* casi en voz alta, como si leyera un breviario,

pasando despacio por las palabras que hablaban de mujeres desnudas de caderas jóvenes con peinados donde brilla una flor amarilla como el relámpago. Leí solo, ahí sentado como un monje en su celda, y Hoshiko no apareció. Fui todos los días que ella se había anotado y leí poemas eróticos frente a su silla vacía.

No la volví a ver hasta la siguiente clase de Teología, a la que llegué tarde y quedé sentado detrás de ella en diagonal. La miré toda la hora mientras el profesor interpretaba el primer mandamiento según su significado teológico, y hablaba de la prohibición de adorar a los dioses extranjeros y de Yahvé y los pueblos nómadas. Hoshiko tenía puesto un vestido corto celeste que dejaba ver sus piernas blancas, y tenía unas zapatillas también celestes. No podía dejar de mirarla. Me sorprendía la exactitud de su belleza: el pelo negro y lacio le caía sobre la espalda como un pincel. Estaba sentada derecha, casi ingrávida, como apoyada mínimamente sobre el mundo. Miré a los demás. El profesor era un gordo con manchas de café con leche en la camisa; los demás estudiantes, mis amigas y mis amigos y yo, parecíamos un inventario de la desidia andrógina con nuestros suéters estirados, nuestro pelo revuelto y nuestros joggins de elástico vencido, todos despatarrados en los pupitres. Nunca antes me había dado cuenta de que éramos así.

Cuando terminó la clase ya tenía todo planeado. Bajé la escalera al lado de ella y me presenté. No le dije que había estado esperándola. Le pregunté si le resultaba fácil seguir la clase. Hablaba un castellano raro, medio aportuguesado. Le costaba entender. Le pregunté cuándo había llegado, cuánto tiempo se quedaba y antes de llegar a la esquina ya le había largado la bomba: ¿Quieres ir a escuchar tango hoy a la noche? Me parecía que el tango no podía fallar. Pero no entendió, tuve que explicar y reformular la invitación de una manera penosa. ¿Te gusta el tango? Sí. Vamos vos y yo a escuchar tango. Hoy a la noche. Cuando entendió se le cambió la cara, se sorprendió y sonrió.

A las diez la pasé a buscar por el departamento alquilado donde vivía con otras dos estudiantes extranjeras y fuimos al famoso Bar de Roberto donde después de las once cantaban tangos viejos con guitarra. Había mucha gente y mucho humo; quedamos atrapados por el gentío en un rincón tomando nuestra cerveza, parados, estirando el cuello para ver algo. De vez en cuando la miraba a Hoshiko para ver qué le parecía; quizá se había esperado algo más turístico, con bandoneón y parejas bailando a las patadas, pero me sonreía, parecía divertida. Le dije que le quedaba muy bien el pelo atado así, para atrás con una hebilla (se lo tuve que repetir en inglés) y le gustó que se lo dijera. De pronto a nuestro lado se liberó una silla y se la ofrecí pero no quiso sentarse, me dijo *tú* y me la señaló para que me sentara. Le hice caso y me senté, y entonces ella me apretó la rodilla con una mano, mirándome medio burlona como cerciorándose de que estuviera firme, y se sentó sobre mi pierna.

Era más grande que yo. Lo supe después. Ella tenía 26 y yo 22. Había nacido en Tokio pero había vivido parte de su vida en Londres y sabía de drogas lo que yo no iba a saber en mi vida. Ahí estaba ahora, sentada derecha sobre mi rodilla, con los pies juntos y sacando las tetitas que se le adivinaban bajo el vestido. Pude comprobar que efectivamente casi no pesaba. Me moría de

ganas de rodearle la cintura, de pasarle la mano por el pelo sedoso. Pero fui prudente y me contuve.

La acompañé en un taxi hasta su casa y cuando llegamos me invitó a subir. En el departamento nos encontramos con que una de sus roomates gringa había invitado a dos tipos que ya estaban borrachos, mientras la otra decía que no la dejaban dormir y daba portazos. Así que nos metimos en la cocina y Hoshiko sacó un porro fino armado con sedas de Hello Kitty. Los equívocos lingüísticos del porro nos empezaron a llevar para todos lados, pasábamos del castellano al inglés cuando no nos entendíamos, y hubo rachas largas de risas y explicaciones de teorías que se desarmaban en el aire antes de ser formuladas. En un momento la miré fijo y nos quedamos callados porque se hizo evidente que ya estábamos pedaleando en falso con la conversación. Hay un elefante en la sala, dijo ella. ¿Por qué decís eso?, le pregunté. Me explicó que es una expresión inglesa que se usa cuando hay un tema que todos evitan pero que está ahí indisimulable. ¿Y cuál es el elefante? That you want to fuck me, dijo y yo quedé desorientado en mi manual de machismo básico. Por suerte el cuerpo reaccionó antes y la apreté contra la mesada, y nos dimos un beso largo y carnoso.

Le subí el vestido, le apreté el culo, los muslos suaves, y la levanté hasta que quedó sentada sobre la mesada. En un momento se asustó y me hizo trabar la puerta con una silla para que no entrara nadie. Nos fuimos al lavadero detrás de la cocina y sentada sobre el lavarropas se soltó el pelo y se sacó el vestido, yo le desabroché el corpiño. No sé qué luz rara había en ese lavadero, no sé si era la marihuana en mi cabeza, pero puedo jurar que Hoshiko brillaba, como si tuviera luz adentro, y en cada beso su pelo negro me rodeaba como creando más intimidad entre nosotros. Le di besos en el cuello y me fui como cayendo y le chupé esas tetas apenas pronunciadas, bajé por su ombligo y le saqué la tanga blanca. Ella me pasó la mano por el pelo y me hundí entre sus muslos y empecé a comerme el haiku rosado de su concha hermosa. La miraba hacia arriba. Hoshiko gemía y brillaba.

Yo había encontrado mi religión, mi devoción, Hoshiko era el Dios que yo estaba dispuesto a amar sobre todas las cosas, mi primer mandamiento, porque en los meses que siguieron la amé sobre todas las cosas, sobre la mesa del comedor, sobre la baranda de la escalera de emergencia, sobre los apuntes de la facultad, sobre una bolsa de naranjas que quedaron aplastadas, la amé sobre sillas y sillones y estantes, la amé sobre la cama, y sobre un aparador, y sobre el capó de un auto en el subsuelo de un garaje, la amé sobre todas las cosas que pude, mientras seguían las clases de Teología a las que empezamos a faltar, porque nos quedábamos cogiendo toda la tarde y parecía casi como si cogiéramos arriba de un pupitre de la clase rodeados por los demás estudiantes sin que nos prestaran atención mientras el profesor seguía hablando de Yahvé y yo seguía hundiéndome en la humedad resbalosa de Hoshiko, con todo el verbo haciéndose carne, todo lo leído por fin manifestándose ante mí en su materia orgánica y sagrada, toda la poesía hecha un cuerpo de mujer hermosa que me reclamaba y tenía toda mi voluntad y mi fuerza, todo mi amor mientras la amaba a ella y solo a ella por siempre y por sobre todas las cosas.

Coger en castellano

No están desnudas. Pero casi. Algunas sonriendo, o serias en pose hot, o con anteojos de sol, boca abajo en la cama, casi pegándose el culo con los talones, mostrando las marcas del bronceado, o con bombachas de corazones rojos o de estrellitas, en esos cuartos que todavía tienen las cortinas rosas elegidas por la madre. A veces están en el baño, de frente al espejo, o se sacan la foto por sobre el hombro, de espaldas al espejo, mostrando el culo para ver cómo les queda de atrás la bikini nueva. Me gustan todas. Deben tener entre 16 y 19 años, no más. Y así, descalzas en sus casas, tienen una sinceridad, un grado de realidad, que no encuentro a mi alrededor. Están posando, jugando a posar, probando su sensualidad, viendo si son capaces de calentar, como preguntando: ¿Te caliente? Yo susurro, les contesto, a todas, a nadie.

No puedo cerrar con traba la puerta del escritorio. Sería demasiado sospechoso para Sharon. A veces, a pesar de su Alprazolam y su Prozac, se despierta de golpe paranoica preguntando si cerré la puerta del garaje: «Did you close the garage door, Gus?». Le contesto que sí, que tengo un poco de trabajo atrasado («paperwork», le digo) y se vuelve a dormir. Escucho que entra al cuarto de los chicos para ver si están bien tapados y después se vuelve a la cama.

La mesa con la computadora está de frente a la puerta, la pantalla no se ve y me cubre un poco. Es verdad que a veces me quedo hasta tarde preparando un informe, pero siempre termino entrando en la página de fotos. Las mandan ellas mismas para ver si los operadores de la página las cuelgan. Las mandan para probar. Hay un desafío en eso. Algo que me fascina, porque están paradas desnudas, casi desnudas, en medio de esos ambientes decorados, posando en bolas en medio de esa pretensión social de la familia, desnudándose de eso, de esos muebles, de esos adornos. Están como pisoteando todo, sobresaliendo por encima de los cachivaches del orgullo familiar, enrostrando su recién descubierta individualidad, porque se saben únicas y sexys y saben que están fuertes. Así me gustan. En esa pose de «miren en qué me convertí, ahora tengo poder, puedo seducir, tengo esto, soy esto; mamá, papá, ya no soy una nena, ahora tengo tetas, buen culo, y caliente a los hombres, soy superpoderosa y me saco fotos en bolas en medio del living de casa».

Miro los detalles al fondo de esas habitaciones de chicas porteñas o cordobesas o rosarinas. Están en tanga y musculosa, con una mano en la cintura, la otra en la nuca, revolviéndose el pelo, tan posadas como si estuvieran delante de un fotógrafo profesional, pero posando delante del celular con disparador automático en sus propios cuartos, dejando ver detrás esos detalles que me llevan de vuelta: los empapelados descoloridos, la pared con los arreglos sin revocar o sin pintar, las soluciones eléctricas de emergencia que quedan así durante años, cables colgando en diagonal, los estampados del cubrecama, los muebles de imitación caña, las repisas con muñequitos, el elefante arriba de la heladera con un billete atado a la trompa. Puedo volver a través de esos detalles: los peluches, la foto grupal de egresados en la nieve, las paredes de machimbre barnizado, y los patios con mangueras tiradas, las piletas Pelopincho en el jardín a media tarde con el agua ya a la sombra de la casa de al lado.

En esos escenarios aparecen, tremendas, levantándose apenas el vestido de algodón, dejando sobresalir los cachetes redondísimos del culo, porque son tan nuevas, tan esféricas. Y parecen tan

suaves y ariscas a la vez, que habría que acercárseles despacio para que no se espanten. Pero están solas o con una amiga, o quizá alguna posando delante del novio. Pero casi todas solas como invitándote, mostrando cómo les queda esa mini tan corta o su jean preferido, sin nada más, tapándose las tetas solo con los brazos, las tetas rebalsando por los antebrazos, esa foto sacada para registrar ese día en que se sienten flacas y divinas. Y se paran delante de la cámara, de espaldas, algunas con pudor, sin mostrar la cara, en su cuarto, con las persianas a medio bajar. Así las veo, las encuentro, las busco, y casi puedo entrar en esas casas en las que siento que estuve alguna vez, puedo sentir los cerámicos grises y frescos bajo los pies, el olor a espiral para los mosquitos, el ruido cuando arrastran una de esas sillas del juego de comedor barato de caño esmaltado en negro y asiento floreado. Puedo estar casi ahí, sintiendo que el azúcar volcada en el mantel de plástico me pincha los brazos después de tomar mate, alguien tose, dos hermanas se pelean, alguien ve televisión en otro cuarto, o no hay nadie en la casa, salieron todos y ella se encierra con el celular, se siente bien, tiene una ansiedad, una fuerza nueva, quiere verse recién despierta de la siesta, mostrando el culo tembloroso, la cintura arqueada, boca abajo sobre la cama, escondiendo la cara entre las sábanas como esperando a un hombre, levantando el culo duro, toda tirante, y ya respiro mal, y en el pantalón la pija me ocupa espacio hacia un costado, contra la pierna, me la siento por afuera del pantalón, y esa podría ser, así de espaldas, castaña, me quedo ahí, la nombro, la estoy buscando en todas esas siestas otra vez, es parecida, Chiara en su cuarto en verano con las cigarras afuera que hacían más pesada la tarde al sol, después de la pileta, los dos acostados, yo atrás de ella, en su cama, mordiéndonos, cogiendo sin forro en Caballito, en la calle Yerbal, un sábado sin sus padres que estaban en Lobos porque ella tenía que estudiar. Chiara conmigo, en cucharita, ella agarrándome la pija, frotándose la concha con mi pija. Chiara diciéndome: Tavo qué dura tenés la pija, dándose vuelta un segundo para mirarme de reojo, sin animarse a pedirme que se la meta y yo se la hundía toda de golpe, y me decía: despacio, boludo, y le encantaba. Yo le agarraba un cachete del culo y le daba toda la pija, le buscaba la boca con la mano y ella me chupaba los dedos, me los mordía mientras la cogía así, hasta que se daba vuelta porque queríamos besarnos, yo con la pija mojada hasta el tronco, los pelos mojados, antes de volver a metérsela, y era mucho mejor así de frente, se la hacía sentir adentro y ella me pedía: quedate ahí, quedate ahí, le tocaba con la punta de la pija al fondo, casi no quería que la bombeara, apenas que la empujara ahí, y me mordía, y yo le decía al oído estás toda mojada y no me animaba a decirle qué puta sos Chiara y bajaba un brazo para apretarle el culo, rodeándola, y le tocaba la concha mientras la bombeaba, y Chiara se arqueaba toda sofocada, sofocada, medio fucsia las mejillas con el pelo pegado, cogeme Tavo, cogeme, porque cogíamos en castellano, cojíamos así, con jota, con saliva argentina de pronunciar puteadas y ruegos. Nada de «Oh baby I love that», ni «Careful with the condom, Gus», ni «I'm cumming». Todo en castellano, entre sus muebles, frente al ropero con recortes de revistas del Indio Solari, en castellano y en su cama o sobre el colchón que tenía para las amigas debajo de la cama, entre la ropa tirada, entre el temblequeo de los frascos de colonia y los souvenirs hechos de caracoles. Cogíamos en el calor de diciembre, antes de los exámenes, así, yo debajo de ella que me montaba y quería seguir y seguir y yo no aguantaba más, y me decía: no te vayas Tavo, no te vayas, y yo no sabía si ella estaba llorando o acabando, con las tetas que le temblaban al lado de mi cara, no te vayas, y yo no sabía si me pedía que no acabara y aguantara más o me pedía que no me fuera, que no me fuera con mi familia, no te vayas Tavo. Pero yo me fui, nos fuimos, me mudé de país, de lengua, de hemisferio, y ahora cojo poco y callado, y me hago pajas tristes a la una de la mañana y, para no manchar la alfombra comprada en cuatro cuotas en Ikea, acabo en una hoja de rollo

Paper Towel Extra Absorbent comprado en el Wal-Mart de Baron Drive, mientras afuera cae una nevada mortal como al comienzo de *El Eternauta* y me siento viejo y solo y lejos porque nunca nadie me volvió a abrazar así.

El guardián de la giganta

Zoraida tu giganta hermosa, decía el aviso. Hacía un rato había llamado a *Briggite exuberante rubia* pero había dado con la casilla de un contestador automático. *Zoraida tu giganta hermosa* fue la primera que me atendió. Me dijo que podía, que en diez minutos estaba bien.

—¿Estas medidas que dice acá son reales?

—Sí, papi, tal cual.

Me dio la dirección. Era en Tucumán y Florida.

Como estaba cerca, caminé tranquilo, dentro de lo posible, teniendo en cuenta que —si era cierto el aviso— estaba por encontrarme con algo poco común. Casi llegando a Florida me crucé con el padre de un amigo, lo noté viejo y cansado. Nos saludamos con impaciencia y con cariño sincero. De pronto se acordó:

—¿Tu mujer cómo está? —dijo con tono grave.

—Mejor —mentí.

—¿Los chicos?

—Bien, cada vez más grandes.

El encuentro fue breve pero muy poco motivador. Parecía la voz de la conciencia ahí personificada en un extra, muy bien puesto por el destino delante de mis ojos, para atajarme, advertirme, en forma casual. Estuve a punto de no ir. Caminé y me quedé parado en una esquina, mirando la hora, como esperando a alguien. Después seguí.

En la entrada del edificio toqué el portero eléctrico y me atendió una voz de mujer. Dije mi nombre falso y empujé la puerta. Era el 5° G. Subí en el primer ascensor, pero en el quinto piso las puertas solo iban de la «A» a la «E». Tuve que volver a bajar y subir por el ascensor del fondo.

Golpeé apenas, se oyó un ruido de llaves, y hasta que la puerta no se abrió completamente no terminé de verla. Ahí estaba la giganta. Era gigante. Entré y cerró la puerta. La saludé. Tuvo que agacharse un poco para darme un beso. La miré bien, la agarré de la cintura, y dije lo único que me salió decir: «¡Uau, qué fiesta!» y se rio. Casi no me alcanzaban los brazos para abrazarla. No era una gorda llena de pliegues caídos. Era una de esas gordas lindas, enormes, de cintura angosta, como una mujer de curvas armoniosas pero inflada —sin perder gracia— hasta su punto de máxima expansión. Y no era fea de cara, tenía ojos claros. Se había puesto un deshabillé negro de tul, y debajo se le transparentaba el culo, las dos cachas, las grupas blancas, altas, redondas. Era una gorda descomunal parada sobre los taquitos aguja, un milagro del equilibrio, una morocha orgullosa, repleta de salud, con unas tetas insostenibles.

El monoambiente estaba en penumbras, con la persiana baja. Había una cama grande, un aparador al lado y casi detrás de la puerta de entrada, una cortina de plástico que tapaba un rincón de lo que parecía la kitchenette.

Le dije que me quería bañar con ella. Enjabonarla toda. Le dije que esa era mi fantasía. Le pareció bien.

—Pero no nos mojamos el pelo —dijo.

Tenía menos de treinta años, veintiséis o veintisiete quizá. Le di los cien pesos y me dijo:

—Ponete cómodo que busco unas toallas.

—¿Tenés baño? —le pregunté porque por un momento creí que quizá la ducha estaba en ese rincón del cuarto detrás de la cortina. Pero enseguida vi la puerta que daba al baño.

Nos desnudamos sin mirarnos. Ella, sin tacos, seguía siendo más alta que yo. Cuando se me acercó desnuda, vi que se tapaba la panza como si ocultara algo, con pudor. No el pubis, sino un poco más arriba. Nos metimos bajo el chorro. Tuve que regular el agua porque estaba demasiado caliente. Ella me abrazó. No cerramos la cortina.

—Estamos mojando todo —le dije.

—No importa —me contestó al oído.

Entonces le enjaboné las tetas. Eran enormes. Mi mano desaparecía bajo el pliegue. Ella me agarró la pija. Yo le toqué la concha con jabón y sentí la barba rasposa del pubis afeitado. Le pedí que se diera vuelta. Le enjaboné la espalda y cada cachete. En realidad, quería hacer eso, no solo porque era mi gran fantasía táctil, sino también porque quería lavarla, sacarle la saliva, el semen, el sudor de los otros clientes. Después se volvió a poner de frente. Me daba unos besos sorprendidos, de lengua, pero después corría la cara. Más bien eran unos lengüetazos rápidos que me pegaba en la boca. Yo la recorría con las manos y le sentía todas las curvas resbalosas. La piel tirante y suave. La gigante respiraba, jadeaba un poco. Hasta parecía tener ganas. Le chupé las tetas, pero tenían gusto a jabón. Entonces la traje más hacia abajo de la ducha, pero al chupárselas de nuevo empecé a tragar agua.

Me impresionaba la medida, la solidez que sentía entre los brazos. Como algo inabarcable que me superaba en vitalidad, en masa, en presencia humana sobre la tierra. Me dio como una felicidad natural de la especie frente a la abundancia. ¿Cómo puede ser que a la mayoría de la gente no le gusten las gordas hermosas?

El cuarto era feo, con esa cortina en el rincón, con un televisor diminuto sobre la cómoda. Nos secamos y, cuando ella apoyó su rodilla y dejó caer su peso sobre la cama, todo crujió en un efecto dominó y se acomodaron los materiales forzados: los resortes, la estructura de la cama, las tablitas del parquet... Sonrió y me hizo acostar encima de ella, tirándome del brazo. Le agarré las dos tetas, se las besé, le chupeteé los grandes pezones rosados, mientras ella se pajeaba.

—Ponete un forro y cogeme —me dijo susurrando.

Obedecí. Había unos forros sobre el aparador. Cogimos de frente. Ella tenía que levantar bastante las piernas para que la penetración fuera profunda. Para mí, era como no encontrar tope. Cada empujón se amortiguaba en lo mullido, mis intentos de topetazos pélvicos se perdían en esa blandura que oponía una resistencia suave pero invencible, como un campo de fuerza que me empujaba para atrás. Mi bombeo le provocaba apenas un gemido y un vaivén tembloroso en las tetas, pero no golpeaba en seco contra nada, como si se pudiera seguir empujando, intentando penetrarla cada vez más y más profundo.

Me dijo que se iba a dar vuelta. Me puse a un costado para dejarla maniobrar. En cuatro la cosa era distinta. Era como cogerse un monumento ecuestre. Un panorama increíble. Y las proporciones del agarre, la solidez de toda su estructura. La espalda blanca, la manera como la doble mole de su culo macizo se elevaba a las alturas. No aguanté casi nada. Un par de arremetidas. Estaba impresionado, sorprendido, escuchando el pataplaf de los mofletes. Hasta que se me acabó el mundo y me caí arriba de ella sin incomodarla ni moverla un centímetro.

Fui a sacarme el forro. Pasé desnudo junto a la cortina que estaba en el rincón, entré en el baño, me lavé y volví a tirarme en la cama. Había pasado solo media hora y los cien pesos eran por una hora entera. Le dije que era demasiado hermosa, por eso no había aguantado mucho

tiempo. Le gustaban los piropos. Le pregunté por qué se tapaba la panza y me dijo que había tenido un hijo. No entendí si quería taparse la marca de la cesárea, o el rollo de la panza.

—¿Cuánto tiempo tiene? —le pregunté.

—Un año y medio. Es una nena. ¿Vos tenés hijos?

—Sí, tengo dos, dos varones, uno de cuatro años y otro de dos.

Después nos pusimos a hablar del trabajo, del mío, del suyo, del aviso que ella había puesto en el diario, y unas fotos que había subido a una página de internet, donde me dijo que estaba rubia. Hablamos de su cuerpo, sus medidas. Me contó que tenía clientes fijos, y que había uno muy parecido a mí.

—¿Estás casado?

—Separado —dije, mintiendo.

Me contó que sus clientes tenían todos más de treinta años. Tipos a los que les gustan las mujeres pulposas, «las mujeres como antes», me dijo. Porque los veinteañeros son más histéricos con la gordura, les gustan flaquitas y con tetas, aunque tengan siliconas. Yo le dije que me gustan así como ella y la volví a agarrar.

—¿Tenemos tiempo para otro round?

—Si querés... —me dijo—. Yo no soy de mirar el reloj.

—Vamos a ver si mi amigo responde —dije, agarrándome la pija flácida—. Parece medio dormido.

Cuando dije eso, se oyó una tos ahí dentro del departamento. Una tos discreta.

—¿Alguien tosió?

—Sí, fue ahí afuera, pasa gente por el pasillo —me dijo.

Se me ocurrió que detrás de la cortina que tapaba el rincón podía haber un tipo escondido. Un tipo ahí nomás, a tres metros, dentro del cuarto, escuchando todo lo que decíamos. Aunque quizá podía ser cierto que la tos viniera de afuera. Podía ser una paranoia mía. Ella me apretó contra sus tetas. Me acuerdo de haber pensado: «No me importa nada, yo a esta gorda me la cojo de nuevo». Ella me dijo al oído que nos hiciéramos juntos la paja. Pero al rato me puse un forro y la bombeé dejándola que siguiera pajeándose, hasta que acabé y ella simuló que acababa, o no, quizá acabó de verdad, pero no fue muy expresiva. Se quedó como entrecerrando los ojos, lánguida, con fiaca.

Al momento de acabar, la idea de que había un tipo detrás de la cortina me pareció indudable y decidí salir de ahí lo más rápido posible. Camino al baño miré bien y vi que de un lado de la cortina asomaba la punta de un zapato negro, apuntando hacia un lado, como si alguien estuviera sentado. Había un tipo ahí, y había estado escuchando todo lo que hablábamos y cogíamos. Tenía que haber estado ahí todo el tiempo, porque no había otra puerta.

Me metí en el baño.

Supongo que era un guardia. El guardián de la gigante. ¿Pero era el marido, el cafisho, solo un tipo que ella contrataba? ¿Y si era un voyeur que se masturbaba ahí detrás? ¿Era otro cliente que espía por un agujero en la cortina? ¿Para qué estaba ahí? Si algún tipo se pasaba de raya, ¿él salía a defender a la gigante? Quizá la tos al proponer yo el segundo polvo era arreglada entre ella y él para que el cliente se asustara y se fuera.

Me daba miedo, sobre todo, que el tipo tuviera celos, que fuera el marido. Haber estado cogiéndome a su mujer durante una hora. En un momento la había estado abrazando en la entrada del baño casi pegados al rincón donde él estaba, a centímetros de él, elogiándole el cuerpo a su mujer, palpándola, diciéndole cuánto me calentaba. Y cuando nos bañamos y ella no corrió la cortina y dejó que todo el baño se mojara, él estaba mirando desde la sombra.

Quizá no era el marido, sino el novio. Eso era peor. Porque maridos cansados que hacen algo así puede haber, vínculos perversos que se van sedimentando con los años y terminan siendo una rutina que, entre ellos dos, resulta inofensiva. Pero la idea de que era un novio, un tipo joven, me daba más miedo; parecía más violento y peligroso.

En mi lugar, un tipo más confiado y caradura podría haber abierto de un manotazo la cortina y decir: «Lo oí toser, jefe, mucho gusto, me llamo Martín». Así nomás. Encararlo al guardián de la gigante con tanta desfachatez y simpatía que no le quedara más remedio que saludar, descolocado, dándole la mano.

Pero yo nunca iba a saber cómo era el tipo que estaba ahí detrás. Nunca iba a saber por ejemplo si se quedaba también cuando llegaban sus clientes habituales, o si sería una precaución que la gigante tomaba solo con los clientes nuevos. Tampoco iba a saber qué hacía ahí. Se quedaba sentado, oyéndola a ella coger con los tipos, oyendo los diálogos, los jadeos, el entrechoque de mofletes, los crujidos de la cama, las risas, los gemidos. Quizá no era un tipo muy ajeno a ella, solo un empleado. Debía ser alguien cercano. O quizá no. Quizá el guardián le decía a su mujer y a sus hijas que trabajaba en vigilancia en un edificio del centro —lo que era cierto— y se tomaba cada mañana un colectivo desde Wilde o Berazategui o Merlo, para ir a sentarse en un banco agazapado, custodiando todo el día a la gigante.

Ella parecía capaz de dominar a la mayoría de los hombres, pero seguramente tendría miedo. La cara de ese tipo ahí detrás. Quizá era un familiar, alguien deforme, monstruoso. Yo podía acercar la mano a la cortina, podía estar por abrirla de un manotazo, sabiendo que detrás había alguien, yo sabía quién era, ahí estaba, mi papá muerto, mi mujer esquelética por la anorexia.

Traté de tranquilizarme. Me dije, mirándome callado en el espejo, que simplemente era un tipo que tomaba mate con ella durante las horas muertas y se escondía ahí detrás mientras ella trabajaba. Se quedaba ahí para no tener que irse a otro lado. Debía ser un poco así.

Tenía miedo de salir del baño. Me impresionaba la idea de haber tenido un espía, haber tenido público sin saberlo. Porque ahora cada cosa que había dicho, cada cosa que habíamos hecho tenía un sentido distinto. Me dio tanta vergüenza que tuve ganas de morirme ahí mismo, de atravesar la pared, perderme por el desagüe. Toda mi actitud semicanchera, mis piropos, la idea de enjabonarla, los gemidos, esa intimidación... Había escuchado todo, y también lo que hablamos: sobre mi trabajo, sobre su antiguo trabajo en telemarketing, las mentiras sobre mi separación, las verdades sobre mis hijos. Incluso cuando ella me contó que tenía una hija. Todo, hasta lo susurrado, lo había oído este tipo, ahí, casi sin respirar, como sentado en una obra de teatro para una sola butaca, frente a un telón que nunca se abre. La situación me convirtió en una especie de actor, repitiendo sin saberlo una escena que cada ingenuo que llegaba actuaba más o menos parecida, con variantes.

Me tiré agua en la cara. De golpe se abrió la puerta del baño y entró una mano. Pegué un salto. Era ella que me alcanzaba la toalla. Al salir, ya la punta del zapato no se veía. Me vestí rápido. Pensando que en cualquier momento el tipo podía salir de ahí atrás. Si pasaba algo, yo no quería estar desnudo en ese momento. Ella se había puesto una bata que no le cerraba bien. Terminé de vestirme sin abotonarme los puños de la camisa, y me guardé la corbata en el bolsillo. La gigante vio mi cara de miedo.

—¿Te querés ir? —me preguntó.

Asentí con la cabeza, no me animé a hablar. Me abrió y me dio un beso.

—Volvé pronto.

Salí sin mirarla a los ojos. Bajé los cinco pisos por la escalera, cada vez más aliviado, y en la

calle Florida me mezclé rápido entre la gente. Por un momento me pareció que me miraban, pero no, no pasaba nada. Estaba a salvo. Eran las dos de la tarde y había sol.

Tatiana desnuda

Estábamos con el Tano duplicando películas porno con la videocasetera robada cuando sonó el teléfono. Pensé que era uno de esos llamados de mi familia para vigilarme. Me llamaban desde el teléfono en la terraza de la posada en Buzios. Mi mamá me preguntaba: ¿Estás estudiando? Sí. ¿Qué? Matemática. Bueno, seguí, me decía y yo oía detrás que pedían rabas y frango y caipirinhas. Me había llevado tres materias a marzo y en castigo me quedé en febrero solo en el departamento de Billinghamurst. Mi amigo el Tano Vila, que también debía materias, venía todos los días. Cocinábamos arroz con manteca, o fideos con manteca, o pedíamos una pizza en El Caballito Blanco. Veíamos televisión y nos dedicábamos a tareas semidelictivas.

Habíamos saltado al balcón del B y le habíamos sacado la videocasetera a mi vecino, el gordo Molina, que en una época iba a nuestro mismo colegio pero un año más arriba. No nos parecía peligroso. A mí una sola vez me dio vértigo cuando, colgado en el vacío para esquivar la división de los balcones, perdí una ojota y la vi caer a la vereda desde el piso 9. Lo odiábamos al gordo Molina. En los últimos años de primaria se hacía el capo en el patio y te mandaba traer por un grupito de chupamedias para interrogarte y pegarte de a varios. Invasión su depto y usarle las cosas era un acto de justicia. Teníamos que tener cuidado. Su familia veraneaba también en febrero pero no estábamos seguros de cuándo volvían. Al padre le gustaban los juguetes caros y nosotros los probábamos de vez en cuando. Después había que dejar todo en su lugar.

Le habíamos sacado la videocasetera para duplicar videos porno y venderlos en nuestro curso cuando empezaran las clases. Alquilábamos las películas en un video club de la calle Paunero donde no nos preguntaban nada. Como no teníamos plata para comprar casetes vírgenes, grabamos encima de varios videos familiares: el casamiento de la hermana del Tano, las ballenas de Puerto Pirámide, videos de gimnasia de Jane Fonda y unas clases de psicología que mamá nunca más encontró. Era raro porque entre las escenas de orgías de *New Wave Hookers* o *Garganta profunda*, de pronto la grabación daba un salto patinoso y por un instante aparecía Lacan en blanco y negro con una camisa floreada. Y en medio de Tracy Lords y Ginger Lynn gimnando en una pileta californiana, se veían por un segundo los amigos rugbiers del cuñado del Tano todos chivados y eufóricos con las corbatas puestas de vincha bailando a los saltos «Oh L'amour».

En eso estábamos cuando sonó el teléfono, pero no era ninguno de mis viejos. Era Tatiana Silverman, una amiga de mi hermana más grande. Tenía diecinueve años o veinte y nosotros quince. Había venido un par de veranos con mi familia a Brasil. La última vez me había tocado viajar durante horas al lado de ella en el auto y se había quedado dormida arrinconándome con su culo redondo y el vestido de algodón medio trepado y pegado por el sudor. Me había puesto muy nervioso. Peter, me dijo, ¿te molesta si me voy a duchar a Billinghamurst? Estoy sin luz y sin agua en casa. No, no hay drama, le dije. ¿A qué hora venís? Como a las cinco. Cuando corté y le conté al Tano, empezó a gritar: ¡La tenemos que filmar! ¡Es una oportunidad única! Estaba enloquecido.

El padre del gordo Molina tenía una Panasonic que grababa directo en VHS. Nos colgamos del balcón para buscarla. Hubo que pasar dos veces para traer también el cargador de la batería. Le decís que el baño de ustedes no anda, así se baña en el de tus viejos que tiene mampara de

vidrio, sugería el Tano. Yo no estaba muy convencido. Se podía dar cuenta y contarle a mi hermana. Era una cámara gigante, aparatosa, no como los teléfonos mínimos de ahora. Hicimos unas pruebas escondiéndola en el canasto de la ropa sucia. Apretamos Rec, la guardamos entre la ropa abollada y el Tano se hacía el que se enjabonaba metido en zapatillas en la bañera de mis viejos. Miramos el resultado. Se veía medio torcido y con una varilla de mimbre bloqueando la imagen, pero se veía.

A las cinco y cuarto cuando sonó el timbre de abajo ya teníamos todo listo. Me galopaba el corazón. El Tano se fue por la escalera de servicio, porque se suponía que no tenía que estar ahí. Yo había lavado su plato y su vaso por si Tatiana entraba a la cocina. Por primera vez ese verano desparramé sobre la mesa del comedor mis apuntes y mi libro de matemática. Le dejé abierta la puerta de entrada, fui al baño, apreté Rec y me senté en el comedor como si estuviera muy concentrado. La oí cerrar el ascensor. ¿Te tienen preso acá, Peter?, me dijo cuando me vio. Me paré, la saludé. Me hice el cool. ¿Hasta cuándo se quedan en Búzios? Hasta el 27, por ahí. ¿Cuántas te llevaste? Tres, matemática, historia y biología. Que te sea leve. Me voy a bañar. Usó el baño de mis viejos que el otro no anda. Dale, dijo y se perdió hacia los cuartos.

Tati Silver en bikini y sandalias, con un solero que se soplaba de mirarlo. Yo sabía que se había metido en teatro, para horror de los Silverman. Y de mis viejos también. Mi hermana estaba empezando Arquitectura. Tatiana era para ella lo que el Tano era para mí: mala influencia. La escuché abrir la ducha y cerrar la puerta del baño. Tardó un rato. Después me pareció que daba unas vueltas. La vi venir de golpe con un turbante de toalla y su solero y apoyó la cámara delante mío. ¿Para qué pusiste esto? Lo repitió varias veces, enojada. ¿Qué querías? Verte desnuda, le dije. Me miró. Entonces hizo lo inesperado: un hombro, otro hombro, y el solero cayó a sus tobillos y ella quedó desnuda delante de mí. Fue la primera mujer que vi desnuda de tan cerca.

¿Ya me viste? Me quedé callado. Se volvió a cubrir. ¿Tanto lío para eso? Si le contás a alguien, yo cuento lo que trataste de hacer, me dijo. Y después: Peter, avivate un poco, a las mujeres nos gustan los tipos que se animan a decir lo que quieren, no los pajaritos que andan espionando. Eso me dijo, y se fue. Y yo no se lo conté nunca a nadie, y eso que el Tano esa noche me taladró el oído para que le dijera qué había pasado. Creo que apreté mal el botón, le decía yo en la oscuridad de la azotea donde nos habíamos trepado para tratar de ver el cometa Halley. No se veía nada en el cielo, solo cables y nubes. Y en el video tampoco. Ella encontró la cámara ni bien entró en el baño. Al final yo pasé mis exámenes, me agarré mononucleosis, nos descubrieron, nos incautaron los videos, se armó un quilombo gigante. Pero tengo la belleza grabada en el cerebro. Tatiana desnuda, con un turbante de toalla.

La fuerza

I

Cuando vi su foto en el diario me pegó de golpe el miedo, como si el tipo me hubiera salido a buscar. Después me pareció que no era, hasta que leí el nombre. Darío Matta. Figuraba como uno de los delincuentes muertos. Así decía la noticia. Piratas del asfalto en Santa Fe. Estaba más viejo y más hinchado por los anabólicos, la cara medio envilecida, pero era él. ¿Y Perla?

A Perla la conocí en las primeras clases de kinesio en la UAP. Después la vi en el ómnibus de vuelta a Paraná. Perla bajó delante mío: sus pantorrillas trabajadas, los músculos gemelos marcados. Todavía no había entrado en su fase más avanzada, pero ya estaba toda tonificada y dura. En la clase se sentó un poco más adelante y no pude parar de mirarle las piernas, la fuerza que ocultaba. O quizá la fuerza que yo le adivinaba.

En una de las vueltas a Paraná nos sentamos juntos en el ómnibus y hablamos un poco. Había nacido en Misiones, la madre era rumana. Me contó que tenían con su novio el gimnasio Iron sobre la calle Urquiza. Yo le conté que algunas tardes atendía el kiosco de mi tío en la calle Montiel, pero estaba por cerrar.

—La chica que atiende en el gimnasio se va —me dijo Perla—. Si no llega a querer agarrar el puesto la sobrina de Darío, ¿te interesa agarrarlo vos? No es mucho trabajo, pero hay que estar.

Le agradecí. Lo pensé. Le miré las piernas, los brazos.

Perla no vino más a las clases. Una vez dejé pasar un ómnibus para ver si aparecía en el del horario siguiente, pero no la vi. Mi tío tuvo que cerrar el kiosco y entonces me di una vuelta por el gimnasio para ver si seguía la posibilidad de trabajar ahí. Fui una tarde. Miré desde afuera. Ella estaba sentada en la computadora, detrás del mostrador.

II

Lo que no soportaba del trabajo en el gimnasio no era ni limpiar los baños y las duchas, ni cerrar caja con la exactitud que Darío exigía, ni aguantarme el dolor de espalda por estar sentado en esa banqueta alta durante horas, ni la prepotencia de algunos clientes. Lo insoportable era la música. La música motivacional y electrónica, sin letra, ese punchi punchi, con unos tecladitos robóticos que se iban agudizando hasta el paroxismo, como una sirena que iba escalando hasta las alturas de la irritación y una voz ronca que anunciaba *Get ready*, y seguía subiendo alarmando al cerebro hasta un *Here we go*. Pausa. Y entraba allá abajo a pleno el bajo enlatado y la caja de ritmo, un entusiasmo industrial, pujante, antimelancólico, antidepresivo, con intervalos de teclados como de falsa bruma paisajística, a lo Enya, momentos misteriosos y *chill out* que eran un engaño porque funcionaban solo para resaltar el rebrote vitalista que volvía de a poco hasta estallar otra vez. Todo esto a veces con el gimnasio casi vacío y en medio de la siesta entrerriana. Por orden de Darío, a la tarde no se podía apagar la música. Estoy seguro de que esos *loops*

eternos me provocaron daños irreversibles, mucho más que los zamarreos de Perla.

Trabajé dos años ahí. No pagaban bien, pero iba solo a la tarde y me dejaba tiempo para ir a cursar a la UAP mis materias a la mañana. Una parte de mí quedó para siempre en ese infiernito sonoro. Todavía me veo como me veía de lejos en el largo espejo de la pared de enfrente, con un fondo de frascos negros gigantes con etiquetas flúo. Parecía una estantería de estación de servicio, con una fila de lubricantes de motor. Los polvos proteicos, los complejos vitamínicos para reabastecer la máquina del cuerpo. Darío los traía de quién sabe dónde en la Kangoo y yo tenía que descargarlos. Había gente en la ciudad digiriendo esa porquería saborizada, esa arena soluble, esos suplementos adulterados. A veces lo veía a Darío caer con bolsas que no sé si tenían maicena o fructosa o qué, pero llevaba frascos llenos y vacíos al fondo, y de tres llenos hacía cuatro. La multiplicación de los polvos.

Perla se quedaba levantando pesas hasta tarde. A veces me decía que me fuera a las 10, que cerraba ella. No había podido seguir estudiando kinesiología, pero se estaba dedicando de lleno para pasar de los campeonatos interprovinciales de fitness a los de fisicoculturismo. Ese primer año la vi crecer en masa muscular. Tenía algo fascinante su transformación. La miraba de atrás a medida que se abría esa especie de árbol de su espalda. Los trapecios, los dorsales. Parecía una de mis láminas de anatomía ahí manifestándose. Ella hacía aparecer los músculos, como si los fuera inventando a medida que los ejercitaba. A veces me pescaba a través del espejo mirándola, y hacía una sonrisa mínima, entre halagada y olímpica.

El gran espejo del gimnasio era un mundo paralelo donde todos sabíamos todo. A través del espejo Perla lo veía a Darío ayudando de más a la chica de los jueves que hacía mancuernas, y diciéndole medio al oído cosas que la hacían reír a la tetona de la zapatería de enfrente que cruzaba a hacer dos abdominales y a charlar. A través del espejo Darío me veía mirarla embobado a Perla. Y Darío y yo la mirábamos a ella mirarse fascinada, enamorada de su propia transformación, de sus muslos cada vez más poderosos, de sus hombros y bíceps y abdominales. De este lado del espejo nadie sabía ni decía nada.

Pasó casi un año. Creo que los ayudé. Al gimnasio le empezó a ir mejor. Les sugerí meter CrossFit a la tarde, yoga a la mañana. Se armaron grupos. Yo vendía bien los paquetes mensuales, con mi aire jesucristico, mi pelo largo y barbita. Un Jesús flaco y tristón, con remera de Metallica. La gente se animaba a preguntar, yo les explicaba todo. En dos semanas sos otra, les decía a las chicas. Y a los chicos: En dos semanas te marcás todo. Les encantaba. Se hacían los que dudaban y enseguida pagaban matrícula, primer mes, carnet plastificado. Inventé el sistema del Socio Imán. Era un imán que se pegaba en la heladera y que te recordaba que si conseguías cinco inscriptos no pagabas cuota. Se armó un grupito. Darío estaba tan contento que organizó un gran asado en el Balneario Municipal a fin de año. Éramos como treinta. Algunos fueron con hijos. Había mucho torso al aire, mucha bikini. Parecía una muestra de fin de año para desfilan los resultados físicos logrados. Yo estaba en el grupo de los vestidos, que preferíamos cubrirnos porque probablemente si nos sacábamos la ropa nos hubiéramos sentido mucho más desnudos que los demás. Los músculos son una armadura. La gente musculosa no se puede desnudar, aunque se saque todo. Y ahí estaba Perla en bikini. Una bikini plateada. Esa tarde con el sol que parpadeaba entre los eucaliptus se armó en mi cerebro un avatar de Perla que durante meses pude articular a mi gusto, cogiendo mentalmente en los bancos de tronco, ella sentada en la mesa de cemento, en la mesada de la parrilla, contra los árboles, sobre el pasto, en la Kangoo estacionada. Ahí estaba Perla en bikini, encantada de poder posar sin posar frente a todos, tensándose, trabando piernas, glúteos, espalda, diosa de sí misma, superheroína parada en su propio pedestal de *action figure* tamaño

natural, mientras hablaba con alguien y sostenía un vasito de plástico con vino de damajuana. Corrió mucho alcohol pero no se descontroló el asado, la tarde se deshizo en calma y yo volví en bicicleta a mi cuarto dispuesto a matarme a pajas.

III

Pasaron meses. Darío seguía con viajes a supuestos campeonatos, de donde volvía con algún trofeo o con mercadería dudosa, seguía con llamados que requerían salir del gimnasio y pasearse hablando por la vereda de enfrente. No me trataba muy bien. Se hacía el gaucho malo. A veces tenía ataques de ira por cualquier idiotez y le daba una gran patada a la bolsa de boxeo. Siempre con gorrita de Nike para ocultar la pelada. Un tipo enorme, comiendo sus tupperes de pollo. Cerrábamos caja a las 8 de la noche antes de que él se fuera. Venía y decía «¡Caja!», con un manotazo animal sobre el mostrador. Se paraba al lado mío y yo sudaba cada vez, suplicando que no faltara una moneda. Él embuchaba toda la plata en una riñonera y se iba. Perla seguía entrenando hasta tarde. Yo me quedaba cerrando, apilando colchonetas. Bajaba la persiana metálica, ponía la puerita, le dejaba todo listo a ella, que solo tenía que apagar la luz y poner el candado al salir.

Una de esas noches, cuando me estaba por ir, Perla, que se estaba mirando en el espejo, toda inflada por los fierros recientes, me pidió si le podía sacar una foto con su teléfono. Se ató bien el pelo con una gomita, hizo una pose, torso en tres cuartos, bíceps, otra de espalda, otra de frente apoyando apenas la pierna y tensando el muslo.

—Wow, Perla —le dije. La vi que estaba contenta—. ¿Cuánto peso levantás?

—Con piernas puedo 65 o más.

—Eso es lo que peso yo —dije sin saber que esa frase abría una nueva etapa en mi vida.

—¿A ver? dijo ella riéndose y, sin avisar, sin pedir permiso, sin dudar, me agarró del muslo y de la axila, y me levantó en el aire con una fuerza sobrehumana.

—Sos una pluma —dijo—. ¡Un pajarito! ¿A ver?

Me acomodó una mano en el coxis y otra en el cuello y me levantó por sobre su cabeza. Quedé mirando el techo. Me sostuvo ahí arriba como una luchadora de catch a punto de destrozar a su rival.

—¿Y ahora adonde apoyo esto? —dijo.

Enfiló hacia las pilas de colchonetas.

—¿Listo?

—Sí —dije yo, adivinando lo que estaba por hacer.

Y me arrojó por el aire. Y volé. Volé literalmente y caí en las colchonetas y me reí nervioso.

—¿Otra vez? —propuso ella.

Y otra vez me levantó, sacándome de mi centro de gravedad, sin esfuerzo.

Perla tenía como una euforia, un sobrante energético a esa hora. Le encantó hacer eso. Lo hicimos varias veces y todas las veces me arrojó lejos de sí, diciendo «A ver cómo vuela este pajarito» y me hizo volar varios metros hasta caer de espalda en las colchonetas blandas. Me volví a casa extrañado, algo confundido, sin entender bien qué había pasado. Cuando fui a meter la llave en la cerradura, me temblaba la mano.

IV

No lo volvimos a hacer hasta que Darío estuvo de viaje. Otra vez la rutina de las fotos y «Vení que te levanto un poco». Yo me dejaba levantar y arrojar. Era como un entrenamiento al final de su día. Dejábamos la persiana baja y la puerta trabada desde adentro. Otra noche se quedó en corpiño y short y me pidió que la aceitara. Brillaba en las fotos, flexionaba. «Aflojá la cara», le decía yo para que no le quedara esa sonrisa constreñida. Le hice masajes. Nos habían pedido en kinesio que le hiciéramos masajes a alguien y le pregunté a Perla si podía hacerle y dijo que sí. Tenés un talento natural, me dijo. Yo no quería otra cosa en el mundo que recorrerle el cuerpo con las manos. Palpar su masa viva e ir nombrándole los músculos a medida que los encontraba y los apretaba con los dedos. ¿Ese cómo se llama?, me preguntaba. Ese es el isquiotibial, le decía yo. Su fuerza me ponía la pija dura. No lo pude evitar. Me entró en la sangre como una correntada caliente. Me dio mucha energía en las manos y podía seguir y seguir, disfrutando mi cansancio y dispuesto a quedar rendido ahí con ella. De pronto Perla giró la cabeza hacia un costado y vio la erección que se notaba en mi pantalón.

—Mirá qué pajarito atrevido ese —dijo y me miró como una maestra que se hace la enojada.

Golpearon la persiana. Saltamos los dos del susto. El ruido horrible de una chapa golpeada con bronca. Era Darío. Había vuelto sin avisar.

Perla se puso la musculosa. Yo la miré como diciendo «¿Qué hago?», y me hizo el gesto de «Abrí». Fui hasta la persiana. No habíamos hecho nada, pero si Darío había estado espiando entre alguna rendija yo podía estar en problemas. Le abrí como esperando la trompada.

—Ayúdame, pendejo —me dijo.

Estaba con una caja grande en cada brazo. Lo ayudé a descargar la Kangoo. Parecía nervioso y apurado. «Dale, dale, dale», decía sacado. Descargamos todas las cajas. Eran cigarrillos. Después me dijo «Vení» y me hizo subir a la camioneta.

Subí con el corazón en la boca. Ahora este me mata, pensé. Arrancó y antes de llegar a la esquina se tiró para mi lado y yo pegué un salto. Sacó una pistola de la guantera y la puso a su lado. Lo mejor era aclararle que no había pasado nada. No sabía cómo decirlo, pero si no explicaba algo me iba a matar en algún descampado. Casi no se veía gente en la noche. Lo que parecía que pasaba solo dentro del espejo estaba finalmente pasando de este lado. Ahora él seguro sabía todo. Hasta los videos de Perla en la competencia de fitness en Gualeguaychú que yo me había bajado de la computadora del gimnasio a mi teléfono.

—Darío... Yo...

—Callate —me dijo.

Siguió manejando en silencio, mirando a cada rato por el espejo retrovisor. Llegamos a un depósito por Ituzaingó. Buscamos más cajas y las llevamos al gimnasio. Cuatro viajes hicimos. Cuando terminamos de acomodar las últimas, me dijo «Andá, gracias», y me fui. A la tarde siguiente llegué al gimnasio y no había ni rastro de los cigarrillos, ni se volvió a hablar del tema.

V

No desearás la mujer de tu prójimo, sobre todo si tu prójimo anda armado. Pero yo me hice el

invisible, el acostumbrado, el funcionario del bien, y me quedé. Y Darío siguió viajando y yo fui tomando confianza otra vez. Me quedaba hasta tarde. Perla se quedaba también. Volvieron los masajes, volvieron las fotos y los revoleos. Yo tenía cuidado. Trababa la puerta y bajaba al mínimo la luz del gimnasio para que no se pudiera ver desde afuera por alguna rendija de la persiana.

Perla crecía. Sus cambios eran graduales, imperceptibles de un día al otro. Pero una vez tuve que buscar uno de sus primeros audios de voz donde me explicaba algo de la factura de gas. Había quedado impago un mes. Cuando eso pasaba ella me había dicho dónde y a qué hora se podía pagar. Encontré el audio y me sorprendió su voz de antes, más aguda y dulce. Escuché su último audio de ese mismo día. Ahora sonaba como si fuera su hermano adolescente, un hombre de voz apretada. Eran los anabólicos. Seguramente se inyectaban con Darío. Yo lo sospechaba, pero no podía estar seguro. Miré con cuidado fotos viejas de ellos en la computadora del gimnasio. Sí, a Perla se le estaba poniendo cuadrada la mandíbula, se le había ido endureciendo el gesto de la cara. Ya no era la profesora tonificada que competía en fitness, ahora era una fisicoculturista y a mí me gustaba más así.

En los masajes no se me pasaba nunca la mano ni insinué nada porque me parecía que Perla no quería llevar las cosas más allá. Como un masajista profesional, mis manos saltaban de los muslos al sacro, sobrevolando esos glúteos de mármol. Fue ella la que, una noche en que la estaba aceitando toda, de pies a cabeza, mientras se miraba parada ante el espejo, me manoteó de golpe la pija, me la apretó y me bajó el pantalón de un manotazo. Quedé parado detrás de ella y la miré por sobre su hombro en el espejo. Pajarito pajarito, me dijo. Me hizo la paja mirándome a los ojos en el reflejo. La abracé por detrás, le agarré con las dos manos las tetas operadas. Quise meterle una mano dentro del short pero me dijo «¡Chit!, no». Fue un límite muy claro. Quedó mi pija dura entre sus muslos aceitados. Cogeme los cuádriceps, me dijo. Aunque la ese final la estoy agregando yo ahora. Me apretaba la pija entre los muslos, yo la bombeaba así. Cuando empecé a jadear porque estaba por acabar, me frenó y me tapó la boca: «Shhh, llevatela a casa», me dijo. Llévatela a casa, qué carajo quería decir eso, Perla. Es el día de hoy que me lo pregunto. ¿La leche, la paja, la calentura?

Siempre me hacía lo mismo y acepté las reglas: yo no tenía que acabar, y no podía penetrarla ni tocarle la concha ni darle besos de lengua. Cuando estábamos un rato frotándonos y a ella le agarraba como un frenesí de calentura, me levantaba y me tiraba lejos con furia y yo me volvía a acercar. Mi gladiadora, le decía yo al oído. Mi gladiadora hermosa. Le recorría los brazos cada vez más anchos y venosos, le recorría los abdominales duros, me ponía de rodillas, le tocaba las piernas, ponía mi cabeza entre sus muslos y ella me apretaba hasta asfixiarme. La fuerza de Perla era mi devoción total. A veces forcejeábamos en las colchonetas. Ella me agarraba del pelo, me hacía una cola de caballo con la mano, me tiraba la cabeza para atrás y me miraba con una especie de odio interrogante, me pasaba la mano por el pelo, le fascinaba mi pelo, quizá por el contraste con su marido ultra pelado. Y cuando parecía que me iba a dar un beso, me volvía a levantar y me revoleaba a la mierda como alejando el deseo de sí y yo volaba feliz por el aire del gimnasio. Pura calentura mutua y confusa convertida en masa muscular, en devoción y cansancio. Ella y yo admirábamos su cuerpo como un animal que salía solo a esa hora y brillaba y se ponía esplendoroso.

VI

A una chica se le está por patinar una mancuerna y va a desencadenar mi último día en el gimnasio, mi último día en Paraná, el último día de mi vida en que voy a ver a Perla. Ahí va, agarra mal la mancuerna, se le cae y la pesa de diez kilos rueda y pega contra el espejo. *The end.* El fin del mundo tal como yo lo conocía. Escuché el ruido y miré. Un pedazo grande de espejo cayó al suelo y se hizo trizas. Apagué la música como por primera vez en años. Nadie se lastimó, pero quedó el espejo rajado del piso hasta arriba y con una parte rota. La pared de abajo tenía unas flores pintadas, quizá del local que funcionaba ahí antes. Era raro ver que no había nada detrás de ese espejo, solo una pared vieja. También era raro escuchar los ruiditos cotidianos que había detrás de la música.

Mientras Darío y yo juntábamos los pedazos y barríamos, Perla agarró el celular de Darío que tenía el contacto del vidriero y le mandó un audio al tipo contándole lo sucedido y preguntándole si podía venir a tomar las medidas para poner otro espejo. Creo que ese fue el momento en el que algo entró en el celular de Darío, algún mensaje de una mujer, una foto, algo que hizo que Perla agarrara su bolso y saliera del gimnasio apurada.

—¿Qué pasó? —me preguntó Darío.

—No sé.

—¿Estaba con mi celular?

—Ni idea.

Darío salió tras ella.

Me quedé limpiando. Era la hora de almuerzo. Pasé unas horas horribles, largas y silenciosas sin saber qué hacer. A las tres apareció el chico de la vidriería. Tomó las medidas del espejo y con una barreta fina fue rompiendo y despegando lo que todavía estaba pegado a la pared. Lo ayudé a meter los pedazos en unos tachos de pintura vacíos. Cuando un pedazo quedaba muy grande le pegaba con la barreta y lo partía. Así fuimos metiendo todo el espejo roto en varios baldes que él cargó en la parte de atrás de una furgoneta. Arrancó y se llevó toda la luz de esta historia.

Iba a inventar que Perla le contó esa tarde nuestros juegos a Darío para darle celos y que el tipo me venía a buscar a la noche, me perseguía, yo en bici y él en la camioneta, yo iba hasta la costanera, me tiraba al agua, me escondía entre los pilotes del muelle, me dejaba llevar río abajo nadando en la oscuridad, me escapaba de Darío que me buscaba con la linterna y su pistola y me gritaba «¡Ya te voy a agarrar pendejo!» Pero no fue así. Es verdad que me dio miedo de que pasara algo parecido. Pero me fui sin apurarme. Agarré la recaudación del día, me la adjudiqué sin culpa porque todavía me debían medio sueldo. Cerré la persiana, dejé la llave en la zapatería de enfrente. Fui a casa, hice un bolso y me fui a la terminal.

Hoy temprano

Hoy temprano

Salimos temprano. Papá tiene un Peugeot 404 bordó, recién comprado. Yo me trepo a la luneta trasera y me acuesto ahí a lo largo. Voy cómodo. Me gusta quedarme contra el vidrio de atrás porque puedo dormir. Siempre estoy contento de ir a pasar el fin de semana a la quinta, porque en el departamento del centro, durante la semana, lo único que hago es patear una pelota de tenis en el patio del pozo de aire y luz que está sobre el garaje, un patio entre cuatro paredes medianeras altísimas y sucias por el hollín de los incineradores. Si miro para arriba, en ese patio parece que estuviera adentro de una chimenea; si grito, el grito apenas sube pero no llega hasta el cuadrado de cielo. El viaje a la quinta me saca de ese pozo.

En la calle hay poco tránsito, quizá porque es sábado o porque todavía no hay tantos autos en Buenos Aires. Llevo un autito Matchbox adentro de un frasco para capturar insectos y unos crayones que ordeno por tamaño y que no me tengo que olvidar al sol porque se derriten. A nadie le parece peligroso que yo vaya acostado en la luneta. Me gusta el rincón protector que se hace con el vidrio de atrás, al lado de la calcomanía de la Proveduría Deportiva. En el camino miro el frente de los autos porque parecen caras: los faros son ojos, los paragolpes son bigotes, y las parrillas son los dientes y la boca. Algunos autos tienen cara de buenos; otros, cara de malos. Mis hermanos prefieren que yo vaya en la luneta porque así tienen más lugar para ellos. Yo no viajo en el asiento hasta más adelante, cuando hace demasiado calor o cuando ya no quepo en la luneta porque crecí un poco. Tomamos una avenida larga. No sé si es porque hay muchos semáforos pero vamos despacio, además después ya el Peugeot está medio roto, tiene el caño de escape libre y hay que gritar para hablar; una de las puertas de atrás está falseada y mamá la ató con el hilo del barrilete de Miguel.

El viaje es larguísimo. Sobre todo cuando no están sincronizados los semáforos. Nos peleamos por la ventana, ninguno de los tres quiere sentarse en el medio. En la General Paz nos turnamos para sacar la cabeza por la ventana con las antiparras de agua de Vicky, para que no nos lloren los ojos por el viento. Papá y mamá no dicen nada, salvo cuando pasamos por la policía, ahí hay que sentarse derechos y estar callados. Cuando ya tenemos el Renault 12, a Miguel se le vuela por la ventana medio pilón de figuritas de Titanes en el Ring y papá frena en la banquina para juntarlas porque Miguel grita como un enloquecido. Yo veo de repente que se nos acercan dos soldados apuntándonos con la metralleta, diciendo que estamos en zona militar. Le hacen preguntas a papá, lo palpan de armas, le revisan los documentos y después tenemos que seguir viaje sin juntar las figuritas que quedan ahí desparramadas, incluso la autografiada por Martín Karadagián.

Papá busca música clásica en la radio, a veces consigue sintonizar bien la emisora del Sodre. Nosotros estamos a las patadas en el asiento de atrás cuando de repente papá sube el volumen y dice «escuchen esto, escuchen esto» y hay que hacer una pausa silenciosa en medio de una toma de judo para escuchar una parte de un aria o de un adagio. Después, cuando llegan los pasacassetes para autos, el viaje a la quinta se hace bajo el dominio absoluto de Mozart. Miramos pasar hacia atrás el camino prolijo, los árboles podados con los troncos pintados de blanco, y escuchamos los quintetos para cuerdas, las sinfonías, los conciertos para piano, las óperas. Vicky lidera

rebeliones para tapar a las sopranos de *Las bodas de Fígaro* o de *Don Giovanni* con nuestro cántico filial favorito que dice «Queremos comer, queremos comer, sangre coagulada revuelta en ensalada...». Pero después Vicky empieza a traer libros para el viaje y los lee sin prestarle atención a nadie, en silencio, cada vez más enojada porque la obligan a venir, hasta que le dan permiso para quedarse los fines de semana en el centro para ir al cine con sus amigas, que ya salen con chicos, y entonces Miguel y yo tenemos cada uno su ventana indiscutible, aunque invitemos a un amigo.

Sentimos que no vamos a llegar nunca. Hay largas esperas a medio camino mientras mamá compra muebles de jardín o plantas, aprovechando que papá se quedó trabajando en casa. Con Miguel jugamos en el asiento de atrás a ver quién aguanta más sin respirar; cada uno le tapa el tubo del snorkel al otro para que no haga trampa, o, si no, improvisamos un partido de paleta con un bollo de papel y las dos patas de rana. Esperamos tanto que Tania se pone a ladrar, porque no aguanta más encerrada en la parte de atrás de la rural Falcon que tenemos después del Renault. Entonces aparece mamá, con plantas o macetas o algún mueble que hay que atar al techo, y seguimos viaje.

Los amigos que invita Miguel van cambiando. Yo los miro con asombro, con ansiedad perversa, porque sé que cuando llegemos van a empezar a caer en las trampas que Miguel deja siempre preparadas: el ratón muerto dentro de las botas de goma para el invitado, el fantasma del galpón, la farsa de los chanchos asesinos, el pozo tapado con hojas y ramas al lado de la fila de palmeras que se ve desde la casa. Dentro del auto, en los embotellamientos de la ruta a media mañana, yo miro a los amigos de Miguel y paladeo por primera vez el mal. Prefiero a los confiados y prepotentes, porque sé que les va a resultar más intensa la humillación de esas trampas en las que yo colaboro de un modo oblicuo, indefinido. Los invitados de Miguel casi nunca vuelven a venir.

Cuando terminan el primer tramo de la autopista y ponen el peaje, el tráfico avanza mejor. Vicky va por su cuenta, con amigas que tienen auto. Papá ya casi no viene. En la rural destartalada, mientras mamá maneja, Miguel me usa el cuaderno de dibujo garabateando planos y elaborando estrategias para espiar a las amigas de Vicky cuando se cambian. Después Miguel empieza a venir cada vez menos, y yo tengo todo el asiento de atrás para dormir. Mamá frena y me despierta para que le ponga agua al radiador, que pierde y recalienta el motor. Compramos una sandía al costado de la ruta.

En la barrera del tren, donde antes había uno o dos vendedores ambulantes, ahora hay amputados o parálíticos que piden limosna y otros que ofrecen revistas, pelotas, biromes, herramientas, muñecos. También en los semáforos del pueblo que atravesamos piden una moneda o venden flores y latas de gaseosa. A papá le dieron el Ford Sierra de la empresa, que tiene botones automáticos y, como a Miguel lo asaltaron hace poco, mamá me hace bajar los seguros y cerrar las ventanas en los semáforos porque le dan miedo los vendedores. Dice que se le tiran encima y que, además, Duque los puede morder. Después, la excusa del aire acondicionado ayuda a que ya no vayamos más con la ventana abierta. El auto comienza a ser una cápsula de seguridad, con un microclima propio. Afuera cada vez hay más basura, más pintadas políticas. Adentro, la música suena nítida en el estéreo nuevo y mamá tolera con paciencia los cassettes que yo pongo de Soda o The Police.

El auto es más rápido y todo el tiempo parece que estamos por llegar. Sobre todo cuando empiezo a manejar yo, que aumento la velocidad sin que mamá se dé cuenta porque viene tranquila en el asiento del acompañante mirándose en el espejo su último *lifting*, que le tira la piel para

atrás como si fuera un efecto de la aceleración. Después, cuando muere papá, mamá prefiere que maneje Miguel, que volvió como el hijo pródigo, porque Vicky ya está viviendo en Boston. Para mí la ruta se empieza a enrarecer porque manejo el Taunus amarillo del padre del Chino, en el que dejamos cerradas las ventanas, no por miedo a que nos roben sino para que el humo de la marihuana no pierda densidad. Escuchamos *Wild Horses* y hay momentos casi espirituales en los que la velocidad total de la ruta parece cobrar una lentitud serena en el paisaje enorme y chato. Después manejo el auto de la madre de Gabriela, que por suerte es gasolero y no gasta demasiado en las escapadas que nos hacemos cualquier día de semana para estar solos un rato. Ya se está hablando el tema de la expropiación pero es apenas una advertencia, faltan todavía dos gobiernos. Gabriela se pone unos vestiditos que me obligan a manejar con una sola mano y a acariciarle los muslos con la otra, subiendo desde las rodillas lentamente, sin necesidad de poner los cambios porque dejo el motor a fondo mientras Gabriela me pide al oído que no me apure, que esperemos a llegar. Nunca se hizo tan largo el viaje. La quinta está allá lejos, inalcanzable.

Más adelante, a Gabriela le empieza a crecer la panza y viajamos para tratar de integrarnos a la vida familiar. Vamos en el Volkswagen que nos presta su hermano. Ya usamos cinturón de seguridad, ya empezamos a tener miedo de morirnos y faltan pocos kilómetros. Los años pasan hacia atrás cada vez más rápido. Hay muchos más autos en la ruta y más peajes. Están terminando la autopista. Frenamos en una estación de servicio, discutimos. Gabriela llora en el baño. Tengo que pedirle que salga. Después compramos el *baby-seat* para Violeta y ella va chiquitita y dormida en el asiento de atrás, también con cinturón de seguridad. Los tres atados.

Piso el acelerador porque quiero llegar temprano para almorzar. Gabriela dice que no importa, que podemos parar en el McDonald's. Discutimos. Gabriela me desprecia. Yo me pongo los anteojos negros y acelero más. Aprovecho el viaje para escuchar demos de jingles para radio. Aprieto con las manos el volante del Escort. Falta poco. Gabriela me pide que vaya más despacio, después deja de venir, se va con Violeta a lo de la madre los fines de semana. Manejo solo, escucho los conciertos para piano de Mozart en compactos que suenan perfectos. El motor de la 4x4 no hace ruido. La autopista está terminada, con alambre a los costados para que no cruce la gente. Voy por el carril rápido. Miro el velocímetro: ciento sesenta y cinco. Estoy por pasar por el lugar exacto. Veo de lejos las tres palmeras y espero a que se alineen. Se acercan, me acerco, hasta que la primera palmera tapa a las otras dos y digo «acá», y es como si lo gritara, pero lo digo despacio, lo digo en el punto exacto donde estaba la casa antes de la expropiación, antes de que la demolieran y construyeran arriba la autopista. Siento que por una milésima de segundo paso por adentro de los cuartos, por arriba de la cama donde jugábamos con Miguel a Titanes en el Ring, paso por las tumbas de Tania y Duque entre las plantas de mamá, paso por un olor húmedo y metálico, por un sabor a ciruelas verdes tiradas en el fondo de la pileta para bucearlas más tarde, paso por el miedo a una culebra que salió cuando dimos vuelta una chapa, por la noche de lluvia en que jugamos a embocar una pelota en el único cuadrado roto de la ventana para obligarnos a buscarla con linterna entre los sapos y los charcos. Ahora es un malón incesante de autos que pasa por encima del fantasma de la casa. Son las doce en punto y el sol resplandece en el asfalto. Soy un divorciado, un publicista que va al country de su hermano por primera vez y se olvidó las instrucciones de cómo llegar y está perdido, un hombre que no sabe dónde frenar y sigue viajando en el auto desde que salió hoy temprano, hace mucho, acostado en la luneta de atrás.

Amor en Colonia

Tenía los ojos abiertos cuando sonó el despertador. Encendió la luz. Su mujer se tapó la cabeza con la almohada. Él se levantó y fue a ducharse. Al salir del baño, se sentó en la cama y empezó a vestirse rápido, mirándola a ella de reojo.

—En el segundo cajón están las camisas que te planchó Clarita —dijo ella—. No lleves abrigo que ayer me fijé en el diario y en Caracas hace treinta grados. ¿El bolso chico está bien?

—Sí, está bien. Me llevo el Renault —dijo él—. Lo dejo en el aeropuerto. Total es por el fin de semana, nomás.

—Bueno.

—¿Tu Volkswagen anda?

—Sí —dijo ella desde la misma posición—. Acordate que el lunes tenemos una comida en lo de Mouriño. ¿Llegás a tiempo?

—Si no se atrasa el vuelo, puede ser.

En el cambiador, él trató de meter con toda su fuerza una enorme campera de duvet en el poco espacio que le quedaba del bolso, pero no pudo. Volvió a guardarla en el placard, cerró el bolso y se acercó a su mujer para despedirse. Le levantó la almohada y quiso darle un beso en la frente pero ella se movió y le dio el beso en un ojo. Caminó hacia la puerta atravesando el living. El departamento estaba decorado con estatuillas y bustos clásicos, cuadros antiguos y modernos, tapices y muebles que parecían heredados. Bajó en el ascensor hasta la cochera y salió con el auto por la Avenida del Libertador. Estaba amaneciendo.

En el puerto de Buenos Aires una fila de autos esperaba para subir al ferry. Estacionó el suyo y caminó hasta el edificio principal para hacer los trámites de migraciones. Entre la gente que también esperaba, una mujer de anteojos negros, ubicada en la mitad de la fila, le sonrió apenas al verlo llegar. Se cruzaron sin saludarse. Él fue al final de la fila y esperó su turno.

La embarcación partió puntual. Él permaneció en la bodega, sentado en el auto con la calefacción prendida, buscando algo en la radio. Se resignó a un programa folklórico porque era lo único que se oía sin interferencias. La mujer de anteojos negros apareció de pronto, se subió al auto y se abrazaron.

—¿Me extrañaste? —preguntó ella.

—Sí, mucho. ¿Y ese peinado?

—Es para que no me reconozcan. Me queda mal, ¿no?

—Horrible. El jogging ese también. ¿De dónde lo sacaste?

—De las cosas que me dieron para donar a la parroquia —dijo ella riéndose—. ¿Te parece tan feo?

—Hasta que no te vi de cerca no te reconocí —dijo él.

—¿Y vos no trajiste abrigo?

—Supuestamente me iba a Venezuela... Después me compro algo. No hay nadie conocido arriba, ¿no? ¿Nadie de la oficina, o algo así?

—No.

—Nunca pensé que no iba a haber hotel en Punta del Este.

—Y bueno, es fin de semana largo. Igual no importa, amor. Lo importante es que podamos estar juntos. ¿Colonia cómo es? —preguntó ella.

—Lindo.

—¿Conocés?

—Sí.

—¿Con quién fuiste, con Mónica?

—Sí —dijo él y cambió de tema—. ¿Hay mucha gente arriba?

—No. Además son buenos asientos. Está limpio, es cómodo. Subamos. Vas a ver.

—Prefiero quedarme en el auto. Total en un rato llegamos.

Se empezaron a besar cada vez más apasionados hasta que vieron que unos nenitos desde el auto de adelante los miraban y se reían. Un miembro de la tripulación les golpeó el vidrio, a ellos y a toda la gente que todavía estaba en el auto. No podían quedarse en la bodega.

Subieron y se sentaron en una última fila contra la ventana. El río estaba tranquilo y de un color violeta.

Una vez que la embarcación atracó en el puerto uruguayo de Colonia del Sacramento, salieron junto a los otros autos que se dispersaron por la ciudad. Lo primero que hicieron fue buscar hospedaje. Ni en el hotel Plaza Mayor, ni en la Posada del Virrey encontraron habitaciones disponibles. Siguieron recorriendo. Tampoco en la posada San Gabriel, ni en el Hostal del Sol, ni en ningún otro hotel del barrio histórico. En lobbies cada vez más dudosos, las caras de los distintos conserjes se sucedieron una tras otra, repitiendo más o menos la misma frase: «No nos queda nada, señor». Finalmente, en una posada sin nombre, sobre la avenida Artigas, les ofrecieron una habitación con baño compartido. No pudieron verla porque todavía era temprano y estaba ocupada, pero de todas maneras la reservaron.

—¿Baño compartido? Amor, es un asco —dijo ella una vez que salieron a la vereda.

—Y qué querés que hagamos, no hay otra cosa.

—Yo también quiero que durmamos juntos, pero tampoco en cualquier lado. Mucho Colonia, mucho Colonia, pero mirá lo que es este barrio, parece un pueblucho del interior. Si no fuera por los canteros que están prolijos y por el color distinto de esas cabinas de teléfono, te juro que es igual a Tucumán.

—¿Tu abuelo no era tucumano? —dijo él.

—¿Qué tiene que ver?

—Nada, no importa, pará, vamos a visitar la parte de la punta que es más linda y después vemos.

Estacionaron el auto a una cuadra del barrio histórico, dejaron sus bolsos en el baúl y empezaron a caminar sin hablar por las calles empedradas, primero apenas distanciados el uno del otro, incluso a veces ella rezagándose unos pasos; después, a medida que miraban las antiguas fachadas pintorescas de casas bajas, los faroles y las ventanas con rejas, se fueron acercando, intercambiaron asombros y se tomaron de la mano. Al rato caminaban abrazados por las calles en declive que dejaban ver, al fondo, un pedazo del horizonte lejano del río. Se detuvieron a acariciar un gato gris y atigrado que dormía en una puerta, después, a leer una placa que contaba la fundación de la ciudad. Los museos abrían más tarde.

En grupos reducidos los turistas iban poblando la zona: jóvenes nórdicos con camperas y mochilas de colores brillantes, adolescentes gritando en bicicleta, conjuntos de mujeres solteras, jubilados. Caras desconocidas que, en la brevedad del paseo, se cruzaban una y otra vez hasta tornarse un poco familiares, como en los sueños.

Él estaba en mangas de camisa, fumando y levantando los hombros por el frío que llegaba desde el río en ráfagas que se retorcían en las esquinas y las cuerdas caprichosas. En la Calle de los Suspiros, se toparon con un grupo de veinte personas liderado por un guía que hablaba en un tono monocorde, haciendo pausas para tomar del mate que cebaba con un termo apretado bajo el brazo. Ellos se acercaron disimuladamente para escuchar lo que decía:

—Esta calle debe su nombre a las casas de citas que estaban ubicadas aquí. Los marineros de los barcos venían por las noches a desahogarse y de ahí el nombre de los suspiros. Si miran a su izquierda van a ver una fachada portuguesa...

Él miró hacia la izquierda y vio algo que no había visto y que lo puso pálido. Con una cámara con trípode unos hombres filmaban haciendo paneos de toda la calle donde estaban. Él, en voz baja, le dijo a la mujer:

—Están filmando para la televisión. Mezclate en el grupo y tapate con la gente para que no te enfoquen.

Ambos se confundieron entre los turistas, procurando interponer siempre una persona entre ellos y la cámara. El guía, con su tono de docente resignado, dijo:

—A la pareja que se acaba de agregar al grupo les aviso que el tour guiado cuesta seiscientos pesos argentinos por persona e incluye almuerzo sin bebidas en el Gran Mesón. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó él, tratando de evitar las miradas. Antes de llegar a la Plaza Mayor, cuando estaban a punto de separarse del grupo, una mujer les entregó dos vales ya cortados de un talonario y les cobró. No supieron negarse. Caminaron llevados por el desorden ruidoso que apenas se acallaba un poco en las paradas donde el guía seguía con sus acotaciones históricas. Unos tipos jóvenes se reían a carcajadas. Frente a las ruinas del convento San Francisco, uno de ellos gritó:

—¡Narigón, te dije que no estornudaras, mirá cómo dejaste todo!

Los comentarios eran constantes. Al guía, por ser uruguayo, lo llamaban «Peñarol». «Pará con la clase de historia, Peñarol», «Caminá más despacio, Peñarol», «Sobre esta piedra en el año milquichiccientocincuenta Mariquita Sánchez de Tonson se echó una meada legendaria». Todos se reían. Ellos dos comenzaron a ser interrogados por unas señoras mayores. Mintieron. Dijeron que llevaban cinco años de casados, que se llamaban Sandra y Rubén, que él tenía un comercio y ella lo ayudaba. Una de las señoras apareció de pronto con un gamulán y se lo puso a él sobre los hombros.

—No, señora, no se preocupe, estoy bien.

—Pero cómo va a estar bien si lo veo que está tiritando de frío, m'hijito. No se haga problema, después lo devuelve; alguien se lo dejó olvidado en el portaequipaje del micro que nos trajo, así que póngaselo nomás sin miedo.

Metió los brazos en las mangas y se abrochó todos los botones. Le quedaba perfecto. Continuaron avanzando con la gente, tratando de evitar la conversación, simulando que escuchaban atentamente al guía. Uno de los hombres chistosos le preguntó:

—¿De qué cuadro sos?

—Del Guernica —dijo él.

—¿De dónde es?

—De España.

—¿Y en Argentina de qué sos?

—De River —dijo él y unos cuantos lo vivaron y lo abrazaron a los saltos insultándose con otros que los silbaban. Una mujer de pelo corto le ofreció a ella galletitas y empezó a hablarle de

cuánto más lindo era Mar del Plata.

Frente al Museo Municipal quisieron despedirse del grupo, pero el guía les interrumpió las excusas diciendo que la entrada al museo ya estaba incluida en la tarifa y que además no se podían perder el almuerzo en el mesón. Ante la incomodidad de la insistencia calurosa, se reintegraron al tour. Una de las señoras mayores les palmeó la espalda con ternura.

Dentro del museo, recorrieron sin poder detenerse las salas de cartografía y de documentos. Compartieron algunos chistes, vieron diversas especies de pájaros embalsamados, piezas de porcelana portuguesa, restos de animales prehistóricos, balas de cañón. En una habitación de piedra había una cama de madera tallada, con baldaquino y un cobertor de terciopelo verde. Una chica joven le puso a él el celular en la mano, traspasó la soga, se acostó sobre la cama de costado como posando y le dijo:

—Sacame, sacame.

—No, no se puede —dijo él.

—Dale, sacá que va a venir Peñarol.

Él prefirió sacar la foto para evitar el escándalo, pero en seguida otra chica tomó el lugar de la anterior y él tuvo que sacar más fotos. Un chico grandote se subió a la cama antes de que la chica saliera y forcejearon entre risas, se sumaron más y empezaron a simular escenas eróticas con gritos y carcajadas. De pronto se escuchó un chasquido de madera y la cama cedió levemente. Se bajaron todos rápido y cada uno retomó una actitud de interés respetuoso por algún objeto de la sala. Ella, indignada, traspasó la soga para arreglar el cobertor que había quedado arrugado.

—Señora, no se puede tocar —la sorprendió el guía.

Ella pidió disculpas y lo miró a él a los ojos, con severidad.

En el mesón, enfilaron hacia una mesa individual pero les advirtieron que tenían reservada una mesa larga. Quedaron cerca de la punta entre adolescentes que se tiraban migas de pan y matrimonios cansados. Comieron el menú fijo y pagaron por una botella de vino tinto. Un hombre les ofreció rebajar el vino con soda. Con el sifón en la mano les dijo:

—¿Rubén?

—No, gracias —dijo él.

—¿Sandra?

—No, gracias —dijo ella.

—Las mujeres no pueden tomar vino puro, che, les hace mal —dijo otro hombre y ella dejó que le tiraran un chorro de soda en el vino.

Él se rio apenas; ella lo vio, se quedó mirándolo y después, mintiendo, dijo en voz alta:

—Hoy es el cumpleaños de Rubén.

La algarabía fue general. Ellos se siguieron mirando a los ojos mientras la mesa entera le cantaba, lo felicitaba con un brindis, lo palmeaba y le tiraba de las orejas.

Más tarde entre los chicos creció una discusión acerca de por qué los portugueses que fundaron la ciudad no eran brasileños y cómo podía ser que los brasileños hablaran portugués si eran de Brasil. Cuando le preguntaron a él, prefirió decir que no sabía. A los gritos, hablaron de Pelé, del estadio Maracaná, del carnaval carioca. En la puerta del mesón, al despedirse, ellos buscaron a las señoras que les habían prestado el gamulán pero no las encontraron. Les dijeron que ya se habían ido a descansar al hotel. No pudieron devolver el abrigo porque nadie quiso hacerse cargo de algo que no le pertenecía. Se despidieron del guía y de aquellos con los que más se habían familiarizado; alguno hasta los abrazó. Aliviados, caminaron hasta el auto.

Las calles se habían llenado de turistas traídos por los ferris en grandes cantidades. En los

parches de pasto de la plaza, había gente joven tirada durmiendo la siesta al sol entre recipientes vacíos y servilletas de papel que el viento empezaba a desparramar.

—No te queda tan mal el gamulán —dijo ella burlándose.

Él caminó unas cuadras sin hablar. Después dijo:

—Lo del cumpleaños estuvo de más.

—Pero no te enojés, Rubén.

—No me digas Rubén.

—¿Por qué no? Vos sos Rubén y yo Sandra. Son nuestros nuevos nombres. Bueno, reíte un poco, al fin y al cabo fuiste vos el que se quiso quedar.

—¿Yo? Si vos te pusiste a charlar con la que te contaba de Mar del Plata.

—Y vos te pusiste a sacarles fotos a las chicas.

Él caminó sin decir nada, sin siquiera detenerse para cruzar en las esquinas.

Al llegar al lugar donde habían estacionado el auto, vieron que el baúl había sido forzado y ya no estaban los bolsos. Él maldijo a los ladrones, injurió a la ciudad, a la idea del fin de semana juntos, a sí mismo. Se sentaron dentro del auto hasta que él se calmó. Después le preguntaron a la gente que merodeaba por ahí: nadie había visto nada, y además en la zona no eran frecuentes los robos. Solo tenían un poco de plata encima; los documentos personales y los papeles del auto los habían guardado en los bolsos.

Hicieron la denuncia y fueron al consulado argentino para informarse sobre su problema. Un gendarme les dijo que los sábados el consulado estaba cerrado. Ante su insistencia, les dio el número de teléfono de un empleado que tal vez podría ayudarlos.

Se quedaron sentados en un banco de la plaza intentando comunicarse a ese número cada cinco minutos. Nadie contestaba. En un quiosco compraron un diario argentino. Ya habían leído hasta las secciones que menos les interesaban, cuando, a las cuatro y media de la tarde, en un intento descorazonado, una voz profunda, recién salida de la siesta, los atendió, calló mientras escuchaba el relato de su problema y les pidió que esperaran en el consulado. Una hora más tarde un hombre flaco y grisáceo los hizo pasar a una oficina, telefoneó al puerto de Buenos Aires y les firmó un papel que les permitía pasar migraciones de regreso al país ese mismo día y no más tarde. Debían venir a buscar el auto más adelante, una vez que los documentos estuviesen renovados. Él discutió pero fue en vano; el empleado le tendió la mano en señal de que eso era todo lo que podía hacer por ellos.

Dejaron el auto en una playa de estacionamiento y caminaron hasta el puerto. No había más pasajes para esa tarde. Consiguieron lugar en un ferry que zarpaba a las siete. Costaba la mitad pero tardaba el triple. Se quedaron parados en el playón, entre los camiones, el olor a gasoil, los caños de escape y las embarcaciones oxidadas, mirando un atardecer brillante y rojo.

—Yo no puedo volver a casa hasta el lunes —dijo él.

—Si querés, vamos a mi departamento.

—¿No aparecerá tu hermano como la otra vez?

—No sé, nunca se sabe —dijo ella.

—A esta altura cualquier lugar me da lo mismo, lo único que quiero es una cama.

Todavía no había anochecido cuando se empezó a formar la fila para subir al ferry. Se ubicaron tras las últimas personas y vieron cómo la fila iba creciendo hacia atrás con gente que confluía hasta ahí desde los diversos puntos de la ciudad, como hipnotizados por un mismo mandato. Avanzaron lento hasta llegar a una ventanilla donde pagaron la tasa del puerto; en migraciones, los detuvieron durante unos minutos hasta que verificaran con un jefe la autenticidad

del papel del consulado. Los hicieron pasar a una habitación donde les sacaron a cada uno una foto de tres cuartos perfil y les entintaron los dedos para registrar sus huellas dactilares en una ficha donde anotaron sus nombres. Una vez que la ficha estuvo guardada en un archivo de muchos cajones, les permitieron salir.

—Es por rutina, señora —le dijeron a ella cuando puso mala cara—. Ahora ya pueden embarcarse.

La sala donde la gente esperaba para subir al ferry estaba repleta. Algunos se agolpaban para comprar perfumes o licores en el Free Shop, otros se quejaban de la desorganización de la fila. Había chicos dormidos, chicos llorando, chicos correteando entre los adultos. Él intentó releer el diario. Ella le dijo que estaba cansada y se sentó en el piso con la espalda contra la pared, donde, en medio del movimiento ruidoso, la pisaron, la patearon y a su vez ella provocó a otra gente reiterados tropiezos por los que tuvo que pedir disculpas. Durante un momento se miró los dedos manchados de tinta, encogió las piernas y empezó a llorar en silencio. Él la consoló como pudo hasta que abrieron las puertas y la gente empezó a empujarse para subir al ferry.

Los pasajeros ocuparon rápido la embarcación, subiendo escaleras, corriendo por cubierta, reservando los lugares. En uno de los comedores con olor a frito, consiguieron una de las mesas con banquetas a ambos lados donde entraban cuatro personas. Pusieron sus abrigos para que nadie más se sentara, pero un oficial de a bordo les preguntó si eran solamente dos y trajo a una pareja de unos sesenta años. Eran ambos gruesos y rozagantes. Saludaron con cortesía y se sentaron en cada extremo de las banquetas bloqueándole la salida a cada uno.

—Darío Varela, mucho gusto, mi mujer Cora —dijo el hombre tendiéndoles a ambos la mano.

—Él es Rubén y yo Sandra —dijo ella y lo pateó por debajo de la mesa.

Él prefirió no iniciar una conversación y aparentó que leía el reverso del boleto. El hombre le preguntó:

—Disculpe, Rubén, ¿usted ya leyó el diario?

—Sí.

—Se lo cambio por *Crónica*.

—Bueno.

Él se puso a hojear algunas páginas, mirando los grandes titulares del diario ya leído y arrugado.

—Es precioso Colonia, ¿nocierto? —dijo la señora.

—Sí —contestó ella—. Tiene mucha historia.

—Sí —dijo el hombre—. Ustedes se fijaron el tamaño de las puertas. Yo no sé si esa gente sufría de enanismo o qué es lo que les pasaba.

Un poco más tarde, la señora sacó de la canasta un termo, un mate, un tarro con yerba y empezó a cebar. Ella aceptó, él al principio lo dejó pasar diciendo gracias pero en la segunda vuelta, ante el «Tómese un matecito que le va a calentar el cuerpo», aceptó también. La señora sacó unas bolsas con bizcochitos y facturas con dulce de membrillo. En la mesa de al lado, cuatro hombres jugaban al truco con gritos, carcajadas y manotazos sobre la mesa. De pronto se hacían baches en la conversación y se sentía la vibración de los motores del ferry.

En un momento, cuando el hombre agarró el mate, él notó que le faltaba la mitad del dedo anular en la mano izquierda, también notó una mirada de tristeza en la mujer que se dio cuenta de lo que él acababa de percibir.

—Tengo los pies que me explotan —dijo el hombre—. Caminamos todo el día.

—Nosotros también —dijo ella.

—Sí, pero a su edad no se sufre tanto —dijo la señora que después sacó de la canasta, para mostrarles, unos frascos con picles comprados en Colonia.

—Si gustan, los abrimos.

—No, muchas gracias —dijeron al unísono.

El hombre le preguntó a qué se dedicaba, y a él le resultó cómodo seguir con la mentira de esa mañana.

—Tengo un comercio —dijo.

—¿De qué?

—Textil.

—¿Trabaja con fábrica?

—No, tenemos las máquinas en casa.

—Yo soy taxista, el dueño —dijo el hombre—. Yo al taxi casi no lo manejo, me lo maneja un pibe, pero por ser fin de semana largo se las tomó. El taxi lo dejé estacionado en el puerto. ¿Ustedes de dónde son?

Ambos dudaron, después ella dijo:

—De Quilmes.

Él la miró. Ella permaneció impávida.

—Uy, justo. Nosotros también —dijo el hombre—. Si quieren, los acercamos.

—No, muchas gracias —dijo él.

—Pero no es molestia.

—No, en serio, muchas gracias.

—No se van a ir a Constitución a tomarse el colectivo. Vénganse con nosotros que los llevamos.

—Bueno —dijo ella, y él la volvió a mirar.

El ferry recién estaba maniobrando para ingresar al puerto y la gente ya se había parado para bajar, formando una aglomeración. El taxista y su señora se adelantaron, abriéndose paso con facilidad. En cambio él se retrasó, y la detuvo a ella tomándola del brazo. Quedaron apretados en el tumulto, pero ya apartados de la pareja.

—¿Estás loca? ¿Por qué aceptaste que nos llevaran? Además, ¿por qué le dijiste que somos de Quilmes?

—Qué sé yo, amor, tiré cualquier barrio. Nunca pensé que iban a ser justo de ahí. Pero después acepté porque se me ocurrió que nos pueden dejar por ahí y nos vamos a un hotel. ¿Qué te parece? Me acuerdo que una vez fui a Quilmes a un hotel que se llamaba La Barraca.

—¿Con quién fuiste, con Manuel?

—Sí —dijo ella. Y siguió—: Mañana podemos ir a la parte de la costa que parece que no está tan mal.

—¿En Quilmes?

—Bueno, está bien, les decimos que no.

—No, si querés vamos. Igual ahora me parece que los perdimos.

Permanecieron callados, avanzando casi imperceptiblemente con la masa.

—Uy, me acordé del cuarto que reservamos en Colonia. ¿Qué habrá pasado? —dijo ella.

—Seguro que una parejita feliz está durmiendo ahí calentita —dijo él—. Mañana van a seguir con su auto intacto recorriendo la costa uruguaya, haciendo su vida, solos y limpios, con documentos y van a parar en un buen restorán...

—Vamos a Quilmes —dijo ella con una sonrisa suplicante y cariñosa—. Cualquier lugar es

igual. Quiero que estemos juntos un poco. Que nos despertemos juntos. Además quiero que hablemos —dijo ella.

—¿De qué?

—Que hablemos.

—¿Pero de qué?

Ella no contestaba. Miraba el suelo. Después dijo de pronto:

—Estoy embarazada.

Él se puso pálido, se desabrochó los botones del gamulán y se llevó una mano a la frente.

—¿Y acá me lo decís?

La gente empujaba. Él empezó a gritar a los de adelante que avanzaran, a gritarle a la gente que no empujara. Se insultó de reojo y mascullando putedas con un hombre de bigote que estaba detrás y después se quedó callado, con una expresión dura, mirando al vacío. Ella empezó a llorar, él la dejó así un rato, después la abrazó, le dio un beso en la mejilla mojada por las lágrimas, le dijo:

—No llores, amor, hoy pasaron muchas cosas.

El ferry tenía un solo puente angosto para la salida de toda la gente. En media hora estuvieron afuera y caminaron apurados. Eran las once de la noche. El taxista y su mujer estaban esperándolos en la puerta. Ellos se dejaron conducir.

Se sentaron en el asiento trasero abrazados y en silencio. El hombre tomó la autopista que se elevaba sobre las azoteas oscuras y las antenas como árboles secos y geométricos. Se alejaron del centro y después entraron en los suburbios hacia la localidad de Quilmes. Las calles estaban vacías.

—¿A dónde viven?

—A la vuelta del hotel La Barraca —dijo ella.

—La Barranca —corrigió el taxista.

—Sí, ese.

Hicieron un par de giros y pasaron frente al hotel.

—Doble en esta —dijo él—. Es acá a mitad de cuadra.

La calle era de tierra, sin alumbrado. En la esquina estaban quemando una pila de basura.

—Acá —dijo él y frenaron delante de una casita de cemento, de una sola planta, que tenía las luces apagadas y un camino de baldosas que iba hasta la puerta. El lado derecho estaba con el ladrillo a la vista, sin terminar. Le ofrecieron pagarle el viaje, pero el hombre se negó. Se bajaron y empezaron a agradecer y a despedirse, esperando ahí parados a que el auto se alejara para ir hacia el hotel. El auto arrancó pero frenó a unos metros. La mujer se bajó y les pidió pasar al baño.

—No llego a casa —dijo—. Y con todo ese mate...

Ellos se miraron.

—Sí, a ver, eh... ¿Vos trajiste llave, querida?

—No —dijo ella.

—Me parece que yo tampoco —dijo él y empezó a palpar los bolsillos del gamulán. Al meter la mano en el bolsillo interno, se oyó un ruido metálico. Lentamente, con intriga, sacó la mano y entre sus dedos brilló un juego de llaves.

—Me parece que estas no son —dijo él y fue hasta la puerta. Metió la llave en la cerradura y la giró. La puerta cedió sin esfuerzo. Él se dio vuelta, se quedó callado un instante y después dijo —: Pase, señora, pase.

Entró con mucho cuidado. Ella vio desde afuera que él tanteaba la pared buscando una toma de luz y luego la encendía. Vio que abría un par de puertas hasta dar con el baño.

—Pase, adelante. —Y ella entró detrás de la señora.

Se quedaron parados en la penumbra, escuchando el ruido del baño. La señora salió, se despidió agradeciendo y cerró la puerta. Se quedaron solos. Miraron a su alrededor, fueron prendiendo las luces, explorando con cuidado los cuartos, los adornos. Vieron un póster de un atardecer con una pareja besándose en la playa, una sala de estar con unos muebles sencillos, vieron la cocina, un banderín de River colgado de la heladera, un cuarto sin revocar con telas desparramadas y máquinas de coser, vieron una habitación con una cama matrimonial y un espejo en forma de corazón con dos nombres tallados: «Sandra y Rubén».

Amazonia

Capitán, mejor estaba yo en mi calabozo. ¿Qué maldición es esta? ¿Quién acerca a las carnes este fuego que no pueden ver los ojos? Pues esto no es calor, que es la morada del diablo mismo que se esconde detrás de cada planta. Y las sabandijas, Capitán, son maldición funesta y puntillosa; que no es de tierras de Dios que las haya tantas y tan crecidas y hostiles. A Fernando de Cobrijas posósele en las espaldas una mariposa que en lo grande y colorida hacía la ilusión de ver que le hubieren crecido al pobre unas alas azules como de ángel. Y en viendo esto los hombres con maravilla y regocijo, me han dicho que la sabandija voladora hincole las garras para así llevarle lejos jalándole del lomo, y que esto lo logró, que por fortuna, no pasando la altura de los árboles, soltose y cayó este con gran estrépito y perjuicio para su brazo que ahora no habrá de servirle para el resto de su vida, si es que así puede llamarse lo que aquí padecemos, Capitán, porque Fray Cándido supone que hemos muerto por la calor y que, no habiéndonos dado cuenta de ello y siendo esto parte del castigo, hemos sido condenados a errar por los siglos de los siglos en esta selva que no es otro sitio que el séptimo círculo del infierno. Y esto, a lo que yo imagino, es cierto, Capitán. El canónigo ha dicho que nuestro pecado es la soberbia, pues los mares no se surcan así durante meses, buscándole el borde al mundo, que uno ha de conformarse con la tierra que le ha designado Dios, pues no desea Nuestro Señor que le hallemos las costuras del revés a este tapiz tan grande en donde nos ha puesto. Así lo ha dicho el cura, y no parece errado, Capitán.

Capitán, unos caníbales que llevaban un hombre atado a un palo para comerle han ofrecido a Don Alfonso trocar el Cristo de madera que arrastra en penitencia; este lo cedió por temor, pero en dándose cuenta aquellos que era figura de madera y no alimento apetecible lo que llevaban, trajéronselo de vuelta y llevaron en su lugar a Don Alfonso. Pues no, Capitán, los hombres no han ofrecido resistencia, el penitente retrasaba aún más la marcha y alguno debía siempre de aguardarle solo para indicarle el camino con peligro de ser devorado por una fiera. Es que no dejamos rastro, Capitán. Vuesa merced anda siempre desvirgando esta selva abrasadora con su espada toledana, pero no se entera de nada, y disculpe que este humilde desdichado se lo diga. Pero es que no dejamos rastro, que la selva se cierra a nuestra espalda como si no hubiéremos pasado tantos hombres por allí cortando y pisoteando plantas, lianas y zarzamoras. Aunque lo cierto es que a cada jornada somos menos, Capitán, los hombres van cayendo. Herrera se ha disparado un arcabuzazo en la sien y en lugar de sangre le han manado hormigas rojas. Manuel de Torrecillas y Gonzalo el Molinero se han convertido en árboles y con estos van ocho. Mirabete, el que traía su gallo al hombro desde Sevilla, se ha ahogado en el barro y hoy cenaremos al gallo. Que ni siquiera tenemos qué comer y de no regresar pronto al Fuerte de Santa Asunción de Nuestra Señora de la Buena Esperanza y la Fe, comenzaremos a comernos entre nosotros. Ya nos hemos comido hasta la última mula. Su caballo sabía a Murcia, Capitán, muchos lo han dicho. Es que los pastos llevan el paisaje en el sabor y, al digerirlo las bestias, ahí les queda, metido entre la sangre. No llore, Capitán. De acuerdo, a fe que no está llorando, pero todos hemos perdido nuestros mulos y montados. La yegua de Hernández aprendió a hablar en sus últimos relinchos para pedir piedad antes de que la mataran. La degollaron más por el susto que por la hambre. A Hernández hubo que amarrarlo a un tronco apartado para que no peleara por su

cabalgadura que tanto quería, primordialmente este último tiempo que, bien lo sabe mi Capitán, nos hemos visto tan solos. Y en habiendo concluido la faena, fuimos por él para desamarrarlo, pero apenas si se notaba el gesto de su rostro aragonés en la corteza. Que ya se había vuelto parte del árbol, Capitán.

Capitán, ¡Capitán!... No se adelante tanto vuesa merced, que en ocasiones me es menester andar media mañana para hallarle. Fray Cándido dice que no hemos muerto, que se ha rectificado, que estamos vivos y la maldición consiste en habernos transformado al tamaño de las hormigas, que las cosas aquí no pueden ser tan grandes, y tal vez no se equivoque. ¿Ha visto mi Capitán la altura de los árboles y el ancho de los ríos y el tiempo que se tarda en avanzar por la espesura? Imagine vuesa merced que a una hormiga le llevaría tal vez toda la vida el recorrer una legua, y en sopesando esta idea, verá muy claramente y a la luz del entendimiento lo que ahora nos demora. Porque, de esa suerte, cuando uno se empequeñece, el tiempo se agiganta en forma contraria, que a estas razones obedece el que hubiéremos perdido ya la cuenta de los meses que llevamos andando entre estas arboladuras del demonio. Nos han encogido y la maldición aquí también consiste en no poder dar cuenta de ello, Capitán.

Capitán, los esqueletos de Rodríguez y de Arias, el portugués, no han dejado de reírse de nosotros en toda la noche y ahora insisten en arrojarnos la suerte con sus propios huesos. ¡Herejías de brujos adivinos! Mandaría yo carbonizar para rematarlos de una buena vez, que parece no haberles sido suficiente con la muerte que les dieron aquellos peces carnívoros. Peces que se devoran una vaca en menos que uno diga Jesucristo. ¡Pero en qué pensaba Dios cuando hizo esto!, si hasta los peces tienen una dentadura de lobo que le comen a uno primero los cojones, luego la lengua madre y luego el resto que le queda de las carnes. ¡Me cago en Don Cristobal Colón y su bonete! ¿Qué paraíso terrenal ni qué coñazo! ¿Dónde está el oro y las ciudades suntuosas y las brisas como abril en Sevilla? Las aves como del paraíso, en el color y plumaje, sí que las hemos visto, pero cantando así todas juntas en nuestros oídos ensordecen y le hacen gritar a uno sin poder pensar en su terruño, habiendo así el recuerdo repletísimo de pájaros. Y estas aves conversan, Capitán. Álvaro arremetió contra un pajarraco de colores con su espada y su ballesta, trepose hasta la altura del follaje y no cesó hasta darle muerte porque aseguraba que el plumífero había insultado a su madre. ¡Me cago en El Dorado y esta selva de mierda que le parió! ¡Mentiras de los Pinzones echacuervos! ¿Dónde están los frutos enormes que cuelgan de los árboles y los puertos de aguas claras y las indias cachondas? Que aquello sí quisiera verlo yo, porque si la escuálida culebra de las escrituras le convenció a Eva de dejarse joder por Adán, hombre, de qué cosas convencerán a las mujeres de aquí estas serpientes gigantes capaces de devorarse un cerdo. En Castilla dejé yo a la mujer con las asentaderas más redondas de toda España y estas noches no ha dejado de ofrecérmelas en sueños. Y a fe digo que no soy el único que es visitado por estas visiones turgentes mientras duerme; debiera mi Capitán oír cómo suspiran los pobres soldados entre los remolinos del sueño. Que, a lo que yo imagino, las culpables de semejantes trastornos son las calores de estas tierras del desamparo. No ha mucho tiempo que los hombres suspiraban el nombre de su pueblo, ahora insultan a Dios y despiertos se baten a espada contra los ángeles, comienzan con abrirse camino entre la vegetación y terminan en una esgrima furiosa de insultos contra el clero y los demonios que solamente ellos pueden de ver. A muchos les ha mudado el color de los ojos, que algunos los hubieren antes pardos o azulinos y los han ahora verdes como este infierno que no es, a fe, el paraíso tan prometido por distanciarse en tal medida de las cosas que de allí se cuentan, Capitán.

Capitán, ¿pero por dónde ha estado vuesa merced?, que aparece y desaparece como las almas

que andan penando. Me es menester decirle que Fray Cándido, a escondidas, ha unido en matrimonio a dos de nuestros hombres con dos monas hermosas a cambio de sus parcelas de tierra española donadas en favor de la Iglesia, y tal parece que esta misma mañana se han fugado los cuatro por las copas de los árboles. Y no es esta la única pérdida que debemos lamentar, Capitán, los hermanos Zaragoza se nos han ido en pajotes. Que en paz descansen. Don Joaquín Buenaventura no mejora de la herida que le hubiere causado aquel tigre en el hombro, y por el contrario esta no se le cierra y en torno le están brotando unas pintas negras como el pelaje de la bestia que le atacó. Me ha dicho su vecino de sueño que le ha oído soltar unos rugidos lentos y profundos mientras duerme. Fray Cándido afirma que así como en lo turbio del agua de los ríos se evidencia lo pecaminoso de estas tierras, de la misma manera, en las pintas en forma de besos de mujer que lucen estos tigres se muestra lo lujurioso del aire que se respira, ya que es un tigre con máculas y no con las rayas del ascetismo que es como corresponde y se le conoce habitualmente. Sí, Capitán, ya me silencio, es que el zumbido de los insectos me hace hablar para no sentir el cráneo como ya muerto y vacío con un abejorro dentro. Sé que no debo hablar tanto y tan continuamente, que a Chávez le mandaron colgar por lo mucho que parloteaba y porque insultó al rey mientras dormía, pero sepa, Capitán, debo decirle, cuando le ponían la cuerda al cuello, Chávez tornose tan pálido y asustado que fue adelgazándose entre suspiros y sollozos hasta quedar como una señorita de voz aflautada que pedía clemencia por su marido que en su casa dejaba seis hijos, que los que conocieron a Chávez en Valladolid aseguran que era esta mujer igual a la que ahora será su viuda, que lloraba cada vez más fuerte y comenzaba a insultarnos con la soga al cuello, echando de sí «Maricones, matar a un hombre por tan poca cosa, hijos de perra», y harto más, y esto con tono cada vez más bravo y seguro, recuperando lo barbado de su voz, su reciedumbre, alzando el puño y rellenando nuevamente su armadura, cada vez más semejable al hombre Chávez como tal le conocimos. Y, en estando concluida la mudanza y a pesar de lo extraño del prodigio, le colgaron sin arrobos y sin rezos. Y ahora que se lo he dicho, no hablo más, mi Capitán.

Capitán, le ha salido a vuesa merced una liana del sobaco. No quiero yo ser impertinente, ¿pero cuánto tiempo hace que no se quita vuesa merced esa coraza y ese yelmo? A mi modo de ver, no son nuestras vestimentas adecuadas para este sitio. Ya ha visto mi Capitán cómo los hombres que aquí habitan van desnudos como su madre les parió, salvo por una zamarra de piel de venado que les tapa las naturas. Que no por eso debiéramos andar así nosotros, aunque sí más livianos, sin armaduras ni grebas ni correajes que acumulan debajo de sí toda la tierra de nuestra andadura. Y en tufillo no competimos ya contra las bestias, que las hemos aventajado tiempo ha, y esto en intensidad y lejanía, porque el pobre penitente Don Alfonso, que para ahora andará paseando por las tripas de los salvajes, decía no ser necesario que le indicaran el camino, pues guiábase con precisión en el aroma que nosotros dejamos por detrás a lo largo de un tiro de lombarda. Y por estas y otras abundantes razones debiéramos detenernos, Capitán, no se puede continuar con esta fatiga, no sabemos ya ni lo que estábamos buscando, y a nadie le interesa ya El Dorado. Cambiaría yo ahora todo el oro de las Indias por mi dulce calabozo de España, mi fresco y descansado calabozo de mi tierra donde a salvo de las fieras y la lluvia esperaba tan tranquilo que cesara mi condena. Si hasta nostalgia siento de la hediondez del Fuerte de Santa Asunción de Nuestra Señora de la Buena Esperanza y la Fe, pero mi Capitán desea continuar abriéndose camino con donaire por la selva, y está muy bien, pero sepa que ya quedamos muy pocos, apenas siete hombres herrumbrosos, Capitán.

Capitán, Don Joaquín Buenaventura, a quien avanzábanle ayer por todo el cuerpo las pintas

del pelaje de la bestia que le hirió, no ha amanecido en su alma, de su jergón vacío partían las huellas de un tigre que se alejaba cauteloso. Álvar se ha ido de la mano con Fernando de Cobrijas, que han desertado juntos, y Carraspín de Almasán ha decidido permanecer inmóvil hasta que le alcance la muerte. Hemos quedado vuesa merced, Fray Cándido y yo, solos, bajo esta lluvia que cae como un Guadalquivir que se derrama sobre nuestras mismas cabezas, Capitán.

Capitán, Fray Cándido se fue con los caníbales. Me ha dado la bendición de mala gana y me ha dicho que bien podía yo pudrirme en esta selva hablando solo, que él ya no podía sufrirme más, que comprendiera de una vez por todas que vuesa merced ha muerto hace meses en el día de San Ambrosio, fulminado por la fiebre de la escurana, pero vuesa merced bien sabe que no es cierto, que en ocasiones me ha dado trabajo hallarle pero siempre lo he conseguido, he debido atravesar pantanos y maniguas y breñas y... De acuerdo, no hablo más, pero no desaparezca así de esa manera que a ratos siento que de veras me he quedado solo y que estoy a punto ya de convertirme en árbol y no deseo quedarme echando las raíces, plantado aquí tan lejos de mi tierra, Capitán.

Los héroes

Cuando abrí los mails esa mañana y leí que tenía un mensaje de Charly Gruner, por un momento no supe de quién se trataba, hasta que me acordé de él y de la última vez que lo había visto hacía dieciséis años: habíamos ido a visitarlo a la clínica con otros chicos del colegio, me acuerdo que rodeamos la cama durante un rato y él contestó nuestras preguntas con una placidez extraña, había salido del coma y no parecía saber bien quiénes éramos. El pelo le estaba volviendo a crecer pero distinto, más oscuro y crespo. En una hoja de papel intentaba aprender a escribir nuevamente su nombre.

Charly Gruner fue el último de los chicos en recuperarse del accidente que tuvimos con el ómnibus en el viaje de egresados. Ahora, tantos años después, me mandaba un mail preguntándome qué era de mi vida. Al parecer, encontró mi dirección en la lista de un mensaje para una cena de egresados a la que no fui. Quizás por esa distancia aséptica que establece el correo electrónico, le contesté con simpatía. Me pareció que podíamos contarnos mutuamente cómo estábamos sin necesidad de forzar un encuentro o una conversación por teléfono. Le conté que estoy casado, que soy traumatólogo y tengo una hija. No recuerdo haber agregado el número de teléfono de mi consultorio, pero de algún lado lo sacó, porque me llamó dos días después. Con una voz esmerada y dulce me contó que vivía en Del Viso, con su mujer, en «una casa muy linda». No me dijo a qué se dedicaba. Le pregunté si tenía hijos y me dijo que no, me explicó que se sentía completo como estaba y que había logrado un equilibrio importante en su vida. Después dijo lo que me temía: «Che, tenemos que vernos». La verdad es que después de tanto tiempo yo no tenía ningún interés en volver a verlo. En el colegio no había sido un amigo cercano, éramos de distintas divisiones y apenas habíamos hablado algunas veces cuando coincidíamos en olvidarnos el bolso de gimnasia el mismo día y nos quedábamos fumando a un costado del campo de deportes, tirados en el pasto. Pero él me recordó el otro vínculo que nos unía:

—Me gustaría que hablemos del accidente —dijo.

—Ah, bueno —le contesté un poco cortado.

—Hay algunas cosas que necesito saber.

No me animé a preguntarle qué era lo que quería saber, pero tampoco me animé a negarme cuando me invitó ese mismo sábado a la casa. Acepté cobardemente y me despedí enseguida aduciendo que tenía un paciente. A los cinco minutos me mandó por mail el plano de cómo llegar a su casa.

Eso fue un martes. El viernes, cuando ya tenía planeado llamarlo al día siguiente temprano para disculparme por una guardia inesperada, me llamó Tomás Hanson al consultorio para preguntarme si yo también iba, si lo podía llevar. Con Tomás nos habíamos seguido viendo durante más tiempo. Habíamos tenido unas novias que eran amigas, habíamos empezado medicina juntos hasta que él largó, después se casó, se divorció, y tuvimos un período en el que trabajábamos cerca y nos encontrábamos a veces para almorzar. Últimamente, ni siquiera nos estábamos viendo para nuestros cumpleaños. El mío había sido hacía una semana y Tomás no había venido. Yo sabía que él estaba sin trabajo y había tenido que vender el auto, por eso ahora me llamaba para pedirme que lo llevara.

—¿Quiere que vos también vayas a hablar sobre el accidente? —le pregunté.

—Sí —dijo Tomás, riéndose—. Nos debe querer condecorar.

—¿Y vas a ir? Porque yo no tengo gana —le dije.

—Yo ganas no tengo, pero te digo la verdad...

—¿Qué?

—Cuando le dije que estaba sin laburo, me dijo que me podía conseguir una entrevista en Birox. Parece que el cuñado trabaja ahí. Y no me puedo dar el lujo de desperdiciar la oportunidad.

Yo dudé un momento.

—¿Me entendés, Rafa? —dijo Tomás.

—Sí, está bien.

—¿Qué hacemos? —preguntó, insistiendo.

—Te paso a buscar después del almuerzo, a las dos y media. Espero que este tipo no se zarpe con una terapia de grupo o alguna pelotudez así porque lo recontra cago a trompadas —dije y me di cuenta de que los amigos de la adolescencia nos vuelven regresivos y nos hacen hablar como entonces.

Esa noche, a oscuras, junto a mi mujer que dormía, me quedé pensando en el accidente. Me volvió a la cabeza ese rosario traumatológico que repetía antes de dormir, tiempo después del choque, cuando ya era estudiante en la facultad. Creo que en algún momento lo empecé a hacer como un recurso mnemotécnico para preparar la materia, pero después se convirtió en una letanía compulsiva que se fue ampliando a medida que yo profundizaba en el tema, una oración silenciosa que se ramificaba y podía desvelarme hasta la madrugada. Hacía tiempo que no la repetía. Es algo que me pasa solo en la oscuridad. Empiezo a enumerar las distintas fracturas de los chicos que estaban en el ómnibus. Fabián Heler: fractura de tibia con desplazamiento rotacional, luxación de tobillo. Esteban Dulotti: fractura de clavícula, fractura multifragmentaria de húmero. María Teresa Cárcano: fractura de cúbito y radio con angulación, fractura por compresión de la quinta vértebra cervical. Federico Nora: fractura expuesta de tibia y peroné, fractura del tercer arco costal. Alejandro Terra: fractura espiroidea de fémur, politraumatismo craneano con fractura de occipital izquierdo y parietal... Así estuve un rato largo. Antes podía pasarme horas de insomnio acordándome de cada uno, como si recorriera de nuevo las salas del hospital de Neuquén donde deambulé la semana posterior al choque, haciéndoles compañía a mis amigos heridos. Y no solo podía enumerar las fracturas, sino que también podía verlas, no como una placa radiográfica sino como una endoscopia gigantesca, adentro de los músculos, los tejidos y la sangre. A veces incluso fijaba la mente en cada cuerpo, en cada fractura, y veía todo el proceso de reparación, desde el coágulo primero hasta el hueso soldado y resistente, pasando por el tejido de granulación, la formación de la sustancia osteoide, el callo primario... Lo veía todo sucediendo, no en un espacio reducido como en un microscopio, sino a mi alrededor, en un lugar enorme, oscuro, a veces en el lugar mismo del accidente, de noche entre los árboles, como si el interior del cuerpo fuese algo gigante, un lugar geográfico donde las células se desplazan como si fueran grandes estrellas rojas y mojadas. Un lugar donde floto en silencio, ese silencio frío, posterior al impacto, el momento en que volé hacia adelante pensando que me iba a morir, cuando estuve suspendido en ese miedo negro, en la nada, y entré sin saberlo a otro lugar, al espacio de los cuerpos, al ámbito donde empecé a vivir el orden de la inmensa anatomía.

No sé exactamente qué fue lo que me salvó de esa obsesión nocturna. Supongo que en parte fue mi mujer a quien conocí en el tercer año de la carrera, y en parte fue la práctica bestial de las

guardias que redujo mi traumatología cósmica a sesiones de carpintería básica. A veces pienso que yo creía que, si lograba concentrarme lo suficiente y elaborar el proceso de reparación de todos en una misma noche, podía deshacer lo sucedido, cambiar las cosas. No lo sé. Nunca logré superar la cura de un tercio de los heridos antes de que me derrotara el sueño.

Esa noche me dormí tarde y no descansé. El sábado al mediodía mi mujer me hizo entender que no le interesaba venir a lo de Charly Gruner, anunciándome que se iba a ayudar a una amiga a elegir una alfombra. A las dos y media, después de almorzar, pasé a buscarlo a Tomás, que ya estaba esperándome abajo, en la entrada de su edificio. Se metió en el auto como plegándose por partes, me dio un paquete cilíndrico y me dijo «Feliz cumpleaños». Lo abrí. Era una botella de gin inglés. Le agradecí y me dio una palmada en el hombro. Lo noté más desgarrado, más triste, con los ojos transparentes.

Salimos por la avenida Figueroa Alcorta con las ventanillas bajas porque yo venía fumando. Tuve una breve sensación de libertad, quizá por la improvisada salida de solteros o por el aire ya templado de noviembre que entraba en remolinos como si fuera el comienzo exacto del verano.

—¿Qué querrá este tipo? —dije como pensando en voz alta.

—¿A vos qué te dijo?

—Que quería hablar del accidente. ¿A vos?

—Lo mismo. Me dijo que quería saber algunas cosas.

—Andá a saber con qué se descuelga. ¿No sabés si va alguien más?

—Ni idea —dijo Tomás.

En los lagos de Palermo había gente trotando o andando en bicicleta. Ver gente que hace ejercicio me provoca siempre un leve cargo de conciencia, me hace acordar que todos los días les aconsejo a mis pacientes hacer gimnasia y sin embargo yo no hago nada, me dejo atrofiar por los años, engordo, me crece más la panza, se me agrava la escoliosis. Tomás salía a correr en una época. A veces iba trotando hasta Ciudad Universitaria, cuando estábamos haciendo el Ciclo Básico. Estuvimos casi un año cursando juntos. Yo me daba cuenta de que no le gustaba estudiar, tenía siempre un aire intranquilo. En el bar que da al río, frente a ese camalotal barroso donde se veían pasar las ratas, me hablaba con entusiasmo de cómo venía corriendo por la costanera casi todos los días y cómo iba superando sus propias marcas. Cuando yo tocaba el tema de las materias, se callaba y empezaba a garabatear figuras en su cuaderno. Un día fui a fijarme si yo estaba anotado en las materias para el segundo cuatrimestre y de paso busqué también el nombre de Tomás en la inmensa lista que empapelaba todas las paredes de dos aulas de planta baja. Encontré mi nombre pero no el de Tomás. Cuando se lo comenté me dijo que no se había anotado, que seguía viniendo a la facultad porque no se animaba a decirles a sus padres que había largado los estudios. Tomás solo parecía tener en claro que le gustaba correr. Yo una sola vez lo acompañé hasta la facultad trotando y desde entonces decidí que prefería viajar apretado en el colectivo 37.

Ahora pasábamos por Obras Sanitarias. Estaban haciendo reparaciones en la calle La Pampa y había un cartel naranja que me causó gracia porque decía «La Pampa clausurada». Cruzamos el puente que comunica el tránsito con la avenida Lugones.

—¿Te acordás cuando corrías por acá? —le dije.

—Sí.

—¿No volviste a correr?

—No —dijo.

—Pero tenías aguante...

—Sí, podía correr más de dos horas.

—¿Y qué pasó?

—Supongo que se me fueron las ganas. Pero fue raro... En el colegio yo no hacía deportes. ¿Te acordás? Yo empecé a correr después del accidente.

—Ah, no me había dado cuenta de eso.

—Yo me di cuenta hace poco —dijo—. ¿Viste que, después de que sacamos a la gente de adentro del ómnibus, Felone me mandó a buscar ayuda?

—Sí, me acuerdo.

—Me dijo que buscara un teléfono y pidiera ambulancias. Yo corrí nueve kilómetros desde el lugar del choque hasta San Martín. Los medí con el auto hace un par de años cuando volví con los chicos al sur.

—Ah, ¿volviste al lugar del choque?

—Sí.

—No sabía. ¿Y está todavía el ómnibus ahí desbarrancado?

—No, lo sacaron, pero hay una cruz de mármol blanco que deben haber puesto los familiares de Valdés. La cuestión es que, la noche del accidente, cuando finalmente logré llegar a San Martín, no había nada, eran las tres de la mañana y no estaban ni los perros. Corrí por calles vacías hasta que, en una plaza, me acuerdo que me acerqué a una parejita que estaba apretando adentro del auto. Yo les hablaba y me miraban espantados sin bajar la ventanilla. Lo que pasaba era que a mí me habían rapado ustedes por el número bajo de la colimba, ¿te acordás?

—Sí.

—O sea, yo estaba rapado y ensangrentado, porque me había manchado todo con la sangre de Gruner. Así que mi aspecto no era de lo más agradable.

—Parecías un asesino —dije.

—Imaginate. Los puteé y seguí corriendo. Fui a una estación de servicio, un tipo dormido que cuidaba ahí no me quería abrir, yo le gritaba pidiéndole ayuda del otro lado del vidrio, pero no me abrió. También lo puteé. Di vueltas por calles vacías, siempre corriendo, no podía más. Me perdí. Seguí corriendo. ¡Qué se yo! Toqué la puerta en una parroquia, pero tampoco me abrieron. No sabía dónde estaba. Al final asusté a una mujer que entraba a su casa; una vez que estuvo adentro, desde el otro lado de la reja, me dijo dónde quedaba el hospital. Corrí hasta el hospital y me encontré en la guardia con Felone que me dijo que ya habían traído a todos. Pegué un grito, no sé... Hice un quilombo y me caí al suelo.

—Yo te vi en la camilla con la máscara de oxígeno.

—Sí.

Nos quedamos callados un momento. Tomás miraba para el costado. Me di cuenta de que yo estaba fumando como hacíamos a la salida del colegio, con el cigarrillo entre el pulgar y el índice, escondido adentro de la mano. Lo tiré por la ventana. Ahora tomábamos el Acceso Norte. Yo iba despacio.

—¿Ahí fue cuando empezaste a correr? —pregunté.

—Después de eso, empecé. Me hacía sentir bien. Era... no sé. Cuando corría me sentía vivo. Me gustaba cansarme, sentir que había atravesado toda esa distancia con mis piernas. Hay una soledad cuando estás corriendo que siempre me gustó.

—¿Y qué pasó que dejaste de correr? —le pregunté.

—Fue un verano en Pinamar. Me había puesto a entrenar porque iba a haber una maratón. Día por medio hacía un recorrido por la playa hasta la zona de los médanos. ¿Conocés esa parte donde

se terminan los balnearios y empiezan los médanos?

—Sí.

—Bueno, los cruzaba hasta la ruta, me metía en el bosque y volvía hasta casa por la cancha de golf nueva. Eran dos horas justo. Y un día, estoy corriendo por los médanos y se me acerca un tipo en una moto de cross de esas que hacen mucho ruido, tenía casco, todo el traje especial ese que usan, me frena delante y me pregunta «¿Qué pasó?». Yo me sorprendí. Le digo: «Nada, ¿por qué?». Y él se me queda mirando, desconcertado. No se le cruzaba por la cabeza que alguien quisiera correr por ahí. Me dice: «Pensé que habías volcado con un jeep, o algo así, pensé que estabas corriendo para buscar ayuda. Disculpame». Y se fue medio avergonzado el tipo. Yo me quedé inmóvil ahí en la punta de la duna durante un rato y después me volví caminando. No corrí más.

—¿Nunca más?

—No.

Yo lo miré a Tomás y él me miró con una especie de sonrisa.

—¿Te das cuenta?

—Qué raro... —dije yo—. Era todo una misma maratón para buscar ayuda, desde la noche del choque. Cuando el motociclista te ofreció ayuda, se acabó, era la meta que estabas buscando.

—Algo así, supongo. No sé. Lo curioso es que el tipo notó algo raro en mí, no estaba tan equivocado. Yo estaba buscando ayuda sin darme cuenta, debo haber estado corriendo de una manera extraña, como desesperado.

—¿Y no te dieron más ganas de correr?

—No, nunca más.

Ahora la autopista atravesaba una zona verde de countries y cementerios privados. Un poco más adelante, llegamos al peaje. Yo me estaba por meter en una fila cuando Tomás me señaló otra que parecía avanzar más rápido.

En la bajada a Del Viso, saqué del bolsillo el mapa impreso y se lo di a Tomás para que me ayudara a encontrar el camino. Dimos vueltas un rato por calles arboladas, de tierra, sacudidos por los pozos, entre quintas, ladridos y ruido de cigarras. Finalmente, pasadas las tres de la tarde, llegamos a un portón azul que coincidía con la descripción del mapa. Tomás tocó el timbre y el portón empezó a abrirse hacia un costado. Entramos con el auto a un jardín con grandes eucaliptos. En los escalones de la casa había un hombre pelado y flaco con los brazos en alto, vestido con ropa blanca, suelta, y sandalias franciscanas. Era Charly Gruner, dándonos la bienvenida.

—¡Qué alegrón, che, que alegrón! —dijo con una enorme sonrisa cuando nos bajamos.

Me dio un fuerte abrazo, se separó un poco de mí dejándome la mano en la nuca, me miró a los ojos y con enorme simpatía me dijo:

—Tomás.

—Rafael —lo corregí—. Tomás es él.

Pidió disculpas, diciendo que había pasado mucho tiempo, y lo abrazó también a Tomás. Habían pasado dieciséis años, y la verdad era que estábamos todos cambiados. Él tenía afeitados los costados de la cabeza y la parte de arriba brillaba con una calvicie natural.

Nos invitó a pasar. La casa parecía un museo vacío y luminoso.

—¿Te acabás de mudar? —preguntó Tomás.

—No —dijo Charly, sonriendo—. Vivimos acá hace cuatro años.

—Ah... No, yo decía por el... —Tomás hizo un gesto con la mano como abarcando el vacío.

—Es un espacio que te armoniza —dijo Charly—. Lo fuimos creando de a poco con Marga. Nos gusta así, minimalista, medio zen.

Nos quedamos los dos con la cabeza echada hacia atrás, como asintiendo con la boca abierta. Realmente parecía que faltaban cosas. En medio de un enorme living, había solo unos sillones blancos y una mesa baja de piedra. Sin cuadros, ni fotos, ni lámparas, ni adornos. El piso era de laja negra y había tres esferas de mármol blanco, distribuidas. Era como una de esas casas de revista de decoración donde no parece que viviera nadie.

—Vayamos afuera que es un día espectacular —dijo Charly.

Salimos a un jardín que tenía dos grandes rocas negras sobre piedritas blancas. Yo pisé las piedritas fuera de las baldosas y Charly me advirtió:

—Ojo que esto está recién rastrillado.

Mis pisadas habían desdibujado los surcos hechos en el suelo con un rastrillo. Lo seguimos a Charly sin desviarnos de las baldosas y noté la prolijidad de su aspecto, caminaba muy derecho y tenía un atuendo blanco y liviano, con el cuello mao y los puños abrochados. A su lado, Tomás y yo parecíamos mal vestidos o desaliñados con nuestros jeans y camisas arremangadas. Yo me sentí gordo y torpe. Tomás estaba despeinado.

Donde terminaba el jardín seco, empezaba el césped entre unos sinuosos senderos de piedritas; al fondo había vegetación espesa y árboles. Era un terreno grande. Nos sentamos en unos bancos de piedra circulares en torno a una mesa redonda. El lugar era agradable. Charly parecía muy contento, tenía una sonrisa que le arrugaba toda la cara y le ocultaba los ojos. Nos preguntó cómo estábamos. Yo le repetí lo que ya le había contado. Charly escuchaba con una sonrisa. Después habló Tomás y, cuando estaba haciendo hincapié en el modo injusto en el que lo habían echado de su último trabajo, sonó un teléfono celular. Charly hizo un gesto con la mano pidiendo disculpas y atendió.

—Bueno, amor. No te preocupes. Shantih, shantih —dijo y cortó—. Era Marga que está en una clase, va a llegar tarde.

—¿Está tomando algún curso? —pregunté.

—No, ella es profesora de yoga y de reiki en el centro que tenemos en Pilar —dijo él y pronunció «ioga».

Nos contó que tenían un «centro de educación espiritual» donde él daba dos cursos, uno se llamaba «Bioenergía y transformación» y el otro «Armonización y despertar». A mí me dieron ganas de fumar pero me contuve.

—Che, ¿algún jugo de frutas, agua mineral...? —ofreció Charly.

—¿Algo que levante un poco más el espíritu no tenés? —sugerí yo.

—No va a poder ser, muchachos. No tenemos nada de alcohol en la casa. —Se paró para ir a buscar algo y ya de espaldas y levantando los brazos dijo—: ¡El cuerpo es un templo!

Yo me puse a fumar. Charly trajo una bandeja con vasos, un botellón de agua y hielo.

—Me alegro infinitamente que hayan venido. No saben lo importante que es para mí esto. Les cuento para qué los llamé.

—Dale —dijo Tomás, apoyando los codos sobre la mesa.

—Estoy metido de lleno en un libro que se va a llamar «Volver a nacer». ¿Qué les parece el título?

—Muy bueno —dijo Tomás.

—Es sobre la transformación que se produjo en mí gracias al accidente. Sobre esta oportunidad que me brindó Dios. Y les pedí que vinieran —dijo Charly, estirando los brazos hasta

agarrarnos a cada uno de la muñeca— porque ustedes dos fueron... ¿cómo podría decirlo?... los ángeles de luz...

—Bueno... —dije yo, incómodo.

—Sí, sí, ángeles de luz —dijo Charly—, porque me salvaron la vida, por eso quiero incluir el testimonio de ambos en el libro. ¿Qué les parece?

A mí, sus palabras me impresionaron menos que el gesto de agarrarnos.

—Todo el tiempo que estuve en coma, para mí es un blanco, un misterio, y necesito que me cuenten un poco para llenar ese vacío.

—¿Qué querés que te contemos? —dijo Tomás.

—Su experiencia humana, su entidad espiritual ante el accidente.

—A ver, sé un poco más... más específico —dije yo.

—Lo que se acuerden. Por ejemplo, cómo fue el accidente, qué vivenciaron ustedes.

—¿Vos no te acordás nada? —le pregunté.

—Nada. Absolutamente nada —dijo—. Yo estaba dormido y después quedé inconsciente.

Cuando Tomás estaba por empezar a hablar, Charly puso el celular sobre la mesa y quiso empezar a grabar pero tenía poca batería. Fue a buscar algo. Nos quedamos solos y Tomás me dijo en voz baja:

—Unas palabras y rajamos de acá.

Charly volvió con un grabador. A mí la idea de hablar del accidente así, al aire libre, en pleno día, me disgustó. Además me estaba molestando el resplandor del sol. Charly apretó un botón del aparato y dijo:

—Listo.

Él y Tomás me miraron a mí.

—No sé por dónde querés que empiece —me evadí.

—Por donde quieras —dijo.

Por suerte Tomás tomó la iniciativa:

—Veníamos bajando del cerro después de una fiesta a las tres de la mañana. ¿De eso te acordás?

—Sí —dijo Charly.

—Nos quedamos sin frenos yendo barranca abajo, nos salimos del camino, nos desbarrancamos y chocamos contra una piedra.

—¿Vos estabas despierto? ¿Te diste cuenta de algo antes del choque? —preguntó Charly.

—Sí —dijo Tomás—. Me desperté porque el ómnibus iba demasiado rápido y hacía mucho ruido el ripio que pegaba contra los guardabarros. Me di cuenta de que veníamos descontrolados.

—¿Y qué pasó?

—Lo vi pasar para atrás a Felone, que decía «No tenemos frenos siéntense derechos» y tropezaba tratando de despertar a todos. Después fue todo muy rápido. Sentí que estábamos en el aire. Me agarré del asiento de adelante y ahí fue el impacto.

—Vos estabas bastante atrás, ¿no?

—Sí —dijo Tomás—. Por eso Rafael y yo, y otros, salimos ilesos, porque veníamos atrás.

Me puse a mirar para el costado. Unos pajaritos negros revoloteaban alrededor de unas cañas y pegaban gritos.

—Y vos, Rafael, ¿estabas despierto? —me preguntó Charly.

—Sí. Vi lo mismo que Tomás —contesté, demorando la mirada un momento en el jardín. Parecía que era mi turno porque ahora los dos me miraban nuevamente. Prendí otro cigarrillo en

silencio.

Charly se quedó callado y volvió a repetir el gesto de agarrarme la muñeca. Yo casi saco la mano pero me pareció que iba a quedar demasiado antipático.

—Rafael —me dijo con tono suplicante—, entendé que ése fue tal vez el momento más importante de mi vida y no sé nada al respecto.

—Te entiendo —le dije—, pero vos entendé que para mí hablar, así de golpe, sobre el tema es difícil, me cuesta... Además... Me está dando el sol de frente. Voy a buscar los anteojos.

Me levanté y fui hasta el auto. En el asiento de atrás vi la botella de gin que Tomás me había regalado. Volví a la mesa con los anteojos oscuros puestos y con la botella en la mano. Me senté, puse hielo en mi vaso, abrí la botella y me serví bastante gin. Como mi actitud quedó un poco desafiante, la suavicé señalándome el pecho y diciendo:

—Con su permiso, este templo necesita un poco de agua bendita.

Tomás pareció alegrarse de que aprovechara su regalo y también se sirvió.

Los primeros sorbos de gin puro me cayeron bien. Charly juntó las manos, riéndose con un gesto indulgente, y siguió:

—Bueno, ¿qué más? Por ejemplo, ¿qué pasó en el momento exacto del impacto?

—Pasó que chocamos —dije, un poco irritado—, volamos todos para adelante, volcamos, murió el chofer, el frente del ómnibus desapareció. Nos hicimos puré. Eso pasó.

—¿Vos te lastimaste?

—No. Me golpeé un poco, pero no me corté.

—¿Y qué hiciste?

—Salí por la ventana y empecé a ayudarlos a Tomás y a Iván, que estaban sacando a la gente que había quedado adentro.

—Pensábamos que se iba a prender fuego —aclaró Tomás—. Además, como era de noche, no vimos que, en realidad, en vez de sacar a la gente por la ventana, podríamos haber salido caminando por adelante, porque el ómnibus se abrió como una lata de sardinas.

—¿Y a mí me sacaron por la ventana?

—No —dijo Tomás—, por la ventana sacamos a María Teresa, a Fabián, a Paola...

—¿Y yo dónde estaba?

—A vos te encontramos después —dijo Tomás—. Fuimos para adelante del ómnibus y vimos que había gente muy lastimada, estaban desparramados entre las plantas. Estaba Federico, estaba Valdés, el chofer, que ya estaba muerto...

Tal como lo había hecho otras veces al llegar a ese tema, Tomás empezó a contar el chiste que había contado el chofer esa noche antes de arrancar. Era sobre un borracho parado en medio de la ruta, que veía dos luces acercándose y creía que eran dos motos y al final era un camión que le pasaba por encima. Tomás contaba ese chiste estúpido que había contado el chofer antes de morir, como si develara la ironía oculta del destino. A Charly no pareció interesarle, quería saber adónde lo habíamos encontrado a él. Yo me serví más gin y Tomás me pidió que le sirviera.

—A vos te encontramos último —dijo Tomás—. Rafael empezó a iluminar con la linterna un poco más abajo en el barranco y te vio.

—Vi tu remera a rayas —dije.

—Ah, claro... —dijo Charly recordando—. Un buzo era.

—Vi las rayas y lo llamé a Tomás.

—Bajamos los dos medio a los resbalones —dijo Tomás—. Había barro y no teníamos zapatos.

—¿Por qué?

—Es un reflejo del cuerpo —dije yo—. Al hospital los accidentados llegan casi siempre sin zapatos. En el momento del accidente se te contraen tanto los pies que se te salen los zapatos.

—¿Y yo qué hacía? ¿Me movía?

—No —dije yo.

—¿Cómo estaba?

—Mal —dije y tomé el fondo que me quedaba en el vaso—. Estabas de costado y tenías la pierna derecha en rotación, o sea, dada vuelta, mirando para atrás.

—Yo pensé que estabas muerto —dijo Tomás—. Pero después cuando te movimos tosiste y te empezamos a levantar.

—¿Quedé muy lejos del ómnibus?

—Bastante —dijo Tomás—. Como a quince metros.

—Lo que pasa es que seguramente rodaste para abajo —dije yo.

El sol se había desplazado un poco y ya no me molestaba. Era una linda tarde, el cielo estaba despejado y había ruido de pájaros entre las hojas, al fondo del jardín. Tomás llenó los dos vasos y se pasó la mano por el pelo hacia atrás. Le quedaron los pelos parados, quedó todo despeinado con un mechón alto que no se decidía para qué lado caer. Pasó un benteveo por encima nuestro; yo tiré la cabeza para atrás para seguirlo con la mirada y casi me caigo de espaldas. Cuando me enderecé, el horizonte tardó en estabilizarse. Me estaba haciendo efecto el gin. Hubiese querido que los bancos tuvieran respaldo para poder relajarme un poco. Apoyé los codos sobre la mesa, la cabeza me pesaba.

—¿Quién me subió a la ambulancia?

—No fuiste en ambulancia. Te subimos al auto del disc-jockey, que estaba volviendo de la fiesta y lo frenamos.

—¿Y quién fue conmigo?

—Yo —dije.

—¿Estuve todo el tiempo inconsciente?

—Sí. Tosías y te salía espuma roja por la boca.

—¿Espuma? ¿Por qué espuma?

—¿Querés la explicación médica?

—Sí.

—Bueno, probablemente tenías hemorragias internas y el pulmón colapsado, lleno de sangre. Yo tenía miedo de que te murieras. Te empecé a gritar al oído «¡No te duermas! ¡No te duermas!», porque me parecía que gritarte «¡No te mueras!» no era muy alentador. El tipo que manejaba debe haber pensado que yo estaba demente —dije y me reí haciendo girar los hielos adentro del vaso—. Por suerte llegamos enseguida al hospital.

—¿Ahí me agarraron los médicos?

—Sí. No te vimos más hasta cuando te fuimos a visitar a la clínica en Buenos Aires.

—¿Y ustedes qué hicieron?

—Los que estábamos sanos fuimos a la enfermería de un regimiento donde había camas libres. Ahí dormimos esa semana —dijo Tomás y dio como un resoplido aguardentoso, pasándose la mano por la cara—. A los heridos los llevaron al hospital de... de...

—De Neuquén —dijo Charly.

—Sí —dijo Tomás.

—¿Yo estuve en ese hospital? —preguntó Charly.

—Sí. Pero vos estuviste ahí uno o dos días y después te trasladaron de urgencia en avioneta a Buenos Aires. Nosotros volvimos a la semana, en un Hércules de la Fuerza Aérea. Fue tipo Vietnam, eso.

—Sí —dije yo—. ¿Te acordás?

Tomás contó entusiasmado, con la voz áspera:

—Veníamos en las camillas durmiendo —dijo—, los heridos leves también. Y el féretro de Valdés ahí también. El Hércules aterrizó en Palomar. Se bajó la rampa de la cola con el féretro, así, despacio, y vimos a todos los familiares esperando. Era de noche.

—El avión ese era impresionante —dije yo—, adentro tenía...

Pero Charly apagó el grabador y me interrumpió:

—Bueno, che, yo creo que con eso estamos.

—¿No querés que cuente del avión?

—No, era lo otro lo que quería saber —dijo—. Vengan que les quiero mostrar una parte del jardín.

Él se paró. Yo pensé que caminar un poco me iba a hacer bien. Vi que Tomás se iba con el vaso y me pareció buena idea llevar el mío. Era muy buen gin. Se lo dije a Tomás. Caminamos por el jardín, por un sendero de piedras, uno de cada lado de Charly Gruner. Charly nos pasó a los dos un brazo por encima del hombro. Empezó a decir que nosotros éramos sus segundos padres y que así íbamos a figurar en su libro. Dijo que él había tenido un segundo nacimiento el día del accidente y, como nosotros lo habíamos salvado, entonces éramos como sus padres.

—Che, Tomás, yo canto ser el padre —dije—. Vos sos la madre.

Tomás puso voz de madre y, abanicándose con la mano frente a la nariz, le dijo a Charly:

—Nene, ¿por qué no le hacés un favor a tu madre y te pegás un bañito?

Nos reímos porque era verdad, la axila de Charly se hacía notar.

—El desodorante no es un producto natural. Nos aleja. Hay muchas cosas que nos alejan —dijo Charly.

—¡Pero, che, qué sobaco ecológico! —dijo Tomás y a mí casi me sale gin por la nariz.

El sendero serpenteaba por el jardín de un modo que me pareció innecesario. Se me hizo largo el trayecto.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Ya van a ver —dijo Charly.

Nos metimos en la sombra verde de los árboles y yo de pronto vi unos fierros oxidados y me planté en seco y hubiese querido tener ocho años y salir corriendo para atrás como una vez en el club cuando un amigo me obligó a ir a ver un esqueleto de perro entre los arbustos. Ahí estaba nuestro ómnibus retorcido como una especie de monstruo saltando hacia adelante con las dos ruedas en el aire, como recién deformado contra las piedras. Parecía un dragón entre los árboles. Enfrente había unos bancos. Tomás, que se había adelantado, se sentó dejándose caer para atrás. Había algunos fierros rodeados por enredaderas. Quedaba el armazón de unos pocos asientos. No estaban ni los vidrios ni las chapas laterales.

—¿Éste es nuestro ómnibus? —preguntó Tomás.

—Sí —dijo Charly y me miró a mí.

Yo no lo miré ni dije nada, pero sentí una violencia en todo el cuerpo, como si de golpe la sangre me empezara a circular en forma extraña.

—¿Y qué hace esto acá? —preguntó Tomás.

—Lo compré —dijo Charly—. Averigüé cómo se podía traer y una grúa lo puso arriba de un camión que lo trajo en tres días.

—¿Y para qué?

—¿«Para qué» qué?

—¿Para qué carajo hiciste traer esto hasta acá? —dijo Tomás levantando la voz.

Charly se llevó el índice a los labios delicadamente, pidiéndole que bajara el tono y dijo:

—Me ayuda a pensar. Todas las mañanas vengo acá a meditar. Este ómnibus es el símbolo del cambio de mi vida, es mi crisálida, de acá salí distinto. El último día del curso de «Bioenergía y transformación» traigo al grupo acá, nos sentamos y hablamos de la energía de la transformación, de cómo hay que aprovechar las mutaciones, las torceduras del destino. Hablamos de los procesos de evolución, de la oportunidad de la crisis, del dolor del cambio.

Tomás lo escuchó anonadado. Después caminó alrededor del ómnibus y en un momento tropezó con una raíz. Yo estiré un brazo y me apoyé contra un árbol porque estaba mareado. Me acordé del tipo de defensa civil que nos llevó en una camioneta a Lucas y a mí al lugar del accidente para juntar las cosas al día siguiente: las camperas, los bolsos, las máquinas de fotos, todas las cosas rotas, ensangrentadas, mezcladas, pisoteadas. Se habían roto hasta las pilas de los walkman. El tipo de defensa civil nos decía que no se puede dejar sin vigilancia el lugar de un accidente porque enseguida la gente de la zona lo saquea; decía eso mientras se comía un chocolate en rama de una de las cajas que estaban tiradas.

Me tomé lo que quedaba en el vaso y le dije a Tomás que teníamos que ir yendo.

—Si no salimos ahora, después nos agarra la salida del partido en River —dije.

—Esperen que les quiero sacar una foto al lado del ómnibus, para el libro —dijo Charly y fue a buscar la máquina.

—Este tipo está totalmente loco —me susurró Tomás.

Yo asentí con la cabeza. Me quería ir. Charly volvió con unos papeles y la máquina de fotos en un trípode. Nos hizo parar juntos, al lado del ómnibus destruido, nos pidió que nos abrazáramos.

—¡Ustedes son sobrevivientes, viejo, están vivos! ¡Arriba el ánimo! —dijo para hacernos sonreír y nos transparentó con tres flashes seguidos.

Después nos acompañó hasta el auto. Por el camino agarré la botella; nos habíamos tomado más de la mitad. Charly nos dio unos folletos de su centro de educación espiritual. Se llamaba Abrazo de Luz. Nos dijo que los repartiéramos entre familiares y conocidos, y que lo visitáramos en cualquier momento, que nos iba a hacer bien. El folleto tenía la foto de Charly y de su mujer. El texto empezaba diciendo: «Luego de sufrir un grave accidente, el director espiritual Carlos María Gruner...». No quise leer más y metí los folletos en la guantera. Charly nos abrazó con menos entusiasmo que en la bienvenida, y después yo me desplomé con gusto en el asiento del auto porque me dolía la espalda. Tomás se subió, le amagó a la manija de la puerta para cerrarla pero le erró y casi se cae, tuvo que sostenerse del marco y volver a intentar.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—¿Qué?

—¿Te sentís bien?

—Sí —me dijo con la voz pastosa—. ¿Vos cómo estás para manejar?

—No pasa nada. Estoy perfecto —dije.

—No te hagás el sobrio que estás peor que yo.

—Tengo seis carriles —dije y nos dio un ataque de risa.

—¡Qué hijo de puta!

Nos fuimos callando en el silencio del auto.

—¿Te mencionó algo de la entrevista de trabajo que te había prometido?

—No —dijo Tomás—. Debe haber sido una carnada para hacerme venir.

Yo encendí el motor.

—Míralo —me dijo.

Charly estaba caminando hacia la puerta de salida, con el control remoto del portón en la mano, listo para abrirnos. Avanzaba con pasos lentos por el camino, rozando las hojas de un sauce con las yemas de los dedos.

—Pensá que está vivo gracias a nosotros —le dije a Tomás.

—Vos fuiste el boludo que lo iluminó con la linterna...

—Tenés razón —dije y esperé unos segundos para que se calentara el motor. Después agregué

—: ¿Qué te parece si lo pasamos por arriba con el auto?

Tomás se rio y yo puse primera.

El nieto del viejo Pintos

La mucama la buscaba por las habitaciones del departamento.

—¿Señora? ¿Señora?

Del otro lado de la puerta del dormitorio se oyó:

—¿Sí?

—La llaman por teléfono.

—¿Quién?

—Un doctor Calas o Cale, algo así.

Ella salió del baño en bata. Era una mujer joven, casi rubia y de una belleza intermitente. Se sentó en la cama que estaba todavía deshecha, y atendió sin dejar de peinarse el pelo mojado.

—¿Quién es?... Ah, bueno, sí, lo espero. —Cambió de mano el tubo, se peinó el otro lado del pelo y prendió un cigarrillo.

—Doctor Cavanagh. Sí, ¿cómo le va? No, no voy a ir. Por favor, dígame por teléfono. — Escuchó con atención, después, fríamente, dijo—: Bueno, me imaginaba. Como siempre, sí. Sí, ya sé. No, *in vitro* de vuelta, no... No... Basta, se terminó. Mire, no me voy a hacer más estudios... Sí, ya sé que usted cree que tengo posibilidades pero ya pasó demasiado tiempo y... No, yo no dudo de que usted... Mire, no quiero darle más vueltas al asunto, si algún día quiero seguir haciéndome estudios, lo llamo. Gracias.

Cortó y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

Fue a la cocina, se sirvió un vaso de jugo de naranja y lo tomó sentada en el living donde entraba la luz de la mañana, hojeando nerviosa una revista de decoración. La mucama iba y venía con baldes, con la aspiradora, con ropa planchada o para lavar. En una de las pasadas se llevó el vaso vacío a la cocina. Ella prendió otro cigarrillo; lo fumó parada mirando por la ventana el río que llegaba hasta el horizonte como un mar violáceo y muerto. La mucama volvió a poner la revista paralela al borde de la mesa de vidrio. Ella se quedó abstraída, mirando unas nubes lejanas. De pronto giró, miró a su alrededor, volvió a mirar el río y dijo:

—¿Teresa?

—¿Sí, señora?

—Tráigame, por favor, a mi escritorio una caja de cartón de las grandes.

En ese cuarto donde había una computadora, una impresora y unas fotos de ella con su marido a caballo o al borde de una lancha mirando las ballenas, abrió el placard, sacó papeles, cuadernos con anotaciones de fechas, radiografías, sobres de distintos tamaños con etiquetas de laboratorios y obras sociales. Colocó todo en una caja. Fue a su cuarto, la cama ya estaba hecha; metió en la caja los libros que estaban sobre su mesa de luz. Después, en el baño, metió pomos y frascos con medicamentos. Se vistió con un pantalón pinzado y una blusa, se puso unos zapatos sin taco, un tapado verde inglés, se colgó la cartera y bajó hasta el estacionamiento del auto llevando en brazos la caja llena de cosas. La acomodó en el asiento de atrás y salió manejando, sin vacilar el rumbo.

En la subida a la autopista que lleva al norte estuvo frenada en un embotellamiento casi una hora. Habló por el teléfono celular con su secretaria. Le dio indicaciones de rutina: que mandara

unas cartas, que insistiera en la petición de un memorándum, que terminara de pasar en limpio una demanda y, sobre todo, que le dijera a sus clientes que esa semana ella se había tomado vacaciones. Inmediatamente llamó a su marido a la oficina de la empresa. Le dejó un mensaje en el contestador automático:

—Juanjo, soy Vale. Estoy yendo a Pilar. Iba a tomar sol pero veo que se está nublando. Por ahí me quedo a dormir allá, ¿bueno? Chau, un beso.

El tráfico avanzó lentamente hasta el peaje, después fluyó disgregándose y los autos viajaron a gran velocidad. Ella manejó en silencio, sin encender la radio y sin mirar la ciudad que de a poco se deshacía en fábricas y en hoteles alojamiento. No tomó el ramal que lleva a Pilar, pasó las últimas parrillas y restaurantes, los puentes peatonales, los playones con millares de automóviles nuevos. De lejos, a la altura en que la autopista se angosta en solo dos carriles que atraviesan el campo, vio el humo negro de unas fogatas. Pronto las alcanzó. En tres grandes parvas ardían ramas, basuras y hojas secas a un costado del camino, cerca del alambrado. Detuvo el auto. Vio que no había nadie alrededor, bajó con la caja y la acercó a una de las fogatas. En un gesto de renuncia y de liberación, arrojó con todas sus fuerzas la caja al medio de las llamas. Algunos sobres y frascos rodaron hasta sus pies y los acercó a las brasas con la punta del zapato. Se quedó mirando cómo se quemaban. El calor deformaba gradualmente el plástico, hacía estallar las cápsulas y consumía en segundos el papel. A través de la columna de humo y aire caliente, la imagen de ella se enrarecía y por momentos casi flameaba en la luz del mediodía. Regresó al auto caminando apurada y siguió viaje hacia el norte.

En una estación de servicio en las afueras de Zárate, se detuvo a cargar nafta y compró un sándwich, que comió mientras cruzaba los puentes a la provincia de Entre Ríos. Manejó largamente por la ruta 14, con paciencia, sin adelantarse a los camiones y a los demás autos con maniobras arriesgadas. Una parte del paisaje acuoso de esteros y lagunas extensas se iluminaba de pronto y otra se opacaba según pasaban las nubes llevadas por el viento. Pasó por poblaciones ralas, por tramos en construcción, por puestos de la policía caminera donde no la detuvieron. Con cansancio y una deserción imperceptible de la luz, se hizo la tarde.

En la rotonda de Concepción se desvió hacia otra ruta alejándose de la ciudad, internándose en el campo por un camino lateral que era de ripio y, más adelante, solo de tierra y, después, tras una bifurcación donde dudó, apenas una huella angosta entre dos alambrados. Avanzó buscando alguna referencia. Retrocedió. Finalmente le preguntó a un tractorista por la estancia «Los Jazmines». El hombre le dijo que iba bien, debía seguir una legua y doblar para el lado del río; ella preguntó si eso era a la derecha o a la izquierda, el hombre respondió que era hacia el lado donde había unos eucaliptos. Agradeció y siguió. En el lugar indicado, giró, encontró la entrada de «Los Jazmines», pero pasó de largo. Se detuvo más adelante en una casa al borde del camino.

Era un puesto de chapa, rodeado por árboles espinosos, maquinarias oxidadas y gallinas. Salieron a recibirla unos perros que no dejaban de ladrar. No se atrevió a bajar del auto. Después de un rato tocó bocina y apareció un chico.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. ¿Acá vive doña Francisca? ¿No sabés si todavía vive doña Francisca?

—Sí. Bajese nomás.

El chico apartó los perros de una patada y ella lo siguió hasta unos corrales detrás de la casa donde un hombre estaba encerrando unas ovejas. Tenía barba y una mirada clara que le hizo acordar a su marido. El hombre la saludó y, cuando ella le preguntó por doña Francisca, le dijo que tenía que carnear y que en seguida después le mostraría el camino.

El chico arrinconó la majada y manoteó de la lana el cordero que le señaló su padre. Juntos lo arrastraron hasta el travesaño de un viejo cobertizo y lo colgaron de una pata cabeza abajo. Cuando ella vio que sin más preparativos el hombre sacaba el cuchillo para degollarlo, apartó la vista, pero después, pese al espanto que le causaba la tos líquida que emitía en su agonía el animal, volvió a mirar, parada firme junto a un palo del galpón con su tapado verde y una mano aferrada a la cartera colgada del hombro. Vio los perros bebiendo la sangre que se encharcaba sobre el pasto. El padre y el hijo, arremangados y con el cuchillo en la mano, esperaron en silencio que el cordero diera las últimas patadas y después arremetieron abriendo tajos precisos en el cuero de las patas. Con hábiles golpes de puño entre la carne y el cuero, fueron desnudando lo que parecía otro animal rosado y nuevo. Ya había poca luz y los colores se igualaban lentamente en la penumbra. La sangre parecía negra, los cuchillos tenían un resplandor opaco y frío. Una vez desprendido todo el cuero, lo colgaron de un travesaño del tinglado con la lana hacia abajo. Ella escuchó un apagado «buenas tardes» y vio paradas a su lado a una nenita y una mujer sosteniendo un balde, como esperando una orden. Cuando el hombre abrió el animal por la panza, la mujer puso el balde debajo y las entrañas infladas y blancas se derramaron dentro. Los perros se gruñeron disputándose el lugar más propicio para atajar cualquier presa que pudieran arrojarles. El cielo cargado tronó a lo lejos. Ella advirtió que ahora había más chicos mirándola y vio también un gato que siguió a la mujer que se alejaba con el balde. El hombre descolgó la res y se la entregó a los chicos que la llevaron colgando entre todos tomada de las patas; guardó el cuchillo, se lavó las manos en un bebedero y le dijo, sin mirarla, que él iría delante a caballo, que lo siguiera.

Ella esperó en el auto. Los chicos fueron acercándose curiosos, alineándose a lo largo del alambre. A pesar de la penumbra del atardecer, pudo contar las siluetas, eran alrededor de siete y parecían de distintas edades. El hombre apareció a caballo, delante, y empezó a galopar; ella encendió el auto y lo siguió. El animal y el jinete se iluminaban ante los faros. Empezaron a caer unas gotas. A unos pocos kilómetros, el hombre le abrió una tranquera y la acompañó hasta una casilla donde se apeó y entró sin golpear la puerta. Ella salió del auto. Desde afuera oyó una radio y unas voces. El hombre salió, le dijo «Pase, nomás» y se alejó. Ella empujó la puerta, percibió un olor rancio, pidió permiso y entró a una habitación donde solo brillaba la luz amarilla de una lámpara de kerosene. Había una estufa a leña, un catre con una manta hecha un bollo, una mesa enclenque, la radio sobre un cajón de fruta.

—¿Doña Francisca?

Desde la manta asomó una mano como una rama nudosa. Le sorprendió que bajo ese trapo pudiera haber alguien. De a poco se asomó una viejita diminuta y casi calva que se enderezó despacio. Se ató un pañuelo a la cabeza. Los ojos casi se habían perdido bajo las arrugas.

—Soy Valeria Pintos, vine manejando desde Buenos Aires para...

La vieja parecía no oír. Se levantó, arrastró los pies hasta una pila de leña y cargó la estufa. La radio transmitía la altura del agua de los ríos en todo el Litoral. Doña Francisca arrimó dos bancos a la estufa y, con una voz trabajosa, le dijo:

—¿Gusta sentarse?

Las dos se sentaron. La vieja dijo:

—Si anda buscando algún remedio, hace tiempo que no curo.

—Le puedo pagar bien.

—¿Y qué es lo que le pasa?

—No me quedo embarazada.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y siete, y desde los treinta me estoy haciendo estudios y tratamientos. La vine a ver porque la verdad es que usted es mi última esperanza. Dentro de unos años ya no voy a poder tener hijos y...

—A ver, muéstreme las tetas.

—¿Para qué?

—Ábrase la ropa y muéstreme las tetas. Por las tetas se sabe si una mujer puede dar cría.

Ella se desabotonó el tapado y la blusa, y le mostró sus pechos. La vieja los examinó. Le dijo:

—No va a tener problema.

—Pero dígame algo más, me vine desde la capital...

—¿Usted es de Buenos Aires?

—Sí —dijo ella abotonándose.

—¿Y cómo supo que yo curaba?

—Hace varios años, cuando estábamos de novios con mi marido, yo venía en los veranos a la estancia «Los Jazmines» que era de los Pintos. Y siempre hablaban de usted, de cómo curaba todo.

—¿Pintos?

—Sí.

—Lo que son las cosas... Pero hace mucho vendieron.

—Y, hace diecisiete años.

—El viejo Pintos era un gallito —dijo Francisca—, nos andaba arrinconando a cada rato a mi hermana y a mí entre los maizales. Unos maizales altos que sabía haber en el tiempo de antes. Se cosechaba con una bolsa que uno iba arrastrando entre las patas. Se iba deschalando el maíz con un fierrito y a la bolsa. Trabajaban las mujeres también... ¿Y por qué estábamos hablando de eso?

—Por los Pintos.

—Ah, el viejo Pintos, sí, era un gallito.

—Murió hace dos años —dijo ella.

—¿Y usted se casó con el hijo?

—Sí.

—¿Y no será él el que no funciona?

—Los médicos dicen que él está bien.

—¿Y usted quiere que yo la ayude para poder empreñarse?

—Sí.

—Mire que cobro caro.

—Yo le puedo pagar quinientos ahora y quinientos después si me embarazo.

—¿Quinientos de los viejos o de los nuevos?

—De los nuevos —contestó.

Sacó el dinero de su cartera y se lo entregó. La vieja se levantó, guardó los billetes y, como rejuveneciendo unos años, corrió la mesa, los tachos y las palanganas para despejar la habitación.

—Voy a buscar unos yuyos —dijo. Tomó un cuchillito, se envolvió en una bolsa negra de nylon y prendió una vela para no dejarla a oscuras, porque salió con la lámpara hacia la noche.

Ella se quedó sola. Oyó la lluvia golpear cada vez más fuerte el techo de zinc y la radio que se distorsionaba con la descarga de los relámpagos. La vieja volvió con un manajo de plantas y tras ella un caballo asomó la cabeza a través de la puerta.

—Es mi tobianá. La vamos a precisar.

Acomodó algunas cosas y le dijo:

—Acuéstese en el piso con los brazos abiertos.

Ella dejó la cartera y se acostó boca arriba en el piso de tierra. La vieja le subió un poco los brazos, le levantó la blusa y le puso sobre el ombligo una plomada atada al extremo de una cuerda. Estiró la cuerda hacia los pies y a la altura de los talones ató un palito con el que dibujó alrededor de ella un círculo que hacía centro en el ombligo, que tocaba la punta de los dedos de su mano derecha, pasaba por encima de su cabeza, tocaba la punta de los dedos de su otra mano y regresaba a los pies.

—Ahora quédese un rato así —dijo la vieja—. Se le está abriendo el ombligo.

Después la hizo levantar, entró a la yegua a la habitación y la paró en el medio del círculo, con cierta dificultad porque ella misma, según dijo, no debía pisar dentro de la línea.

—Está preñada la tobiana —dijo orgullosa—, ahí le está contagiando la preñez por el ombligo suyo.

La yegua, mansa, se quedó ahí parada, aburrída, con la cabeza gacha. Después la vieja la hizo girar dentro del círculo y la soltó hacia la noche.

—Ahora ciérrese usted misma el ombligo, con los pies descalzos, bórrelo, nomás.

Ella se sacó los zapatos y borró la línea dibujada en la tierra.

La vieja empezó a prepararle una infusión con las hierbas que había traído, y siguió hablando con esa voz antigua:

—La próxima vez que su marido la sirva, ata una yegua a la puerta de la casa.

—Pero vivo en departamento.

—No importa, la dibuja y pega el dibujo en la puerta. No vaya a llevar un padrillo, mire que el italiano Bolpini montaba un padrillo y lo dejó atado en la casa de la novia mientras la atendía y la pobre gurisa parió una cabeza de hombre, la cabeza sola nomás, después con los años se le fue criando el pecho y los brazos y las piernas, ahora es un muchacho que anda lo más bien y atiende el boliche del padre, pero qué susto se ha pegado esa familia.

Cuando estuvo lista la infusión, se la hizo beber. Ella primero la probó con asco, pero después, juntando coraje, la apuró hasta el fondo. Por último, la vieja le apoyó una mano en el vientre, le pidió que se inclinara y le dijo en cada oído unas palabras incomprensibles que parecían cargadas de injurias pero también de sensualidad.

—Bueno, ya está, m'hija. Ahora vaya para su casa y cuando cambie la luna se le ofrece a su marido, va a ver cómo le prende la criatura en la panza.

Se despidieron dándose la mano.

Había dejado de llover. Ella se subió al auto y empezó a salir hacia el camino. Las ruedas patinaban porque se había formado barro. Pasó la tranquera pero antes de recorrer un kilómetro el auto se deslizó hacia una zanja y se encajó. Intentó sacarlo marcha atrás pero empeoró las cosas. Se bajó, miró las ruedas empantanadas, miró a su alrededor la oscuridad, miró su reloj: eran las nueve y media de la noche. Se volvió a meter al auto y al apagar las luces, con miedo, cerró todos los seguros. Se sentó con los brazos cruzados, pensando. Finalmente marcó en su teléfono celular el número de su casa, pero no tenía señal, estaba demasiado lejos, fuera del área de cobertura.

Hasta el alba permaneció dentro del auto, tratando de dormir, sin conseguirlo. Al aclarar, caminó por el barro hasta lo de la curandera. La encontró tomando mate. La vieja no se sorprendió de que se hubiera empantanado.

—Anoche me pareció que le iba a costar salir. Ya calculaba yo. Acá con que llueva un chiquito se hacen unos barriales bárbaros. Le vamos a avisar a mi hijo que la ayude.

La vieja salió y empezó a izar una bolsa blanca hasta la punta de una alta caña de tacuara.

—Este es nuestro teléfono —le dijo riéndose—. Yo le hago señas y él viene en seguida.

Entraron y ella se sentó en el catre, con cautela al principio porque notaba los trapos sucios, pero después fue recostándose poco a poco. La vieja le preparó un té. Ella lo tomó extenuada y se quedó dormida.

Más tarde la despertó levemente el ruido de las pisadas de un caballo. Era el hijo de doña Francisca. Oyó que conversaban afuera.

—Me dijo que me iba a dar más plata si se empreñaba. Está casada con el Juan José, el hijo del viejo Pintos, ¿te acordás?, tan distinto a vos salió ese muchacho, flaco, chupado, casi no salía de las casas, por eso no ha de quedarse preñada. Chuciala vos un poco, uno o dos polvos nomás, pero no seas bruto, mirá que si no, después se va a dar cuenta. Ahora le di un yuyo y no se va a poder despertar por un rato. Si vuelve empreñada y me da la plata, yo te doy a vos cien pesos. Ahora después cuando seque el camino le traés el automóvil.

Ella quiso incorporarse pero no pudo. Vio que entraba el hijo, era el hombre que había carneado el cordero, el hombre de familia numerosa que le había mostrado el camino el día anterior. Aunque en realidad estaba embotada, simuló estar muy dormida y lo ayudó con ciertas posturas a que le quitara la ropa. Después resistió los empujones sin quejarse. Todo le llegaba como de lejos y a través del efecto de la tisana.

Despertó al mediodía. El hombre ya no estaba y la vieja calentaba agua en unos tachos.

—Se ve que estaba cansada, durmió toda la mañana. Ahí le trajo el auto mi hijo. Ya tiene que haber secado el camino.

Ella le agradeció. Juntó su cartera y su tapado, rechazó con impaciencia la invitación a comer un guiso y se despidió apurada, casi temerosa y con el pelo revuelto.

En la tranquera revisó su bolso, no parecía faltarle nada. Un poco más tranquila, manejó por el camino de tierra, después por el de ripio y entró en la ruta. Era un martes de sol.

Le llevó unas horas desandar la distancia que había recorrido. Ya cerca de Zárate, llamó a su casa.

—¿Teresa? Soy Valeria. ¿Descongeló algo? Bueno. Hágalo con papas al horno. Sí, yo voy a comer. ¿El señor llegó? Gracias.... Juanjo, ¿qué hacés?... Sí, no te pude llamar, me quedé sin batería y estuve todo el día dando vueltas por Pilar buscando muebles. No, no encontré nada. Gordo, ahora salgo para allá y en un rato estoy en casa. Acordate que hoy es mi día fértil, ¿bueno?, preparate. Si querés, después te hago masajes... ¿Yo? Bárbara, me siento re bien, vas a ver que esta vez hacemos un Pintitos. Bueno, mi divino, yo también, un beso.

La ruta estaba desierta. Iba a fumar un cigarrillo pero antes de encenderlo sonrió y tiró todo el paquete por la ventana. Se llevó una mano al vientre y al comenzar a cruzar el largo puente que la llevaba de vuelta a su casa sintió, por fin, que ya no estaba sola porque algo se alteraba y se dividía y era como una luz creciendo en sus entrañas.

Los caminos del amor

Ella estaba un poco aplastada pero lo dejaba empeñarse sin entusiasmo porque esperaba que él adoptara esa posición en la que se apoyaba con las manos sobre la cama y se arqueaba hacia atrás y la dejaba respirar un rato que siempre duraba poco porque decía que se le cansaban los antebrazos y volvía a cubrirla con su peso de mamífero adulto, su masa de cuarentón sobrealimentado ondulando sobre ella como una morsa torpe hacia la orilla. Y él notaba que ella simplemente lo estaba tolerando y tuvo uno de esos momentos en que todo le pareció ridículo, toda esa trabajosa operación como de bomba de petróleo infatigable, como buscando qué, cuál era el fin de esa insistencia pélvica, de ese obstinado roce, qué ordenanza infinita de la especie estaba obedeciendo, ahí, sumiso en la doméstica Siberia momentánea de trabajo forzoso y acaso voluntario porque había sido él el de la iniciativa en la siesta del sábado, y ahora debía terminar esa tarea que igual se volvía vana, porque todo quedaría en la seguridad del látex anudado, testado electrónicamente para evitar el quinto hijo que hubiese convertido en desbordante a la familia que ya era numerosa. En estos devaneos empezó a correr peligro la rigidez de su orgullo cardinal y entonces sin querer claudicar en la pujanza, sin desertar el ritmo, comenzó a buscar al fondo los ecos de esa luz de los primeros ardores, fue sondeando los días tempranos del asombro hasta sincronizarse con las palpitations recobradas en un lento pasillo que llevaba a unas risas de mujeres que estaban floreciendo, hacia una habitación donde una prima y una cálida amiga de su prima jugaban con la puerta mal cerrada a posar delante de un espejo que aún las reflejaba en esos camiones estivales hallados en placares misteriosos, desnudando los muslos lentamente o cruzando los brazos para juntar los pechos en ese narcisismo de blanda lozanía con miradas apenas laterales y los labios abriéndose justo antes de la risa que le llegaba ahora de tan cerca para ir restituyendo de nuevo el entusiasmo que ella pudo sentir. Ella lo vio mirándola a los ojos un instante, saliendo de repente de toda la rutina del amor conyugal con movimientos largos y distintos pero cerrando los ojos otra vez en el placer recobrado, y a ella le pareció que debía responder a esos primeros suspiros, esos casi bufidos, que sabía que rara vez en los hombres eran falsos, pero no quería fingir, de modo que también cerró los ojos y se esmeró buscando a través de la distancia de la memoria del tacto un torso que una vez en una quinta con esa piel bronceada, un chico que salía del agua y la miraba dándose vuelta para arreglarse el traje de baño por vergüenza y cómo chorreaba en hilos el agua por el músculo del hombro y por la espalda fibrosa y una medalla de natación que tenía al cuello cuando más tarde se habían ido todos a comprar algo para el té y ella entró al vestuario de la pileta para cambiarse la bikini y lo vio entrar furtivo, simulando un error, pidiendo disculpas pero a la vez casi mirándola, casi queriendo irse pero quedándose y lo dejó venir, entonces lo dejó venir, y ahora él en su emoción paulatina notaba que ella le respondía aunque un poco sofocada para que no oyeran los chicos pero curvándose hacia atrás buscando con las manos, queriendo recuperar algo en el tacto, apenas con las uñas sobre la espalda de él que la abrazaba constante en la cadencia y se iba metiendo de nuevo en el recuerdo del día del espejo de esa tarde después en la pileta cuando todos se fueron y él entró a buscar a la amiga de su prima que se estaba cambiando pero ella no gritó, no dijo nada hasta después, entre los besos y la torpeza fresca, esta mañana te vi cuando me espías, y miró la medalla mientras él

se caía de a poco sobre ella con el traje de baño mojado todavía y se iban descubriendo, mordiéndose de a ratos, buscándose en la verde penumbra del vestuario, en el fondo secreto de la siesta, con jadeos, apenas, temiendo que los chicos oyeran si hubieran vuelto otra vez a la pileta, pero después ya unidos, un poco más adentro en la memoria, más hondo en el abrazo y acercándose ahora de repente a través de los años, resurgiendo con un solo desmayo luminoso, una sola vehemencia, sorprendidos, mirándose a los ojos, fondeando en el abrazo del reencuentro.

Marcelino López

Pobre Chelino, lo tenían loco. Le cambiaban el nombre a cada rato. Cuando empezó a trabajar acá en la estancia ya le decían Chelino, pero se llamaba López, Marcelino López. Los muchachos por hacerlo rabiar le decían «Plomada», después «Don Voltio», después «El peludo», qué sé yo, tenía más nombres. En cada desgracia se ganaba uno, porque él se bautizaba solo, nomás. Cuando llegó la trifásica, él, calladito, se torció un alambre a los dedos, así, y lo metió en un enchufe: creía que era bueno para el corazón. Desde los corrales se sintió el grito. No se mató de casualidad y por un tiempo quedó acobardado. No hablaba. Ahí le pusieron «Don Voltio». Después «Plomada», pero eso después cuando casi se ahogó. Era el tiempo en que todavía no trabajaba de parquero y salía al campo con nosotros. Una vuelta había que vadear el río para buscar unos animales y se quedó atrás porque andaba descompuesto. Cuando llegó al arenal vio que nosotros ya estábamos del otro lado y se largó mal. Le gritamos porque le estaba errando por lejos al vado, *¡Chelino, por ahí no que va el canal!*, pero se ve que él no sentía nada porque la yegua ya venía haciendo bulla con el agua, iba derecho al pozo pero lo que estaba playo ni calculaba. Para peor en esa parte el río se pone traicionero. Venía tranquilo con el agua por las paletas de la yegua y de repente se hundió entero. Limpito se lo tragó el agua. Se veía el nuberío reflejado en la corriente, y nada. No salía. Después la yegua asomó el pico pero salió sola y se volvió para atrás. Nosotros quedamos mirando. Villar se largó con el caballo hasta que cayó en el pozo también. Iba así, prendido de las crines, manotenado con la otra mano adentro del agua para ver si lo sacaba. Por ahí se vio que agarró algo pero no se sabía bien qué era. Para peor se le zafó la mano de las crines y se le iba el caballo pero alcanzó justito a agarrarse de la cola, si no capaz que quedaba con Chelino haciéndole compañía a los pescados. Por ahí el caballo pisó firme y los sacó a los dos. Un alazán grandote. Vimos que salió adelante, después venía Villar prendido con una mano de la cola y después Chelino que Villar lo traía así con la otra mano prendido de las mechas, medio muerto. Pero no le pasó nada. Escupió un poco de agua y al rato ya estaba cruzando de nuevo. Venían por el vado con Villar, y Villar que se venía riendo, *¡le pesaron de más las bolas, digo, las botas. Se fue al fondo como plomada!*, gritaba y Chelino trataba de reírse arriba de su yegua. Una zaina que tenía que se llamaba La Tijereta. Así le pusieron los muchachos. Porque a los caballos de él también le ponían nombres. Esa era una yegua que la tenía tusada pero con la cola larga, por eso le decían La Tijereta, después él se enteró y le cortó la cola al maslo, y ahí le pusieron de nombre La Minifalda y ahí peor todavía, se enojó tanto que la vendió y compró un televisor. Pero parece que no lo pudo hacer funcionar, así que lo volvió a cambiar por un caballo colorado. A los dos días ya se lo habían bautizado: el TV le pusieron. Por ahí anda todavía el TV. Tuerto está, animalito de Dios. Y en ese tiempo estaba encerrado en el corral de acá, al lado de los galpones, con una petiza zaina, andaban pastando siempre juntos y lo más lindo es que el caballo de él se atravesaba así adelante de la yegua, la yegua así y el caballo así, entonces estábamos conversando y por ahí venía Chelino y Villar decía bajito, *esta petiza siempre mirando el mismo canal*. Lo repugnanteaban de más, como para no acabar así pobre hombre.

Era chiquito. Con cara de cuis. Parecía un gurí medio ancho, así, reforzado. Usaba un sombrero de alas caídas. Temprano venía del puesto, cortaba camino por el campo y por ahí

llegaba acá con alguna perdiz cascoteada. Porque tenía unas punterías bárbaras. La levantaba de las patitas, la mostraba y se reía con los bigotes ralos. ¡Manso loco! Villar decía que la mujer de él le pegaba. Andá saber. Aurelia se llamaba, una doña con osamenta de percherón que daban ganas de atarla al carro, che, bien corpulenta. Sabían caer a los bautismos y los bailes de la escuela con los tres hijos en un sulky ladeado así, del lado de ella. Qué hembra más asoleada. Le gustaba bailar. Gastaba las baldosas con los cayos. No aguantaba los zapatos. Ni bien largaban las acordeonas arremetía parejo con el primero que se le animara. Porque no era poca cosa, había que juntar coraje. Por ahí se entusiasmaba y te alzaba en el aire y gritaba *estos son hombres no porquerías*, y se reía para el lado del Chelino que se pasaba toda la tarde perdiendo al truco abajo de los paraísos.

Pero para mí lo enloqueció la pileta. Antes estaba el tanque que Chelino tenía que limpiarlo para los patrones, en verano. Pero después quisieron hacer pileta. Vino un ingeniero con un aparataje especial, tomaron las medidas, todo, marcaron así, para allá y para allá, con una sogá donde había que hacer el pozo. Ahí nos metimos todos: Montenegro, el hijo de Montenegro, Villar, estaba Pereyra en ese tiempo que tenía unos bigotes igual al viejo de los billetes de diez de los de antes, viste, igualito era. Estaba Chelino, estaba yo y un hijo mío también. Meta cavar. Qué trabajo fiero. Cuando te querés acordar ya no te enderezás más. Dejé de joder, y con el frío peor. No duramos ni una semana. Estaban los patrones de viaje y había tiempo de sobra. Mientras estuvo el ingeniero le metimos pata, pero después se fue y nos íbamos quedando cada vez menos porque había que levantar los alambres caídos, abrirle un piquete nuevo a los animales, qué sé yo, a los pocos días no quedaba nadie. Solo Chelino. Porque él era parquero y la pileta estaba en el parque. Nos miraba y seguía cavando con una risita sonsa. Se creía que nos estaba sobrando a todos, como que era el único fuerte que se aguantaba ese trabajo. Y se emperrió con eso, che. Todo el día se quedaba. Empezó a comer ahí mismo, se traía un churrasco y una galleta envuelta en un trapo. Pero cuando recién, no progresaba nada, el pozo no le llegaba ni a la cintura y ya se le estaban agarrotando las manos por el cabo de la pala. Tenía que escribir en el cuaderno los trabajos de cada día y no podía agarrar el lápiz, le tenía que escribir el hijo, anotaba *cava pozo, cava pozo*, porque antes decía, ponele... *junta rama, hace leña, corta pasto*, así ponía, o como una vuelta que le mató unos pavos a Sosa y Sosa lo alcanzó en la calle y lo cagó bien a palos y Chelino escribió *quema basura, levanta alambre, Sosa le cruza cuatro lazazo por el lomo*. Por ahí tiene que andar todavía el cuaderno. La Negra, la señora mía, lo guardó. En el tiempo de la pileta llenó como diez páginas todas iguales *cava pozo, cava pozo*, así nomás ponía, porque era lo único que hacía. Se quedaba hasta la caída del sol, después trabajaba con un farol y se volvía de noche. Ya en ese tiempo para mí le andaba fallando la cabeza. Y para peor los muchachos se paraban al borde del pozo para mirar y decían *pucha que es grande el finao. ¿No será que la Aurelia está por estirar la pata y este ya le está cavando la sepultura?*, pero Chelino no hacía caso, seguía cavando, nomás.

Y lo más lindo es que no venía nadie a controlar, ni el ingeniero ni nadie. Los patrones estaban queriendo vender y no vinieron más. Quedó todo parado acá. El único que trabajaba era Chelino. Le avisamos que no hacía falta seguir con el pozo y se hizo el sordo. Siguió cavando. Tiraba la tierra sobre una lona, y cuando la llenaba se la ataba a la cincha al TV y el caballo la sacaba a la rastra, pero se le hacía cada vez más hondo y al animal le costaba, no podía casi subir la barranca, porque se iba poniendo empinado, y entonces para que cinche lo empezó a castigar. Al final lo garroteó tanto que le reventó un ojo. Era hereje con los animales. No tenía perro porque no le duraban, se le iban o capaz que los mataba él nomás. Quién iba a decir, mirá.

Por ese tiempo le empezaron a llamar «El Peludo» porque escarbaba así para atrás bien ligero. Estaba todo el día adentro de la tierra. Una noche ya no volvió a la casa, empezó a dormir ahí mismo envuelto en unos cueros. Trabajaba de a ratos, a cualquier hora, hasta que se cansaba y se echaba a dormir. Estaba perdido, se ponía barro fresco en los hombros porque ya era octubre y quemaba el sol, y hablaba solo, medio se reía, qué sé yo. La Aurelia vino una tarde y se paró al borde del pozo y andá a saber qué le dijo. Para mí le tiene que haber preguntado por qué no iba para el puesto. Ella se volvió sola, él se quedó. Le llevaba comida el hijo mayor. Yo me asomé un par de veces y lo hallé dormido, había que adivinar dónde era que estaba porque tenía el color igual que el barro. El pozo olía fiero porque él cagaba y meaba ahí nomás. Varios meses estuvo así. Y después ya progresaba lindo. Si lo mirabas de lejos le asomaba la cabeza nomás, se iba hundiendo para abajo, a lo último se le veía el sombrero y después ya no se veía. Cavó tanto que se bandeó, porque el otro año, cuando compraron los patrones nuevos, nos hicieron agregar tierra para hacer la parte playa. Chelino creía que tenía que ser un pozo tipo cajón, lo hizo profundo de más. Al final tenía una escalera que los muchachos se la robaban y él ni cuenta que se daba porque no salía, y por ahí le tiraban adentro algún bicho, una comadreja, un gato rabioso y él les cortaba la cabeza. Les tiraba con la pala. Así. ¿Sabés la puntería que tenía? Después echaba el bicho muerto afuera y seguía con el pozo.

El gurí más chico mío lo encontró. Volvía de la escuela al mediodía y le pasó al ladito con la bicicleta. Hasta lo saludó porque parecía que estaba recostado contra el árbol, al lado del guardaguardado de la calle. Era viernes. Hacía una calor tremenda. Yo andaba por acá con la silla buscando el fresco cuando lo oigo que venía gritando desde el lado de los galpones, *se colgó Chelino, se colgó Chelino*, pobrecito, después para ir a la escuela no quería pasar solito por ahí, había que acompañarlo hasta la entrada. Yo largué todo y fuimos con la Negra. Parecía apoyado, nomás, porque el lazo se había ido refalando por la rama y los pies le tocaban el suelo. Se ve que ya lo tenía estudiado porque terminó todo el trabajo esa mañana y se colgó. El pozo quedó parejito como una tumba grandota. Quién iba a decir. Yo lo alcé y la Negra cortó el lazo. Le podíamos desatar el nudo pero lo cortamos: el lazo de ahorcado no hay que usarlo más, ni para manea, porque trae desgracias. La Negra arrimó la carretilla y lo llevamos hasta las casas. Lo acostamos en la mesa de la cocina. Estaba morado y tieso. Después de la siesta vino la policía, preguntaron un poco y lo llevaron en el camión. Se acabó el Chelino. A la noche, cuando estábamos comiendo, a mí me parecía que lo veía todavía ahí acostado entre los platos de sopa.

El sábado a la mañana lo enterraron. En el cementerio del pueblo. Fuimos todos casi. Estaba la Aurelia, con los hijos. El más grande parecía asustado, con la misma cara de Chelino después de alguno de sus percances. Se ve que fue él el que anotó en el cuaderno, en el último día de trabajo puso *acaba pozo, se orca*, así puso *se orca*. Y el cajón era de esos de madera aglomerada, y descalzo estaba. Yo lo vi cuando pusieron la tapa. Un cajón chiquito, parecía que estaban enterrando a uno de los gurises. Y vos sabés que cuando lo bajaron, la Aurelia le sacó la pala a un sepulturero y empezó a echar tierra con fuerza, como para tapanlo más antes. Parecía un hombre. Estábamos todos callados y ella meta echar paladas de tierra. Ahora anda juntada con otro, por las chacras. Tiene una casilla. Pobre Chelino, se le acabaron las desgracias. Acá por la estancia sigue todo igual, los muchachos andan aburridos. En invierno, cuando la pileta está vacía, dicen que se oye un ruido adentro como de una pala, pero son macanas, son las hojas secas que hacen bulla porque las mueve el viento, nomás.

El viaje de la profesora Bellini

La profesora María Teresa Bellini abrió la puerta del ascensor en el quinto piso con la amarga sensación de que no iba a ser capaz de contar fielmente su viaje a los concurrentes de la peña. La Dra. Loreto le había reservado ese miércoles para que contara «sus impresiones de viaje por Grecia» y ella se sentía particularmente obligada a hacerlo bien. Meses atrás, en un descuido provocado por la copita de vino blanco que acompañaba a la empanada de rigor, la profesora Bellini había mencionado su intención de realizar el viaje, había contado que venía ahorrando hacía tres años y ya estaba cerca de alcanzar la suma necesaria. El miércoles siguiente, la Dra. Loreto, que no solía invitarla dos veces seguidas sino esporádicamente, volvió a invitarla y le pidió que se quedara un momento tras la partida de los demás concurrentes. Cuando estuvieron solas, la Dra. Loreto le puso en la mano un sobre y le dijo: «Tome. Juntamos este dinerito entre todos los de la peña para ayudarla con su viaje». Ella primero se negó a aceptarlo y después agradeció conmovida. Sentada en el colectivo de vuelta, espió dentro del sobre para ver cuánto dinero era, y lloró, mirando pasar las vidrieras del Once, porque era suficiente para completar los gastos de ese viaje que había querido hacer desde sus años de estudiante y no había podido pagarse hasta ahora, a los cincuenta y siete años, cuando la decisión de su hija de irse a vivir sola le permitía ahorrar cada mes algunos pesos del sueldo que ganaba enseñando Lengua y Literatura en un colegio secundario. Hacía tres años que juntaba la plata —a veces cien pesos por mes, a veces menos— y miraba por la ventana de su cuarto el pozo de aire y luz, los cables, las paredes chorreadas, pensando que algún día estaría en Grecia.

No sabía cuánto dinero había puesto cada uno de los integrantes de la peña, y tampoco tenía manera de adivinarlo: salvo la Dra. Loreto, no conocía a ninguno fuera de ese ámbito y todos ellos vestían y se expresaban en forma similar, sin indicios que evidenciaran su posición económica. Pero imaginaba que la mayor parte la había puesto la Dra. Loreto; sin duda, había sido de ella la idea de juntarlo. Sospechaba que la Dra. Loreto había heredado dinero porque conservaba hacía muchos años ese departamento luminoso sobre la calle Paraná, podía recibir cómodamente a una docena de personas una vez a la semana, e incluso, a pesar de ser soltera, había donado su sueldo a la facultad de Letras, al menos durante los años en que la profesora Bellini había sido ayudante de cátedra de la doctora, antes de quedarse embarazada y de separarse de su marido. De todos modos, la obligación de demostrar que había aprovechado y se había cultivado con el viaje la sentía con todos, no solo con la Dra. Loreto. Ahora, desde su silla, inmóvil durante la hora que duraría el almuerzo, con las palabras de su boca mínima, debía contar todo ese movimiento de aviones, ómnibus y barcos, esa multitud de paisajes, museos, ciudades, ruinas, hoteles y puertos. Y le parecía que el racconto de su viaje quedaría como uno de esos ridículos souvenirs de caracoles que pretenden encarnar la memoria de un verano. Tendría que demostrar en qué medida era importante para una profesora de Letras conocer la antigüedad clásica de primera fuente. Había pensado, en un momento, empezar por los períodos históricos y contar lo que había visto de cada una de las civilizaciones, pero después, intimidada por la segura presencia del arquitecto Ferrari, gran conocedor del período helénico, prefirió atenerse al orden de su propio viaje para evitar tropiezos culturales.

Estaba por tocar el timbre cuando le abrió la Dra. Loreto y dijo: «¡Pero, llegó la viajera!». Se saludaron con una combinación de blando apretón de manos y beso en la mejilla. Las dos eran bajitas. La Dra. Loreto ya se acercaba a los ochenta y caminaba con pasitos cortos. La profesora Bellini se movía con la agilidad de los tímidos. Dejó su tapado sobre la pila de los demás abrigos y pasó al living donde saludó a la gente que ya había llegado, dándoles la mano. Estaban la Sra. Valencio que había sido traductora y catequista, el Sr. Croce que tenía el orgullo de haber trabajado toda su vida en un mismo diario, y una señora de la que no conocía el apellido porque la llamaban Margarita y parecía ser una vieja amiga de la dueña de casa. La profesora Bellini se sentó rápido porque notó que había interrumpido una conversación. El Sr. Croce le dijo:

—Así que estuvo de viaje.

—Sí, ya les voy a contar, ya les voy a contar —contestó ella, y esa reserva la hizo sentir como si guardara dentro la luz de otro lugar, porque, como una secreta inercia, sentía que el viaje todavía no había terminado y, a diez días de su regreso, esa luz azul del mar Egeo la seguía acompañando en el invierno de Buenos Aires.

El Sr. Croce reanudó la conversación que ella había interrumpido. Se habló de diarios desaparecidos, del diario *El Mundo*, del diario *Crítica*, de viejas tiras cómicas como Ramona y Trifón.

La Dra. Loreto estuvo ocupada atendiendo el portero eléctrico, el timbre de arriba, y así fueron llegando el musicólogo —o melómano— Edgardo Estefani, que hablaba de óperas y compositores italianos, el general retirado Farde, que hablaba de grandes batallas, y el matrimonio Gutiérrez Padilla, que no hablaba de nada pero asistía rigurosamente y con curiosidad simultánea. Todos la saludaron con alegría, aunque algunos no parecían acordarse de que ella había estado de viaje.

Se siguió hablando de la vulgaridad de los diarios actuales, del mal gusto de los grandes titulares deportivos con fotos de jugadores saltando despatarrados en la primera plana. Después la Dra. Loreto los invitó a pasar a la mesa «así María Teresa nos cuenta las maravillas que habrá visto».

En el comedor, había un jarrón chino, adornado con plantas secas sobre una columna, unos platos de mayólica colgados en la pared, una vitrina con porcelanas y figuras de piedra traslúcida y una araña de cristales amarillentos que colgaba del techo. En la mesa, cada lugar tenía un cartelito celeste con el nombre del concurrente escrito en birome. Ella buscó el suyo; le tocaba en la cabecera, de espalda a la ventana, en el lugar que siempre le correspondía al disertante. Dos veces ella había hablado ahí: una vez de Góngora, otra vez, con mayor éxito, de Quevedo.

Cuando estuvieron todos sentados, la Dra. Loreto vino desde la cocina con una cafetera y dijo:

—Bueno, cuéntenos entonces, María Teresa, por qué quería conocer Grecia.

La pregunta la desconcertó y estuvo balbuceando un poco sin que la escucharan porque la Dra. Loreto empezó a servir café hirviendo con muy mal pulso y la atención general, por un rato, estuvo dirigida al peligroso temblequeo de las tacitas con reproducciones de Watteau. La Dra. Loreto servía café para el almuerzo, con sándwiches de miga y masas, y después una empanada con una copita de vino blanco.

Con la voz más decidida, la profesora Bellini explicó que, como profesora de una carrera humanística, siempre había querido conocer la cuna de la cultura occidental, pero no dijo que además había tenido ganas de alejarse de Buenos Aires, alejarse del frío en la parada del colectivo 124 todas las mañanas y las tardes, alejarse del colegio, de las caras incesantes de los chicos en el aula, del baño de la sala de profesores donde se lavaba la tiza de las manos con un

jabón líquido de color rosado. No habló del extraño deseo que había tenido de ir a un lugar del mundo donde no estuviera ella misma, donde no estuvieran su pasado y su presente diseminados por las calles contaminando todo.

—Bueno —dijo, dispuesta a empezar—. El viaje dura unas veinte horas...

—¿No le dio miedo el avión? —preguntó la Sra. de Gutiérrez Padilla.

—No, al contrario. Se viaja bien —contestó, pero no quiso hablar de la impresión que le causó el despegue, cuando ella estaba rezando un avemaría tras otro y notó la velocidad, la fuerza perfecta con la que el avión transformó esa ciudad inmensa que la aplastaba y la envejecía, en un mapa insignificante y ajeno que se fue borrando en una neblina hasta desaparecer, porque el avión siguió subiendo hasta pasar la capa de nubes y quedar suspendido en la altura con el sol brillando sobre una extensión algodonosa.

—La primera mañana en Atenas fui a conocer la Acrópolis. Como ustedes sabrán, en griego «acro-polis» significa «la ciudad más alta» —dijo con tono académico.

—Me imagino la emoción del primer impacto al ver el Partenón —dijo la Sra. Valencio.

La profesora Bellini dijo que sí, que desde luego la emoción había sido muy grande, pero no era cierto, y la avergonzaba lo que sucedió en realidad. Su guía impresa aconsejaba llevar una botella de agua mineral para no deshidratarse y ella obedeció y la fue bebiendo durante la subida, lo que le provocó que ante la magnificencia del Partenón no pudiera pensar en otra cosa que encontrar un baño. Y nunca había imaginado que, en la Acrópolis, a pocos metros del templo dedicado a la diosa Atenea, construido bajo la dirección de Fidias en tiempos de Pericles, hubiera un baño con inodoros, espejo y secador automático de manos.

Circuló una bandejita con sándwiches de miga y los concurrentes empezaron a comer. La profesora Bellini dio alguna información histórica, repasada la noche anterior, sobre el modo en que las distintas invasiones y ocupaciones de Atenas habían ido modificando la Acrópolis. El general Farde pidió disculpas por interrumpir con una acotación sobre la importancia estratégica de la Acrópolis como lugar de defensa natural en la cima de una colina. La profesora Bellini habló después de la Argólida, e intentó explicar cómo estaba construido el teatro de Epidauro para lograr una acústica perfecta.

—¿No trajo fotos? —preguntó la Sra. de Gutiérrez Padilla.

—No. Soy mala fotógrafa. Saqué algunas, pero no salieron bien.

La noche anterior había pensado llevar las fotos pero las repasó y prefirió dejarlas. En la primera se la veía a ella, diminuta, delante de unas enormes columnas blancas, levemente ridícula por el atuendo recién puesto de bermudas y sombrero marinero. Le había pedido a una chica rubia que le sacara la foto. «Que se noten las columnas», le había dicho en castellano al entregarle la máquina, porque los primeros días tenía el impulso de hablarle en castellano a todos, sin acordarse de que no la entendían. «Yah, yah», dijo la chica. Ella se acomodó y agregó a último momento «... y que se note lo contenta que estoy», pero la chica disparó la foto y así quedó congelada la profesora Bellini, pronunciando el final de esas palabras que eran verdad, estaba contenta y había empezado a sentirse más liviana en el calor del verano griego.

Otra foto mostraba un torso de mármol. Era el inmenso torso de Poseidón, que había estado arriba en el pedimento del templo y ahora estaba en el museo de la Acrópolis. La profesora Bellini se había quedado un rato mirándolo impresionada. La figura llegaba casi hasta el techo, se habían perdido las piernas, el sexo, los brazos, la cabeza, pero había quedado el torso que mostraba la respiración de un dios. El mármol parecía vivo, tumbado en el reposo de un nadador gigante. Ella había sacado la foto tímidamente, arrepentida de inmediato por rebajar así las

fuerzas del dios del mar a las proporciones mínimas de su cámara pocket. Porque le parecía que las cámaras pocket tenían algo mezquino, que le hacían un pellizquito a la realidad y lo metían en el bolsillo, como un robo minúsculo, algo indigno. Y después esas fotos se revelaban al volver, en una hora, en el local de un shopping cercano y los familiares las pasaban rápido, sin interés, hasta que iban a parar al fondo del placar con el resto de las cosas que acumula el tiempo, y mejor no pensar lo que hacían los deudos con esas fotos.

Una vez ella había visto en una esquina, a pocas cuerdas de la plaza Irlanda, una de esas grandes bolsas negras de basura con un tajo del que habían caído unas fotos viejas. Se las acordaba bien: tenían un borde blanco troquelado, mostraban a un hombre y una mujer en un lago del sur, y había otras de un asado en un lugar parecido al Tigre, bajo unos eucaliptos, hacía muchos años.

En la foto de la profesora Bellini, el torso de Poseidón parecía un pedazo de una escultura chiquita, mal iluminada. Y las otras fotos tampoco le gustaban. Siempre había, en el fondo, turistas de colores fluorescentes. Seguramente ella también estaría al fondo de las fotos de otros, en el álbum de alguno de todos esos japoneses, norteamericanos, alemanes o franceses que había visto durante el viaje; ella estaría en sus fotos, en segundo plano, desprevenida, caminando sola entre las ruinas, vista de distintos ángulos, mínima. Porque era imposible sacar fotos sin turistas estorbando; estaban por todos lados, formaban una nueva raza de bárbaros globales a la cual a la profesora Bellini le había avergonzado pertenecer. Lo invadían todo y eran torpes y ruidosos, con gorras de béisbol y mochilas y anteojos de sol y gritos en todos los idiomas. Llegaban para desacralizar, con el mismo impulso de llevarse algo a casa que tenían los antiguos saqueadores pero atemperado ahora por las filmadoras y las réplicas del bazar de los museos. Todos esos vikingos esponsorados por Adidas, invadiendo los restos de la antigüedad clásica, dejando su basura, sus latas, su ridículo. La profesora Bellini había visto a una mujer parada detrás de una escultura completando los brazos y la cabeza que le faltaban a la figura de mármol para que el marido le sacara una foto.

Pero la profesora Bellini no mencionó ninguna de esas cosas y empezó a virar su relato con tono instructivo hacia la zona de las islas Cíclades.

—Después fui a Mikonos, porque desde ahí salen los barcos a Delos, que era la isla sagrada donde estaba el santuario de Apolo.

La profesora Bellini les leyó a los concurrentes un fragmento del himno en el que Homero habla de los habitantes de la isla de Delos, y describe a los hombres con sus mujeres y sus hijos, todos con largos atavíos, marchando en procesión, celebrando al dios con luchas, danzas y canciones. Intentó contarles a los concurrentes qué se conservaba de todo eso, habló de unos mosaicos y unas esculturas, pero no dijo —no quiso decir— que era muy poco, que en realidad no quedaba piedra sobre piedra, porque los terremotos, los saqueos y la intemperie de los siglos habían destruido la ciudad sagrada como si la hubiera arrasado una explosión atómica. En eso había pensado al ver a unas mujeres japonesas caminando entre las piedras dispersas con unos paraguas usados como sombrillas: se había preguntado si realmente les gustaría lo que veían, si no asociarían, al menos por un instante, la destrucción de ese lugar con la destrucción de Hiroshima. Tal vez el hecho de que la isla estuviera deshabitada acentuó la desilusión que sintió al llegar, al ver las ruinas blancas barridas por el viento constante de la erosión. La guía indicaba un recorrido a través de los restos arqueológicos, con frases como «hacia el sur se distinguen los emplazamientos de tres templos de Apolo», pero no se distinguía ninguna construcción, eran solo piedras tiradas entre los pastos amarillos. Había que hacer un esfuerzo de imaginación demasiado

grande para reconstruir los edificios como podrían haber sido hacía miles de años. En cambio, en el himno de Homero, la ciudad seguía intacta, la gente parecía estar viva, con sus ropajes nuevos, avanzando en la procesión sagrada, igual al día en el 800 antes de Cristo en el que el autor había ordenado esas palabras. Y había sido al pensar esas cosas que la profesora Bellini recordó, de modo difuso, el soneto de Shakespeare que comenzaba diciendo «Ni el mármol ni los áureos monumentos / durarán con la fuerza de esta rima». Esto sí había pensado decirlo en la peña, pero no lo dijo porque estaba dirigido especialmente al arquitecto Ferrari que hoy no había venido. Con humor ácido el arquitecto siempre hacía enojar a la gente de Letras diciendo que la literatura no existía realmente, que era puro aire, que los literatos construían y alimentaban esa gran mentira para no trabajar y pasarse el día contándose historias los unos a los otros. En cambio, en la arquitectura, decía, se puede saber fehacientemente quién trabaja y quién no. La profesora Bellini había planeado decirle que los siglos habían logrado derribar las columnas de la arquitectura clásica pero no habían podido siquiera tocar los poemas homéricos. Pero no lo dijo porque el arquitecto no estaba.

Tampoco dijo que esa noche, después de la excursión a Delos, se había sentido mal en el hotel ruidoso de Mikonos. No habló del sueño que tuvo en el que caminaba por un museo dentro de un tour guiado. El guía los hacía detenerse alrededor de un arenero en medio de la sala, levantaba un puñado de arena, lo derramaba lentamente y decía: «Esto es el templo de Apolo en la isla de Delos». Con emoción, todos apuntaban simultáneamente sus cámaras al chorro de arena que caía y el guía decía: «*No flashes, please*». Después un turista apuntaba una poderosa cámara hacia la estatua que presentaba de pie al joven Antínoo, lánguido y desnudo. El hombre tomaba una postura acechante, casi agresiva, se crispaba buscando el ángulo adecuado, giraba con precisión la lente y cuando conseguía el foco exacto disparaba, y el disparo de la cámara le volaba a la escultura un brazo. El hombre volvía a acomodarse desde otra posición y apuntaba. Ella se tapaba los oídos pero igual escuchaba el estruendo y veía que le volaba un pedazo de nariz al perfil de Antínoo. Finalmente, se había despertado sobresaltada por el ruido y había visto por la ventana a unos mochileros borrachos tirando botellas contra un cartel de lata.

Ahora circulaban unas masas de hojaldre con jamón y queso y unas empanaditas de cebolla. La profesora Bellini habló de lo pintorescos que eran los pueblos de las islas y la Dra. Loreto hizo una acotación sobre la influencia veneciana en algunas ciudades provocada por la cuarta cruzada en el siglo XIII. Como no podía agregar nada al respecto, la profesora Bellini habló de la geografía volcánica de Santorini y mencionó tímidamente la belleza del mar Egeo. Pero no se animó a explicar que la única que le gustaba de sus fotos era la que no había querido sacar, esa vez cuando se le disparó la cámara desde la baranda del ferry y en la foto salió un pedazo de mar transparente y azul, casi turquesa, y no contó que había visto desde el ómnibus del tour a hombres y mujeres desnudos en una playa de Mikonos, ni contó sobre esa otra noche en que la despertaron unos gritos que le helaron la sangre hasta que comprendió que era una mujer teniendo un orgasmo en alemán. No habló de ese chico joven, bronceado y rubio, al que miró dormir al sol delante de ella en un banco de la cubierta del ferry, ni cuando lo vio más tarde, reclinado en la baranda de hierro con otro hombre joven que le acariciaba la espalda.

La profesora Bellini habló con tono automático sobre la teoría de la existencia real de la Atlántida en la antigua Thira y fue mirando las caras de los concurrentes: algunos masticaban y la miraban, otros solo la miraban. La Dra. Loreto repasaba el pliegue de su servilleta. La Sra. Valencio tenía una pildorita celeste preparada junto al vaso para tomarla al final de la comida. El general Farde cruzaba los brazos sobre la modorra de la digestión. Parecían cansados.

—Ah, me olvidaba, general —dijo la profesora Bellini buscando en su cartera—: Le traje una moneda de cien dracmas con el perfil de Alejandro Magno, me acordé por aquella vez que usted nos habló de sus batallas.

El general Farde agradeció, preguntó si no era mucho dinero y ella dijo que no, que eran apenas unos centavos. Después la moneda circuló por la mesa, lo que despabiló un poco a los concurrentes. Incluso, para el Sr. Gutiérrez Padilla, la moneda pareció ser una prueba de que el viaje había existido realmente porque dijo:

—¡Qué valiente irse sola en semejante travesía!

La profesora Bellini sonrió halagada, porque era cierto, por momentos se había tenido que aguantar sola el miedo, la angustia de llegar de noche a ciudades desconocidas, arrastrando la valijita con ruedas que le había prestado una amiga. Los pocos momentos en los que se había sentido sola habían sido de noche cuando salía a comer y paseaba por las calles con mesas en la vereda, entre la gente que se divertía y tomaba algo. Pero no duraban mucho esos momentos porque le gustaba perderse por la intimidad de las calles angostas, explorando despacio los recovecos del laberinto de cada pueblo, las escaleras, las terrazas, los pasajes que parecían privados pero eran públicos, caminando en el calor de esa arquitectura despreocupada, sin límites precisos entre el adentro y el afuera.

Siguió hablando de Santorini, de cómo a la tarde la penumbra iba borrando los acantilados negros hasta que se perdían en la oscuridad y la ciudad iluminada quedaba flotando alta sobre la noche del mar. Pero no dijo que una parte de la isla, detrás de la fachada turística, con los declives de serranías pedregosas, las calles de árboles caleados, con perros y gatos sueltos, las construcciones bajas de cemento, le habían recordado al interior de Córdoba donde su padre la había llevado de vacaciones hacía más de cuarenta años.

El musicólogo Estefani le preguntó si no había ido al museo arqueológico de la isla. La profesora Bellini dijo que no había tenido tiempo pero no contó que los museos habían terminado por cansarla un poco, porque siempre se llegaba al original después de haber visto infinitas réplicas de todos los tamaños y calidades en las tienditas para turistas. Incluso frente al fresco de los delfines en el palacio de Cnosos había estado al borde de las lágrimas, en pleno momento epifánico, sintiendo una profunda temporalidad, una comunicación con el antiguo artista minoico que había logrado esa intensidad de los colores, cuando el guía les informó que esa era una reproducción y que el original estaba en el museo de Heraclión. Las cosas sucedían de esa manera. Había que pasar por encima de todo el merchandising helénico: las postales, las ruinas en miniatura, los ídolos cicládicos hechos en serie, los ceniceros-anfiteatro, los apoyavasos mitológicos. Tampoco se animaba a decir que la última semana, a veces, en los museos, le llamaba más la atención la gente que miraba y rodeaba una escultura que la escultura misma, que no podía evitar sentirlos más vivos y más presentes que las civilizaciones del pasado. Ahí estaban los turistas estridentes entre las piedras calladas, era imposible no verlos. Tal vez porque los colores, las formas, la sensualidad de los cuerpos del arte antiguo la habían hecho mirar a su alrededor de una manera nueva, observándose con íntimo asombro a sí misma y a los demás paseándose en el resplandor de la luz de esos lugares. Pero la profesora Bellini no habló de esas cosas y quiso empezar a contar sobre Creta cuando la Dra. Loreto le preguntó:

—Y dígame, María Teresa, ¿no estuvo en Corinto?

Ella contestó que sí y dijo lo poco que se acordaba de lo leído, pero la verdad era que la excursión había pasado por Corinto casi sin detenerse. La foto del lugar donde predicaba san Pablo estaba tomada desde adentro del ómnibus; el flash automático había rebotado contra el

vidrio y se veía la figura de ella reflejada con una transparencia fantasmal y atrás un alambrado con una publicidad de ovillos Ariadna y atrás del alambrado, apenas visibles, unas piedras del ágora donde se decía que se habría parado el apóstol para predicar. La Dra. Loreto intervino para hablar de las epístolas de Pablo a los corintios. Habló durante un rato. A la profesora Bellini no le molestaban las interrupciones y acotaciones, pero esta sí le molestó un poco, del mismo modo que habían empezado a molestarle durante el viaje, a pesar de que ella se consideraba una buena creyente, los rastros de la intrusión del cristianismo en el mundo helénico. Ya eran casi las tres de la tarde.

Cuando la Dra. Loreto hizo un silencio que la profesora Bellini no supo aprovechar para retomar su itinerario, el matrimonio Gutiérrez Padilla se disculpó porque se tenían que ir. El Sr. Croce también pidió disculpas. Algunos se pusieron de pie. El silencio de la Dra. Loreto había abierto una grieta por la que ahora empezaba a colarse la reunión. La Dra. Loreto se puso de pie, arrimó su silla a la cabecera de la mesa y dijo:

—Antes de que se vayan tengo que dar una triste noticia.

Se hizo silencio. La doctora dejó ambas manos apoyadas en el respaldo.

—No quise darla antes para no aguar la tertulia y el relato de María Teresa: falleció el arquitecto Ferrari.

La sorpresa fue general. La profesora Bellini sintió violentamente que su viaje había terminado. En ese momento se detuvo la inercia, como si se cerrara una ventana que da al mar o se callara de golpe la sirena de un barco. Surgió un murmullo, un ruido de preguntas confusas, exclamaciones como «qué desgracia», «pero cómo puede ser si la última reunión estuvo acá sentado y se lo veía tan bien».

—Me enteré esta mañana y ya no había tiempo de avisarles —dijo la Dra. Loreto—. Aparentemente murió el lunes, no tenía familiares y en la facultad se enteraron ayer martes cuando ya había sido el sepelio. Recién hoy temprano me lo han podido comunicar.

—¿Pero cómo fue? —preguntó la Sra. Valencio.

—Murió durmiendo, en la cama, tranquilamente. Así que por lo menos no sufrió, ¿no es cierto? Quién pudiera irse así, tranquila y en paz.

Algunos asintieron. La profesora Bellini no dijo nada. La consternación demoró a los más apurados. Permanecieron de pie durante un rato, haciendo preguntas o comentarios como «un hombre tan bueno, siempre tenía pronta la sonrisa». Después fueron bajando de a cuatro en el ascensor. La profesora Bellini hubiera querido terminar su relato agradeciendo a todos por la ayuda que le habían dado para realizar el viaje, pero ya no era momento de volver con el tema y prefirió no decir nada. Pensó en quedarse última para agradecerle a la Dra. Loreto, pero necesitaba salir pronto y tomar aire. Buscó su abrigo, se despidió dándole las gracias a la doctora y bajó con los demás. En la puerta de calle se despidió del Sr. Croce y de la Sra. Valencio, y caminó con frío bajo los árboles negros de la plaza. Pensó que, tal vez, había sido mejor no tener que contar los últimos días del viaje, no tener que mentir o inventar algo, porque los dos últimos días se había quedado en las islas, se había comprado un traje de baño verde y había nadado en el mar.

La vuelta

—¿Y si *estoy*, Indio? —dijo Belén con la cabeza apoyada entre los brazos de él, con la mirada perdida en los pinos y los médanos que iban quedando atrás.

—¿Cuánto días se te atrasó?

—Hoy ya van diez.

—Y, bueno, si *estás*, lo tenemos.

Ella sonrió y se dieron un beso largo, jugando con las lenguas, mordiéndose apenas los labios. Estaban en la última fila de asientos del ómnibus que volvía de la costa hasta la capital.

Se habían conocido en la playa los primeros días de enero. El Indio pasaba el mes con su amigo César en un departamento sin luz eléctrica y sin gas, que les había prestado la madre de César que no conseguía alquilarlo y no pagaba hacía tiempo los servicios. El Indio había ido con la idea de pintar con tiza reproducciones de cuadros en las veredas del centro comercial para juntar plata. Pero no pasó del primer intento, porque los dueños de los locales no quisieron que ensuciara las baldosas. Entonces se le ocurrió la idea de pintar a las chicas en la playa. Se gastó los últimos ahorros en pinturas especiales para la piel, puso, en un balneario concurrido, un cartelito de cartón que decía «Body Painting. \$100» y le empezó a pintar el cuerpo a César. Fue un éxito. Al rato ya había una fila de chicas que esperaban para que las pintaran.

Una tarde llegaron al balneario donde estaba Belén con sus amigas, y ella se hizo pintar un sol en la panza. El Indio le hizo una espiral de fuego que empezó en el ombligo y se fue expandiendo hasta los bordes de la bikini. Como ella se dejaba pintar con placer y curiosidad, el Indio le dibujó, además, unas serpientes enroscadas en los antebrazos y unas ajorcas de azul cobalto en los tobillos. Cuando terminó, el Indio no le quiso cobrar. Le preguntó si se animaba a trabajar con él. Sería una mejor promoción empezar en cada balneario pintando a una chica que a su amigo. Ella aceptó. Tenía veinte años y nunca había trabajado en su vida.

Desde entonces, el Indio, César y Belén se instalaban cada tarde en un balneario. El Indio empezaba a pintar a Belén y grupos enteros de chicas mordían el anzuelo: César les cobraba, les daba el vuelto, y ellas se dejaban garabatear el cuerpo por el chico alto y morocho, de pelo largo, con los dedos embadurnados con pintura. Al atardecer, en algún punto de la caminata de vuelta, Belén y el Indio se metían al mar para despintarse. En uno de esos chapuzones, entre los forcejeos, los juegos y las olas, el Indio le dio un beso a Belén mientras ella se iba destiñendo y dejaba en el agua nubarrones celestes, anaranjados, violetas.

Poco después, Belén dejó de ir a dormir a la casa que alquilaba con sus cinco amigas y empezó a quedarse en lo de César y el Indio, donde cocinaban arroz con un calentador a gas en medio del cuarto. Tenían un colchón en el suelo y unas velas desperdigadas que se derretían sobre el piso de cerámica.

César salía a la mañana y el Indio y Belén se quedaban solos, cogían hasta quedar exhaustos, dormían, o el Indio sacaba su bloc y la dibujaba en carbonilla: Belén desnuda, recostada, Belén leyendo una revista, Belén haciendo pis. A las tres se encontraban con César en la playa y caminaban buscando nuevos balnearios.

Uno de esos días, Belén se peleó con sus amigas cuando fue a la casa a buscar el resto de su

ropa. Le decían que estaban preocupadas, que se pasaba todo el día con esos tipos.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó ella.

—Que son unos negros, Belén. Ni los conocés. Te pueden meter en cualquier cosa.

—Ustedes quedensé en su jardincito de infantes y no se metan en mi vida —les contestó, y se llevó su ropa para dormir en lo del Indio el resto del mes.

Ahora ya no había médanos. El ómnibus avanzaba por un campo amarillento, sin árboles, con vacas resguardadas del sol a la sombra de los grandes carteles publicitarios.

—¿Por qué me pusieron esa cara de culo tus amigas en la terminal? —preguntó el Indio.

—Son re boludas. Ni te calentés. No las podés sacar de la Recoleta y el country. ¿Sabés qué? Los primeros días que empecé a estar con ustedes me querían prestar un celular por si César y vos me hacían algo.

Se rieron y estuvieron un rato abrazados en silencio. Después Belén dijo:

—Podemos irnos a vivir al sur, al Bolsón. Vos podés pintar y vender los cuadros en la feria. Yo cuido el bebé y puedo hacer una huerta. Es re lindo el lugar.

—Sos hermosa —dijo él.

—¿Vos me querés, Indio?

—Te amo —dijo y la volvió a besar.

Comieron alfajores. Como habían encendido el aire acondicionado, Belén se puso el suéter de él.

—Al principio podemos ir a casa, con mi vieja —dijo el Indio.

—¿Dónde me dijiste que era?

—En Ramos Mejía. Hasta que juntemos algo. Hay lugar en casa, sobra una pieza.

Belén no dijo nada y se fue quedando dormida sobre las rodillas del Indio. Él le miró la cara de párpados serenos, el pelo lacio y castaño, la pollera larga de flores estampadas, las zapatillas viejas. Miró por la ventana. Pasaban junto a una publicidad de un paquete gigante de cigarrillos. Se estaba nublando.

Más tarde ella se despertó para ir al baño. Cuando volvió tenía los ojos llorosos.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Sin contestarle, ella le acarició el pelo negro, el mentón fuerte y cuadrado.

—Me vino, Indio —le dijo.

Se abrazaron y ella se largó a llorar. Él la consoló, la hizo sonarse la nariz y tomar un poco de agua.

—En realidad no sé por qué lloro —dijo Belén—. Soy una estúpida.

El ómnibus atravesó una zona de quintas y viveros. Se quedaron callados.

—¿Estás mejor? —preguntó él, agarrándole la mano.

—Sí. Mejor. ¿Sabés también lo que me pone mal? ¿Viste cuando volvés de las vacaciones y llegás a tu casa y está todo muy silencioso y abris la canilla y sale el agua marrón, como oxidada?

—Sí —dijo él—. Prendés la tele y ves los cadáveres de los accidentes en la ruta, los autos chocados, el número de muertos. Odio la tele cuando vuelvo de las vacaciones.

—Sí, yo también —dijo ella y los dos miraron por la ventana el paisaje que se iba urbanizando de a poco, las casas chatas entre las calles de tierra, las gomerías.

—¿Querés el medio alfajor que quedó?

—No, comelo vos.

—No, no tengo hambre —dijo él.

—¿Todo febrero tenés que atender el kiosco de tu mamá?

—Sí.

—¿Y Bellas Artes cuándo empieza?

—En marzo.

—Vas a estar re cerca de casa —dijo ella.

—¿Dónde era que vivías?

—En Montevideo y Arenales.

—Ah, pero este año yo curso en La Cárcova, en Costanera Sur —dijo él.

—Ah, sí, una vez vi una copia del David ahí. Me llevó mi papá cuando era chica.

Pasaron un peaje. Desde la autopista, vieron una estación de energía eléctrica, una villa miseria, un basural, y empezaron a entrar en Buenos Aires.

El Indio quiso darle a Belén la parte del dinero que le correspondía por el trabajo del verano pero Belén no lo aceptó y cambió de tema.

—Tenés que pasarme bien tu teléfono —dijo ella.

—Y vos el tuyo.

Belén anotó su número en una página del bloc de dibujo del Indio; él anotó el suyo en el boleto y se lo dio.

El ómnibus abandonó la autopista y se hundió en la ciudad.

—Qué poco tráfico —dijo ella.

—Porque es domingo —dijo él.

Eran las cuatro y media de la tarde y seguía nublado. Circulaban pocos autos. Pasaron por el puerto y Belén bajó su bolso del portaequipajes y se lo puso sobre la falda. Estaban los dos sentados en silencio, cada uno en su butaca. De vez en cuando se agarraban de la mano.

—¿Qué hacés ahora? —le preguntó el Indio.

—Me tomo cualquier colectivo a casa. ¿Y vos?

—Me tomo el 54. ¿Quién está en tu casa?

—Alguno de mis hermanos —dijo ella.

—¿Y tus viejos?

—Están de viaje.

—¿Por dónde?

—No sé. Creo que por Italia —contestó ella.

El ómnibus llegó a la terminal de Retiro. Bajaron. Hacía calor. Buscaron sus mochilas y Belén le devolvió el suéter. Él la acompañó hasta la parada y quiso quedarse esperando hasta que viniera el colectivo, pero ella le dijo:

—Andá, Indio, estás cansado.

Intentaron darse un abrazo pero se entorpecieron con las mochilas y se dieron un beso.

—¿No me regalás el dibujo donde estoy durmiendo desnuda?

—Termino el bloc y te lo regalo entero.

—Dale, regalameló ahora —insistió ella.

Él buscó la hoja, la arrancó y se la dio.

—¿Me vas a llamar? —preguntó Belén.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue a casa —dijo él.

Se dieron otro beso y el Indio se alejó hacia la parada. Caminó una cuadra y vio que pasaba el 54. Corrió un poco y lo alcanzó. Cuando estuvo arriba miró hacia donde había quedado Belén y

vio que ella se subía a un taxi. El colectivo bordeó la plaza y el Indio se sentó en la fila de butacas individuales. Se reclinó, cansado, preguntándose si ella intentaría llamarlo, si buscaría el número anotado en el boleto, si lo marcaría. Trató de imaginarse qué cara pondría cuando le diera equivocado. Se puso a hojear el bloc de los bocetos: Belén leyendo, Belén secándose con una toalla, Belén peinándose. No encontraba el teléfono que ella le había anotado. De pronto levantó la mirada. El teléfono había quedado en el reverso del dibujo que Belén le había pedido de regalo.

La suplencia

I

A las nueve menos cinco entré en el edificio de la calle Esmeralda. Detrás de un mostrador, un encargado de seguridad me chistó y me preguntó adónde iba.

—A Rossi & Peterson —dije.

—Un segundito. —Buscó una planilla. Yo veía que mucha gente entraba sin que los frenaran, quizá porque los conocían, o porque tenían una actitud distinta de la mía; entraban rápido, ensimismados, como quien no tiene ganas de pasar por ahí pero debe hacerlo por lo menos dos veces al día. El guardia me tomó los datos y me dio un carnet con un broche para colgarme de la solapa, que decía «visita».

—No, no. Vengo a trabajar acá. Hoy empiezo una suplencia en Rossi & Peterson —le dije, devolviéndole el carnet.

Me miró un momento y, con una sonrisa que no me gustó, dijo:

—Muy bien. Adelante.

Subí en ascensor con otra gente, todos callados, respirando la mezcla de colonias y perfumes recién puestos. En el noveno, bajé y me topé con la recepcionista.

—¿A quién busca?

—A nadie. Soy Diego Galer. Vengo a hacer una suplencia de la correctora Eugenia Fiol...

—¡Ah! Sí, se fue de vacaciones.

—Sí.

—Pasá —me dijo.

Caminé por los pasillos todavía vacíos. Era temprano. Busqué el escritorio que me había indicado Eugenia hacía una semana, cuando habíamos tenido la entrevista con su jefa. Había que subir una escalera, rodear una zona de oficinas de vidrio y entrar en una división donde había seis escritorios; el de Eugenia era uno de los dos del fondo. No había llegado nadie. Colgué mi impermeable del perchero y me senté. Todo estaba en silencio, como en las bibliotecas donde yo estaba acostumbrado a estudiar en esa época. Miré los diccionarios de Eugenia, los lápices y biromes, y me quedé esperando. Era el primer día de trabajo pago de toda mi vida.

Por fin, me animé a prender la computadora. Pasaron por el pasillo dos chicas que me miraron extrañadas, me dijeron «buen día» y en seguida, detrás de los paneles separadores, se oyeron unas risitas.

Siguió llegando gente. Primero llegó Antonio, un hombre de unos cincuenta y cinco años, de bigote, un poco encorvado y friolento, a quien Eugenia me había presentado el día de la entrevista.

—Ah, ¿cómo estás? Buen día —dijo, recordando la suplencia.

—Buen día.

—¿Pablo te llamabas?

—Diego —dije yo.

—Diego —repitió él y prendió su computadora. Hablamos del clima, del frío que empezaba a

hacer en Buenos Aires, de cómo estaría Eugenia tomando sol en Brasil. Después llegó Gustavo, que tendría un poco menos de treinta años, petiso, ancho, con una barba rojiza de gladiador romano. Me saludó y se abrazó con Antonio. Empezaron a hablar de San Lorenzo, que le había ganado a River el día anterior. Comentaron el partido, se entusiasmaron y decidieron irse juntos a cargarlo a un tal «Fueguito», que al parecer era de River. Yo me volví a quedar solo. Se oía claramente la conversación de las chicas de al lado, como si los paneles separadores fueran las rejillas de un confesionario: «Che, me voy a tener que cortar las uñas cortas, ayer me atacé y me corté esta, la tenía rota acá y acá, ¿ves?» o «Lo que pasa es que me deshinché porque largué un poco las galletitas. Estoy un poco hinchada todavía, pero menos».

Se suponía que mi trabajo consistía en corregir todos los textos que se redactaban en esa agencia de publicidad y asegurarme, según las palabras de la jefa de Eugenia, de que salieran impecables. Pero hasta ahora no me habían traído ni una página. Miré los programas de la computadora, como para simular que estaba haciendo algo. Entonces, entró un tipo alto y flaco, con un casco de moto puesto, gritó «Buenas» muy fuerte, pero no para que lo oyera yo sino para que todo el piso supiera que él había llegado. Se sentó en el escritorio que estaba a mi derecha, contra la pared, dijo «Ignition» y prendió su computadora, que empezó a emitir un zumbido eléctrico que sonaba cada vez más fuerte, como una turbina. Se dejó el casco puesto. Yo casi no me animaba a mirarlo. Cuando el sonido creció, me di cuenta de que tenía dos bafles conectados a su equipo, uno de los cuales estaba casi al lado de mi silla. Era una computadora más grande que la mía, con más aparatos y más cables. De repente empezó a sonar un motor y ruido de gomas quemando caucho. Mi vecino de escritorio estaba reclinado en la silla, con las manos extendidas hacia el teclado como si sostuviera el volante de un auto Fórmula 1. Era un juego en el que manejaba un auto asesino por una ciudad futurística y sumaba puntos a medida que iba atropellando gente. «¡Muevansé, hijos de puta!», decía mientras manejaba las teclas, y a mi lado vibraban con gran fidelidad los efectos de sonido: los golpes de los peatones contra la carrocería, los gritos de espanto de los atropellados, los cuerpos pisados por las ruedas, los rebajes del motor, los frenazos, los choques.

Después apareció una de las chicas de pelo corto y, sonriendo, le dijo:

—Serrano, ¿podés bajar un poco eso?

Serrano no contestó. Siguió jugando un rato. Después se sacó el casco y apagó ese ruido pero puso música al mismo volumen. Se sacó la campera de cuero y, antes de colgarla del perchero, dijo: «Mi perchero», y tiró mi impermeable al suelo. Yo lo miré: tenía pelo castaño oscuro, un poco largo y enmarañado como un personaje de dibujo animado japonés. Levanté mi impermeable y lo puse en el respaldo de mi silla.

—Ese es mi perchero, Eugenia —me dijo sin mirarme.

—Me llamo Diego, la estoy suplantando a Eugenia.

—Entonces te llamas Eugenia —dijo mirando su monitor.

Volvieron Antonio y Gustavo, y ahora se sumó Serrano a la conversación sobre el triunfo de San Lorenzo. Serrano era de Racing, que había perdido contra Independiente. Lo cargaron y después empezaron cada uno a insultar por turno al equipo del otro. Gustavo se sentó en el escritorio enfrente de mí y prendió su computadora. Yo podía ver claramente su monitor. Como fondo de pantalla, tenía la imagen de la ecografía del embarazo de su mujer. Las chicas de al lado habían prendido la radio y ahora sonaba a la vez un locutor, la música de los parlantes de Serrano y la discusión futbolística con frases como «escuchame, con esa defensa no le podés ganar a nadie» o «les dejaron el culo lleno de preguntas».

Vi que Gustavo empezaba a bajar fotos porno. Se dio vuelta y me dijo:

—Cuando está Eugenia ahí sentada, no puedo hacer esto.

No me acuerdo qué le contesté pero me alegré de que mi presencia le fuera de alguna manera beneficiosa.

Hasta entonces yo solo había oído hablar de internet, y esa mañana vi por primera vez cómo se iban abriendo, desde arriba hacia abajo, lentamente, las fotos de mujeres desnudas, en una especie de striptease electrónico.

A las once todavía no me habían dado nada para corregir. De vez en cuando Gustavo los llamaba a Serrano y a Antonio para mostrarles alguna foto sorprendente y los otros se arrimaban a su monitor y cada uno decía lo que le haría a esa mujer, con bastantes detalles.

En un momento apareció la jefa, me saludó de un modo muy profesional y se puso a mirar el monitor de Gustavo que repentinamente había cambiado hacia una publicidad gráfica de un auto en una ruta, que decía algo así como «Subite a tu nueva vida». Se suponía que Gustavo le estaba retocando el color del cielo que era demasiado claro y no contrastaba lo suficiente con las letras. La jefa y Gustavo discutieron algunos aspectos de la foto y después ella se fue y en el monitor volvieron a aparecer las fotos porno.

Serrano les dijo a las chicas de al lado que bajaran la radio, pero ellas no querían; entonces empezó una guerra de dos músicas distintas, enmarañadas en el aire, que solo terminó cuando Serrano agarró un aerosol y, poniendo un pie en mi escritorio y otro en el de Gustavo, con un encendedor empezó a tirar llamaradas de gas encendido por encima de los paneles separadores. Las chicas gritaron, simulando que se asustaban, y todos se rieron, pero a la quinta llamarada ya nadie parecía muy sorprendido, por lo que entendí que no era la primera vez que Serrano hacía ese chiste. Antonio, la única persona mayor a quien yo pensaba que le correspondía poner un poco de orden, leía el diario y, sin levantar la mirada, decía: «Che, paren un poco».

A las doce apareció un tipo canoso con una lámina en la mano.

—Fueguito —dijeron todos—. Qué paliza les dimos, querido.

Fueguito no hizo caso, me saludó, preguntó por Eugenia y le dije que la estaba suplantando. Me mostró la lámina: era una gráfica que yo debía revisar. Si bien tenía apenas un eslogan de cereales, yo lo leí y lo miré con cuidado y con miedo, letra por letra; creo que incluso dudé si «nutrición» iba con ese o con ce y lo busqué en el diccionario.

—Vamos, apurando —me dijo Fueguito, que se quería ir, cansado de los chistes. Dio vuelta la lámina para que yo pusiera una tilde en un casillero que decía «corrección».

Yo puse la tilde, temiendo haberme pasado por alto un error vergonzoso y que saliera multiplicado, por mi culpa, en diversos carteles gigantes a lo largo del país. Ese fue todo mi trabajo esa mañana.

A la una, Gustavo le dijo a Serrano que hoy les tocaba comer pastas, y los dos se rieron por algún chiste interno que no entendí hasta la semana siguiente.

Tal vez para evitar que pensarán que el primer día pretendía incluirme en sus almuerzos, salí un poco después, cuando ya se habían ido casi todos, y tuve que comer apurado una porción de muzzarella en un pizzería ruidosa y sucia sobre la calle Tucumán.

El resto de mi primer día de trabajo no fue muy distinto. Serrano y Gustavo llegaron tarde y —según me pareció— traían impregnado un aura dulce de olor a marihuana. Se pusieron a jugar al *Marathon* con las computadoras interconectadas en red. En un mundo azul y verde, de pasillos tridimensionales, se perseguían el uno al otro tirándose balazos que sonaban en el parlante al lado de mi oído. De pronto el ruido era como haberse metido en una guerra. Tenían municiones infinitas

y varias vidas; cuando las perdían, volvían a empezar. Se insultaban, se mataban, cada uno mirando su monitor, apretando las teclas para dispararse.

Fueguito (nunca supe su nombre real) me trajo dos gráficas más para revisar, pero ningún texto largo. A las cinco ya estaba aturdido y me quería ir; la última hora se me hizo interminable. Cuando salí, me pregunté cómo iba a hacer para aguantar quince días en ese lugar. Hubiese preferido que me dieran textos largos para corregir en silencio durante todo el día y no tener que estar ahí sentado, sintiéndome inútil, padeciendo los decibeles, como un barman de discoteca vacía o un vendedor de fichas en un local de videojuegos de la costa, fuera de temporada.

Antes del viernes ya todo se me había hecho rutina. Yo llegaba primero. Después llegaba Antonio y me hablaba del resultado de sus análisis, de su sangre, de su orina, de su próstata misteriosa. A las once y media de la mañana las chicas de al lado empezaban a hablar de comida, de recetas de tortas, de panaderías, de nuevos lugares para pedir comida rápida. Les conocía las voces y las caras pero todavía no sabía a qué cara le correspondía cada voz y cada comentario. A la una menos diez venía un pelirrojo con un carrito y vendía galletitas, latas de gaseosa y pebetes de jamón y queso envueltos en papel celofán. A las cuatro, tal vez porque a esa hora Antonio miraba los clasificados, hablaban de autos y de motos. Hablaban de picadas, de choques, de cuántos litros por kilómetro gastaban los autos, y Serrano, poniendo la mano plana como si imitara el movimiento de una víbora, describía zigzagueos peligrosos que había tenido que hacer en el tráfico. En algún momento dijo que ese fin de semana se iba a ir hasta Rosario para probar la moto nueva de un amigo. A las cinco tomábamos mate. Creo que cuando me pidieron a mí que cebara, fue el momento de la suplencia en que me sentí más útil. Si hubiera juntado todo el trabajo que me habían dado esa semana, lo podría haber hecho en una sola hora. Algo que aprendí a hacer durante esos días fue leer en medio del ruido envolvente. Sonaban a mi lado las ametralladoras, los alaridos, los motores virtuales y yo, como sentado tranquilamente en un campo de combate, seguía leyendo los libros que me llevaba cada día.

Serrano siguió llamándome «Eugenia», hasta una mañana en que estuvo callado porque tenía que trabajar en una imagen de una gráfica de pan lactal y las chicas le pidieron que pusiera música. Preguntó qué queríamos escuchar y yo, tímidamente, propuse un disco de Spinetta que él había puesto una vez y a mí me había gustado. Serrano puso el disco, sin decirme nada, y si bien no cambió en su actitud indiferente, hicimos una tregua tácita y él no volvió a llamarme «Eugenia».

El viernes, cuando me estaba yendo, me quedé encerrado en el ascensor con un empleado de tesorería, de unos cincuenta años. Nos quedamos tranquilos porque el ascensor tenía ventilación y un sistema de comunicación con portería a través del cual nos dijeron que en seguida se arreglaría el desperfecto. Pero estuvimos ahí adentro casi veinte minutos. Una vez que ya nos habíamos contado qué hacía cada uno en Rossi & Peterson, este señor, un hombre gordo y pelado, me empezó a hablar de fútbol. Me preguntó de qué equipo era; yo le dije que de ninguno porque no me gustaba el fútbol.

—De algún equipo tenés que ser —me dijo—. No es necesario que sientas pasión por el equipo. Es cuestión de ser de algo, ¿me entendés? Si no, es como no tener nacionalidad, como no tener apellido.

Yo no dije nada porque estaba empezando a sentir claustrofobia.

—¿Por qué no te hacés de Racing? —me dijo, pasándose un pañuelo por la frente.

Llevaba una carpetita manoseada en una mano, entre el saco le asomaba una corbata demasiado corta que le quedaba en declive sobre la panza.

—¿De Racing? —dije, entrando en el juego para distraerme.

—Es claro. Total si no te interesa no vas a andar sufriendo las derrotas, porque te aviso que no ganamos un campeonato desde el 66.

—¿Por qué le dicen La Academia a Racing? —pregunté.

—¿Qué sé yo! Pero hagamos una cosa. Si este domingo pasa algo grande con Racing, algo realmente grande, vos te hacés de Racing, o sea, digamos, pasás a ser de Racing automáticamente. Así, aunque sea, cuando te preguntan de qué cuadro sos, vos podés decir algo. Ahora... Si no pasa nada con Racing, te olvidás, seguís sin ser de nada o te hacés del equipo que quieras. ¿Estamos?

—Estamos —dije.

Después, cuando empezó a contarme sobre un jugador que se llamaba el «Mago» Capria, el ascensor volvió a funcionar y pudimos salir.

Nos despedimos en la entrada del edificio y yo me volví caminando más de treinta cuadras hasta mi casa porque no quería volver a sentirme encerrado, metido en el subte repleto, a la hora pico. Caminé aliviado, mirando el cielo, sintiendo que al menos durante el fin de semana iba a estar fuera de ese lugar.

II

El lunes a las nueve de la mañana, cuando doblé en la esquina de Esmeralda, vi un ómnibus estacionado frente al edificio y gente en la vereda, parada en grupos, con los abrigos puestos. Reconocí a algunas personas de la agencia. Por las caras percibí algo malo. Me acerqué a Antonio, le pregunté qué pasaba y me dijo que Serrano había muerto. Se había matado el sábado en la ruta cuando iba para Rosario en moto. Las chicas del sector de al lado estaban llorando. Yo me quedé aturdido un momento, después le pregunté a Antonio cómo había sido y me dijo que no sabía, o tal vez sabía y prefería no contarme. También estaba Gustavo, hablando con otra gente.

—¿Van a ir al entierro? —le pregunté a Antonio.

—Sí. La agencia contrató este ómnibus. Pero volvé a tu casa, pibe, no hace falta que vengas al cementerio. Vení a laburar a la tarde, mejor.

—No, voy. Quiero ir —dije—. ¿Dónde es?

—En Chacarita.

—¿Habrà lugar para mí en el ómnibus?

—Sí —dijo Antonio, cansado—. Lugar hay.

En silencio, fueron subiendo; yo me quedé entre los últimos para no sacarle el asiento a nadie. Cuando subí, me pareció que la mayoría de las caras me miraban porque no sabían quién era yo, quién era este intruso en el funeral de Serrano que encima subía al ómnibus con una novela en la mano como para distraerse durante el viaje. Por suerte vi que Gustavo me hacía señas de que había un lugar al lado de él, y me senté rápido para que dejaran de mirarme.

—No lo puedo creer —le dije.

—Yo menos —dijo Gustavo. Tenía cara de no haber dormido.

—¿Cómo fue?

—Y... debe haber venido rápido. Estaba con la moto del amigo, una Ninja de alta cilindrada. Debe haber venido a fondo y se le descontroló. Parece que había una zona del pavimento en construcción. Fue acá cerca, antes de Ramallo.

—¿Estuvo en el hospital?

—No. Murió en el acto.

El ómnibus arrancó y tomó la avenida Córdoba derecho. Estuvimos callados un rato. Gustavo miraba por la ventanilla. De repente me miró y dijo:

—¿Sabés lo que más bronca me da? Parece una estupidez, pero me da bronca que no se haya enterado de que ayer ganó Racing. ¿Lo viste al partido?

—No.

—Seis a cuatro le ganó a Boca. Fue una goleada. Uno de esos partidos históricos. Y este se viene a matar un día antes.

Yo me acordé del gordo del ascensor.

—¿Seis a cuatro ganó Racing?

—Sí. Fue impresionante. Histórico. En un momento parecía que Boca empataba, porque en el segundo tiempo...

Una de las chicas del asiento de adelante se dio vuelta, me miró y, con la voz y la cara borronadas por las lágrimas, dijo:

—¿Pueden *no* hablar de fútbol por lo menos *hoy*?

Nos quedamos callados. Después Gustavo siguió, susurrando:

—Me dan ganas de llamarlo por teléfono: «Serrano, ganó Racing, querido, ganó Racing. No sabés los golazos que clavó el Mago Capria».

Por momentos miraba por la ventana.

—La gente dice «Qué desgracia, un muchacho de veintiún años, con toda la vida por delante». Pero a mí, lo que más me duele es lo del partido.

Yo me quedé impresionado. Había pensado que Serrano, por su altura y su actitud, era mayor que yo, pero era menor, un año menor. Pasamos bajo el puente de la avenida Juan B. Justo y el ómnibus se ensombreció un instante.

Cuando llegamos a la Chacarita, el ómnibus no podía entrar al cementerio, así que caminamos varias cuadras detrás de los autos negros. Yo me mantuve siempre un poco al margen. En un momento, un hombre de cara rosada que caminaba con las manos detrás de la espalda me preguntó si yo trabajaba en Rossi & Peterson. Le dije que sí y me preguntó qué hacía.

—Soy corrector... corrector suplente —dije y me sonó mal, como si hubiera dicho «aguatero suplente» o algo así.

El hombre no dijo nada. Seguimos caminando.

El funeral fue breve y silencioso, salvo por el llanto ahogado de algunos familiares. El cielo estaba limpio, de un azul muy frío que parecía entrar en los pulmones cuando uno respiraba. El sacerdote murmuró unas palabras y roció con agua bendita el cajón. Me resultaba imposible asociar a Serrano con ese féretro; era un objeto lejano, opuesto al tipo ruidoso y prepotente que yo había visto llegar a la agencia en mi primer día de trabajo.

Les dimos el pésame a los padres y antes de las once ya estábamos otra vez subidos al ómnibus. Gustavo durmió todo el viaje de vuelta. Yo hubiera leído la novela que llevaba, pero me pareció más prudente no hacerlo y dejar el libro en el bolsillo que tenía el asiento de adelante, frente a mis rodillas. Después, cuando ya habíamos llegado a la agencia, me di cuenta de que me había dejado el libro ahí.

Hasta la hora del almuerzo estuvo todo tranquilo en la agencia. Nadie hacía ruido ni ponía la radio, se hablaba despacito como si temieran despertar a alguien. Gustavo trabajó en una foto de una compañía aérea. Fueguito no apareció para traerme nada. Antonio estaba leyendo el diario

cuando recibió un llamado. Yo escuché que le contaba a alguien la muerte de Serrano. Alguien que no sabía. Después me miró y dijo: «Sí, está acá, ¿te lo paso?».

—Es Eugenia —me dijo—, te transfiero el llamado.

Antonio marcó unos números en su aparato, colgó y, en vez de sonar mi teléfono, empezó a sonar el de Serrano. Fue una situación incómoda; Antonio se puso mal. Yo no sabía si atender o no.

—Pero, carajo, ¿cómo es tu interno? —dijo, queriendo corregir el error.

—1314 —dije.

—Bueno, atendí igual.

Fui hasta el escritorio de Serrano y atendí. Hablé con Eugenia. Me dijo que estaba muy impresionada, que hubiese querido estar acá, con todos; después me preguntó cómo me estaba yendo con el trabajo. Le dije que bien, que no se preocupara. Me dijo que había adelantado un poco su vuelta y que volvía esa misma noche así que no hacía falta que yo asistiera a la agencia al día siguiente. Nos despedimos y colgué el teléfono de Serrano.

Me senté en mi escritorio pensando que ese era mi último día de trabajo en la agencia. Estuve por decírselo a Gustavo, pero no dije nada. Era extraño haberme metido en ese mundo, haber tenido que adaptarme, haber conocido a esas personas, incluso a alguien que había muerto, y ahora, de repente, no volver nunca más a ese lugar, con esa gente, como si, de alguna manera, se fueran a morir todos para mí o me fuera a morir yo para ellos. Empecé a hacer la factura de lo que me correspondía cobrar por los seis días de trabajo; eran doscientos diez pesos. Le pedí a Gustavo que me ayudara con los datos del CUIT.

—Si la llevás ahora, antes de la una, te pagan. Los montos abajo de trescientos son al contado.

Fui a tesorería, en el piso de arriba. Cuando me asomé a la ventanilla vi que estaba el gordo del ascensor, mi padrino futbolístico.

—¿Qué te dije! ¿Pasó algo grande o no pasó algo grande con Racing?

—Sí, la verdad que sí.

—Bienvenido a la Academia. Ahora podés decir que sos de Racing —me dijo, palmeándome el hombro.

Le agradecí, le mostré la factura y, después de unas firmas y unos chequeos de información, cobré la plata.

Ya era la una. Volví a mi escritorio y, cuando Gustavo vio que me estaba poniendo el impermeable, me preguntó adónde iba a almorzar. Le dije que no sabía, que iba a buscar algún lugar.

—¿Te gustan las pastas? —me preguntó.

—Sí.

—Bueno, yo te voy a llevar a un lugar especial.

Salimos a la calle y doblamos por Córdoba. Soplaban un viento que arrastraba papeles, hojas secas y tierra. Yo estaba íntimamente eufórico, tal vez como reacción contra la muerte de Serrano. Me sentía vivo. Yo había sobrevivido, no sabía bien a qué, pero había sobrevivido. Había ganado por primera vez mi propia plata y caminaba dándole la cara al viento con el impermeable que me flameaba hacia atrás como una capa. De pronto se me metió una basurita en el ojo. Estaba sacándomela cuando noté que Gustavo ya no estaba más a mi lado, se había metido en la entrada de un edificio de departamentos.

—¿Qué hacés?

—Es acá —dijo y apretó uno de los muchos botones del tablero del portero eléctrico. Pensé

que me estaba llevando a su casa, me acordé del fondo de pantalla de su computadora con la ecografía de su mujer.

—¿Vivís acá?

—No —dijo y empujó la puerta cuando sonó la chicharra.

Yo me quedé afuera, desconfiado.

—¿Acá vamos a comer pastas?

—Sí, dale.

Entramos al hall y nos metimos en el ascensor del fondo. Gustavo no me quería decir adónde íbamos.

—A comer pastas —me contestaba.

—No, no vamos a comer pastas, decime dónde vamos.

—Te juro que vamos a comer pastas, las mejores pastas del microcentro.

Llegamos a un pasillo oscuro en un noveno piso y Gustavo tocó el timbre en una de las puertas. Nos abrió una mujer morocha, un poco fea, una especie de Cleopatra en versión porno, con una bata mal cerrada que dejaba ver su escote apretado. Gustavo me empujó, no porque yo me negara a entrar sino porque no reaccionaba; no terminaba de entender la idea de que estuviera trayéndome a un departamento de putas.

—¿Y Serrano? —preguntó ella.

—Lo echaron —dijo Gustavo.

—Ah, no me digas, ¿por qué?

—Y... Hacía mucho quilombo.

Yo lo miré a Gustavo, que me devolvió apenas la mirada y dijo:

—Él es Diego.

—Hola, mi amor, bienvenido, yo soy Karen. Sientensé —nos dijo y se alejó hacia el fondo, gritando—: ¡Michele!

En un living chiquito, con olor a tuco, había un televisor prendido y una mesa ratona con dos cubiertos puestos, dos vasos y un sifón. Gustavo se sentó en uno de los sillones petisos. Me miraba y se reía porque yo estaba incómodo, enojado porque me hubiera llevado engañado hasta ahí.

—¿Qué hacemos acá? —le dije susurrando.

—Sentate, macho, relajá. Ahora comemos —me dijo.

—¿Por qué le dijiste eso de Serrano?

—¿Y para qué les voy a decir la verdad? Si no lo van a ver nunca más. Es una crueldad decirles lo que pasó.

Yo me senté sin sacarme el impermeable. En la televisión estaba Mirtha Legrand. En eso apareció otra chica de pelo corto, castaño, con una bata de toalla abierta y una bikini naranja debajo. Traía una taza en la mano. Lo primero que preguntó fue:

—¿Y Serrano?

—Lo echaron —volvió a mentir Gustavo—. Él es Diego.

—Ah —dijo, mirándome desilusionada, y se acercó para darme un beso—. Yo soy Michele.

—Hola —dije.

—¿No va a venir más Serrano? —preguntó.

—No creo —dijo Gustavo.

—¿Qué desgraciado! Mirá lo que le había hecho —dijo y nos mostró la taza, que de un lado tenía el escudo de Racing y del otro una inscripción que decía «Racing 6, Boca 4» y la fecha de

ese domingo.

—Las hacen en el momento, en el bazar de acá al lado. Llévaselá, si lo ves. Decile que es de parte mía —dijo Michele y se sentó en el sillón que estaba a mi izquierda, arrodillada sobre los almohadones. Estaba descalza y tenía sucias las plantas de los pies.

Karen apareció con dos platos de ravioles con tuco y los puso en la mesa ratona enfrente de nosotros.

—¿Qué te parece? —me dijo Gustavo, frotándose las manos.

—Muy bien —dije, sorprendido.

Acercamos un poco la mesa ratona y empezamos a comer. La verdad es que estaban ricos. Karen preguntó si la salsa estaba buena y le dijimos que sí, asintiendo los dos con un cabeceo simultáneo porque teníamos la boca llena.

Mientras comíamos, miramos televisión: entre los invitados al programa de Mirtha había una mujer que decía ser la hija no reconocida de Perón. Karen y Gustavo decían que se parecía a Perón, pero Michele decía que no se parecía y que además no le creía. También estaban invitados una vidente que leía la borra del café, una travesti corpulenta, un intelectual muy flaco y Yiya Murano, la envenenadora de Montserrat, que contó que uno de sus proyectos era poner un restorán. Nos reímos y Karen la defendió, dijo que su sueño también era poner un restorán.

—Tenés que decirle a Serrano que me haga el cartel ese que me prometió —dijo Karen.

—Primero tendrías que tener el local y la guita, después te podés preocupar por el logotipo.

—¿Por qué no puedo empezar por el logotipo?

Discutieron un poco, entre chistes. Gustavo le dijo que mejor empezara por el menú y le sugirió algunos platos, imitando a un mozo:

—Y... el spaghetti a la putanesca sale bien, o el fideo tirado... Puede ser lenguado, chupín de brótola, pavo relleno, o si no, alguna ensaimada, budín gemelo, polvorones, embutidos varios...

Karen lo paró, dándole un chirlo en el muslo. Después, cuando terminamos de comer, Gustavo me preguntó qué tal habían estado los ravioles y yo le dije que me habían gustado.

—Te dije que eran las mejores pastas del microcentro.

En algún momento me di cuenta de que ese plato de ravioles había sido hecho para Serrano, o sea que me había comido los ravioles de un muerto. Karen se llevó los platos, volvió con un porro encendido y lo pasó. Se sentó en las rodillas de Gustavo. Fumamos todos, dando cada uno un par de pitadas.

—Si te gustó el primer plato, vas a ver cómo te va a gustar el postre —me dijo Gustavo.

—Tiene un poco de cara de susto —dijo Karen, mirándome.

Yo traté de disimular porque era cierto, estaba un poco asustado, tolerando la incertidumbre de no saber qué estaba por suceder exactamente. Karen se paró y lo ayudó a pararse a Gustavo tirándole del brazo. Se fueron para el fondo. Michele también se paró y se fue. Me quedé solo y en un instante tuve la fantasía —tal vez provocada por la marihuana— de que me iban a matar. Pensé que Gustavo sabía que yo había cobrado y que me iban a matar para sacarme la plata. Creo que fue un instante, no llegó ni a convertirse en un miedo real. Después de todo, eran solo doscientos pesos. De pronto apareció Michele, desnuda, con tacos, corpiño y medias oscuras hasta la mitad del muslo. Su pubis negro y peludo resaltaba contra su piel blanca, y casi podría decir que me alarmó, como si en el living apareciera de pronto un animal. Se paró frente a mí dando una vueltila y me preguntó:

—¿Te gusta?

—Sí —le dije y entendí que no se sacaba el corpiño porque era chata.

Dándome la espalda, apoyó las manos en la televisión, que seguía parpadeando imágenes, y empezó a mover el culo con un movimiento ondulante, sin demasiada gracia. Comprendí que explotaba su mejor ángulo. Ella sabía que de frente no tenía gran atractivo, pero de atrás tenía el poder simétrico de ese culo firme y redondo. Consiguió hipnotizarme. Por un momento me pareció que era su culo a quien yo debía dirigirme para hablarle, como si ahí se tomaran las decisiones de ese cuerpo. Se fue acercando y se me sentó encima; sentí su peso en los muslos. Se siguió moviendo encima de mí y, cuando finalmente la agarré de las caderas, sacó del cajón de la mesa ratona un preservativo. Me ayudó a bajarme los pantalones, que me quedaron por los tobillos, y me puso el preservativo. Yo me quedé sentado como estaba, con el impermeable puesto. Ella volvió a sentarse encima, en la misma posición, pero ahora subiendo y bajando su culo habilidoso y suave. No duró mucho la cosa. Digamos que tuve un desempeño de varón soltero bajo abstinencia involuntaria, es decir, fui breve y explosivo. Más breve que explosivo. Estaba acabando cuando hubo una gran carcajada entre los invitados del programa de TV. Me acuerdo que traté de no tomarlo como algo personal.

Cuando me metí en el baño, escuché los ruidos de la habitación. Karen pegaba unos gritos monótonos, como la grabación de un mismo sonido repetido una y otra vez.

Michele se volvió a poner la bata de toalla y se acurrucó a mi lado en el sillón, frente al televisor, donde la anfitriona despedía a sus invitados en el living del estudio. Eran las dos de la tarde y ya tendríamos que haber estado de vuelta en la agencia. Pero Gustavo no salía del cuarto. Esperé un rato y me empecé a relajar.

—¿Puedo poner los pies arriba de la mesa? —pregunté, estirando las piernas.

—Sí —dijo ella y me apoyó la cabeza en el hombro. No me moví; la dejé quedarse en esa posición porque pensé que tal vez ella se quedaba dormida así sobre el hombro de Serrano.

—¿Te tengo que pagar a vos o a Karen?

—A Karen.

—¿Y cuánto es?

—Sesenta. Diez los raviolos y cincuenta el postre.

Sonó el teléfono y Michele se paró para atender. Trató de hablar en voz baja pero se oía igual:

—No, ella no está en este momento, pero hay otras chicas disponibles... Mirá, son cincuenta pesos la participación convencional con un extra opcional por la participación completa... No, mucho más no te puedo decir por teléfono... Bueno, ¿tenés la dirección?... Sí... Te esperamos.

Cuando cortó le pregunté si no se podía fijar qué pasaba que Gustavo no aparecía, porque yo me tenía que ir. Michele dio unos golpecitos en la puerta, abrió y se escuchó que susurraba algo.

—Está totalmente dormido —me dijo cuando volvió—. Karen también se había dormido. Ahí viene.

Al rato apareció Karen, cerrándose la bata.

—¿Cómo la pasaste, bombón?

—Bien —le dije y le pagué.

Gustavo salió del cuarto, arreglándose la ropa, con el pelo aplastado y la cara hinchada.

—¿Vamos? —me dijo.

—Vamos.

Nos despedimos y salimos al pasillo. Estábamos por entrar al ascensor cuando Michele abrió la puerta y nos llamó porque nos estábamos olvidando la taza para Serrano. Gustavo volvió para agarrarla y ella dijo:

—Nos vemos el lunes.

En el ascensor Gustavo miró la taza y dijo:

—A Serrano le hubiese gustado saber que vinimos. Hoy, en un momento, pensé en no venir, pero después me pareció que había que hacerlo por él.

Volvió a mirar la taza y dijo:

—¿Qué hacemos con esto?

Yo no dije nada, levanté las cejas indicando que no tenía una respuesta.

—¿Qué tal estuvo Michele?

—Bien —dije.

—Tomá. Llévala vos —dijo, dándome la taza.

Yo la acepté y miré la inscripción.

—Che, mañana ya vuelve Eugenia. No tengo que venir más —dije.

—Siempre podés volver —dijo él.

Afuera seguía soplando el mismo viento, que ahora nos daba en la espalda. Volvimos a la agencia sin decir nada. Cuando llegamos metí la taza en un cajón del escritorio y, a las seis, cuando me despedí de todos para irme, me la llevé en una bolsa.

Ahora la taza está al fondo de una alacena, en mi casa. Nunca la uso. Salvo cuando vienen muchos amigos los sábados a la noche y faltan vasos. A veces me preguntan de dónde la saqué y digo que la dejaron los anteriores inquilinos. Miento para no tener que contar toda esta historia.

Cuadros

I

—¿Cómo es este lugar, Elizabeth?

—Es una cafetería con mesas y una barra, como cualquier otra de la ruta, ahora está por entrar una chica rubia, adolescente, el viento le hace ondular el pelo hacia un lado, parece pintada por Botticelli. En el estacionamiento, junto a nuestro auto, hay un perro dormido igual al que está en *Las Meninas* de Velázquez. Hay dos hombres viejos en una mesa. Un hombre flaco de barba negra, como del Greco, se acerca con su bandeja. Detrás de usted, hay una mujer de unos treinta y cinco años, con un abrigo de color naranja, comiendo junto a la ventana; la luz de costado le da un aire de Vermeer.

Elizabeth vio que entraban a un chico en una silla de ruedas; los fierros golpearon contra el vidrio de la puerta.

—¿Y ese ruido? —preguntó Walbright.

—Entran con un carrito de limpieza —dijo Elizabeth.

—¿A usted le parece que entendieron algo en Canterbury?

—Yo creo que sí, Walbright, lo aplaudieron mucho.

—¿Ahora cuántas conferencias faltan?

—Tres —contestó ella—. Northampton, Newcastle y Edimburgo.

—Son muchas. No tendríamos que haber aceptado tantas.

—No se olvide de los honorarios, Walbright.

—Sí, pero el lunes tenemos que estar de vuelta en Londres para el congreso de filosofía presocrática y, ya que vamos a Escocia, podríamos haber aprovechado para ir, al menos dos días, a la Isla de Sky. *Kyle of Lochalsh, Kyleakin, Kylereia* —pronunciaba con gusto Walbright—. Es una lástima que no tengamos tiempo, yo pasé allí varios veranos en mi infancia. Podríamos haber parado en ese hotel de Gairloch donde usted me dijo que desde nuestra ventana se veía toda la bahía iluminada, que las luces se reflejaban alargadas sobre el agua y que se parecía a una de las noches estrelladas de Van Gogh. ¿Se acuerda, Elizabeth?

—No era tan lindo, Walbright. Además, el dinero no viene mal —dijo ella y con una ternura minuciosa le quitó una pelusa del saco.

II

—¿Por dónde vamos, Elizabeth? ¿Cómo está la mañana?

—Hay un cielo nublado, como de Sisley, ahora pasamos por un puente, hay un hombre tirándole pan a las gaviotas que atrapan los pedazos en el aire, a la derecha se ven unas colinas con sembradíos como parches marrones y verdes, parecen de Cézanne, a la izquierda la tierra no está cultivada y se parece más a un campo de Monet con algunas flores, por un camino lateral una

pareja de campesinos va arreando una vaca...

—¿Como Chagall?

—Podría ser, faltaría un violín, además ella debería estar abrazando a la vaca y él tendría que venir flotando detrás, agarrado de la cola.

III

Llegaron de noche a un hotel en las afueras de Northampton. Junto a las llaves del cuarto, el conserje les entregó un mensaje en un papel doblado. Elizabeth lo guardó en su bolsillo, llevó a Walbright hasta la habitación y antes de deshacer el equipaje, se sentó en la cama a leerlo.

—El decano de la Universidad de Canterbury nos envió el fax que nos prometió con el boletín sobre la conferencia. ¿Quiere que lo lea?

—¿A ver?

—Universidad de Canterbury, junio de 1996. El lunes último nos visitó el singular filósofo inglés Max Walbright, autor, entre otras obras, de *La incertidumbre*, para brindar una conferencia sobre las posibles lecturas de Heráclito desde nuestro fin de siglo. La lucidez y vivacidad de este alto hombre ciego a quien vimos llegar del brazo de su ayudante...

—¿Qué más, Elizabeth?

—¿Ayudante? Ni siquiera dice mi nombre.

—Bueno, piense que el más importante en la conferencia fue Heráclito y no nosotros.

—No, Walbright, esto lo pusieron porque yo soy más joven que usted, porque soy soltera. Pusieron *ayudante* como si yo fuera su lazarillo, como si no fuera su mujer.

—Elizabeth, no diga eso, probablemente lo hicieron por prudencia; a la gente le cuesta creer que una mujer joven y linda esté con un viejo ciego y calvo como yo, además piense que nosotros nos conocimos poco después de que yo perdiera la vista y que, tal vez, por eso la gente la ve a usted como alguien que me ayuda y...

—Si estuviéramos casados, no sería así.

—Eso lo hemos hablado tantas veces...

—Sí —dijo ella—, pero usted no termina de entender lo que sucedería si su prima heredara sus derechos; no haría otra cosa que aprovechar el dinero. No se puede correr ese riesgo. Usted sabe que no le interesa la filosofía en lo más mínimo y que no valora su trabajo. Si nos casáramos, su obra quedaría a salvo. Walbright, ¿no entiende usted que es importante que su pensamiento alcance la posteridad? Debería darse cuenta.

—Elizabeth, tal vez sea más fácil para un hombre manejar su posteridad desde la muerte que desde la vida.

—Otra vez el mismo chiste evasivo, Walbright, el mismo chiste —dijo ella. Se desvistió, apagó la luz y permaneció callada. Él tuvo que deshacer por sí mismo el bolso buscando su ropa, le preguntó a Elizabeth dónde estaba el baño pero ella no le respondió y tuvo que buscar el camino a tientas.

IV

El aplauso al finalizar la conferencia sobre Heráclito «el oscuro» en la Universidad de Northampton fue sostenido. Varias personas se acercaron a Walbright para felicitarlo o hacerle preguntas. Él quería saber la apariencia de aquellos con los que hablaba, y se inclinaba un poco para que Elizabeth se lo susurrara al oído rápidamente. Mientras un estudiante flaco le daba la mano, ella le decía con un solo murmullo: «Un muchacho largo y triste, como del período azul de Picasso». Después fue una anciana, después un profesor canoso y por último una mujer joven, de pelo largo y castaño, con una belleza deslumbrante. Elizabeth le susurró al oído: «Walbright, una mujer grotesca, espantosa, como del Bosco».

V

El viaje a Newcastle duró menos de lo esperado. Tuvieron tiempo de registrarse en el hotel, dejar el equipaje y buscar un restorán, en taxi, porque Elizabeth prefería no manejar. Durante la cena ella volvió a sacar el tema del casamiento.

—Piense, Walbright, que no sería más que un trámite legal, nada cambiaría entre nosotros, un simple trámite legal que le daría a su obra un destino más digno que el sótano de su prima. ¿De veras no preferiría usted que me ocupara yo de sus asuntos?

—Elizabeth, por favor, me hace sentir como si ya estuviera muerto.

Comieron el postre sin hablar. Walbright propuso volver caminando.

—Newcastle se llama así por el castillo construido aquí en el año 1080 por Roberto, el primogénito de Guillermo el Conquistador —explicaba Walbright.

Hacía breves pausas para respirar el aire fresco de la noche. Elizabeth no estaba interesada.

—En el año treinta pasamos un tiempo aquí con mi familia en una casa cerca de los astilleros del río Tyne. Quisiera volver a cruzar alguno de esos puentes —decía Walbright.

Sus pasos sonaban cansados. Elizabeth miraba a su alrededor.

—¿A cuántos kilómetros estaremos de la isla de Sky?

—No lo sé —dijo ella.

—Hay un ferry que cruza los autos desde Kyle of Localsh hasta allá, no tarda más de diez minutos. Podríamos ver el mar escocés y el castillo Eilean Donan, y usted podría pintar.

—Este lugar no parece muy seguro, Walbright, sería mejor que buscáramos un taxi.

—¿Dónde estamos?

—No sé, pero la calle está desierta y se parece a un cuadro de De Chirico.

—¿Hay arcos?

—Sí.

—Entonces estamos cerca del río, vamos bien. Estos deben ser los depósitos del puerto.

—Walbright, hay un hombre parado al final de la calle.

Al final de la calle no había nadie.

—Hay un hombre parado al final de la calle, parece como si estuviera esperándonos. Mejor demos la vuelta —dijo y le apretó el brazo haciéndolo girar. Lo obligó a volver rápidamente a la avenida donde estaba el restorán, repitiendo—: Nos sigue, Walbright, nos sigue.

Ella vio un taxi y lo frenó. Subieron apurados.

VI

La conferencia terminó al mediodía. Durmieron una breve siesta y después salieron a recorrer el centro de la ciudad. Caminaron por los senderos de Eldon Gardens. Al bordear el parque, atravesaron un tumulto de gente joven donde un hombre pintaba «La Gioconda» con tizas de colores sobre el asfalto. Walbright preguntó qué sucedía.

—Hay un atropellado —dijo ella—, sigamos, es horrible, parece uno de esos autorretratos desarticulados de Egon Schiele.

Walbright no quiso escuchar los detalles.

Pasearon por Eldon Square, se acercaron al puente de Tyne y bordearon con lentitud el río. Al atardecer caminaron por un muelle. Elizabeth le propuso sacarle allí una foto y se alejó unos metros. Walbright se tomó del barandal. Ella lo enfocó con su cámara pero no sacó la foto. Tan solo se quedó mirándolo. Él mantuvo su posición de retrato durante un momento, después dijo: «¿Ya está, Elizabeth?», pero ella no respondió. «¿Elizabeth?» Ella solamente lo miraba. El agua sonaba entre los pilotes. El cielo tenía un color rojizo con nubes como trapos ensangrentados, una pareja volvía desde el fondo y el muelle se alejaba en diagonal hacia el horizonte. La noche crecía como un miedo.

—¿Elizabeth, dónde está? ¿Elizabeth?

Poco a poco su voz se tornaba desesperada. No había nadie cerca. El color del cielo empezaba a mezclarse con la oscuridad del río como si una sombra se alzara despacio. Walbright soltó el barandal.

—¿Elizabeth! —dijo y dio unos pasos dudosos—. ¡Elizabeth! —Tanteó en el vacío y dio unos pasos más. De pronto, tropezó con una de las tablas, estuvo a punto de caer al suelo. Se quedó inmóvil un instante. Se llevó las manos a la cabeza y gritó.

—Munch —dijo ella.

—¿Es usted, Elizabeth?

—Igual al cuadro de Munch.

—¿Siempre estuvo allí? ¿Por qué hizo eso?

—Discúlpeme, Walbright, solo quería recordarle cuánto me necesita. Discúlpeme. —Lo tomó del brazo—. Vamos a buscar el auto, mañana tenemos que llegar a Edimburgo.

VII

Durmieron en Stow, en un «bed and breakfast» cerca de la ruta. Ella habló durante todo el viaje sobre su infancia en Norteamérica, sobre su reciente lectura de los ritos funerarios de los indios sioux, aconsejándole a Walbright algunos cambios en su conferencia, relacionando la mitología griega con las divinidades indígenas; habló sobre la muerte, sobre cómo desearía ser cremada y que arrojaran sus cenizas al mar. Walbright no intervenía.

—¿Usted qué preferiría, ser enterrado o cremado?

—Preferiría morir de muerte natural.

—Me refiero a después de eso.

—Ya sé, era un chiste.

—¿Entonces?

—Los muertos están muertos y, por lo tanto, creo que no tienen derecho a andar con exigencias.

VIII

El salón del «bed and breakfast» estaba iluminado por la luz de la mañana. En una mesa, Elizabeth movía delicadamente la vajilla del desayuno. Walbright, sentado erguido, bajaba la taza desde sus labios y la hacía coincidir con el plato con mucho cuidado. Solo se oía el tintineo de las cucharitas de los otros huéspedes. Al terminar su café, Walbright le pidió a Elizabeth que lo tomara de la mano.

—Elizabeth —dijo él—, aquí en Escocia hay un pueblo llamado Gretna Green. Durante mucho tiempo las parejas se fugaban hasta allí para que los casara un viejo herrero. Desafortunadamente, ahora no podríamos ir porque esas uniones ya no son legales, de modo que yo tendría que preguntarle si usted aceptaría casarse conmigo esta misma tarde en Edimburgo.

Ella primero se sorprendió, después se emocionó, le besó la mano, se la puso sobre la mejilla y dijo que sí, que aceptaba, que pensaba que jamás se lo pediría.

En el auto, sin que él dijera nada, ella empezó a describirle el paisaje.

—Hay unas nubecitas prolijas, como de Magritte, ya empiezan las primeras colinas verdes, ahora estamos rebasando a un camión cargado con muebles de mimbre.

Walbright oyó el ruido del motor.

—Allí lejos hay ovejas, al otro lado una cabina telefónica en el medio del campo como en las postales, un hombre haciendo dedo...

—¿Lo llevamos?

—No. Un cartel de prohibido acampar, una casa con un galpón y un tractor, un niño jugando sobre el eje de unas ruedas de carro, como de Giacometti, una bandada de pájaros...

IX

Al mediodía se registraron en el hotel Redpoint, a pocas cuadras de la Universidad de Edimburgo. La conferencia sería a las tres, cuando terminara buscarían un registro civil. Decidieron recostarse un rato. La habitación, empapelada de un color rosado e iluminada por un foco pendiente de un cable del techo, tenía dos camas y una mesa de luz. La ventana daba a la fachada de ladrillos de un edificio lindero. Elizabeth salió del baño y lo vio a Walbright sentado al borde de la cama, con su mirada de ciego como clavada para siempre en un recuerdo horrible.

—Bacon —susurró ella como para sí.

—¿Cómo dice, Elizabeth?

—Nos ha tocado una habitación con vista al parque, Walbright, a lo lejos se ve el castillo. Es una habitación prolija y limpia.

—Tiene olor a humedad.

—¿Le parece? Yo no lo siento. De todas maneras, nos quedaremos aquí solo una noche.

X

Walbright no había podido dormir la siesta. Bajo el arco de piedra en la entrada de la universidad los estaba esperando una mujer muy alta y rubia que se presentó como su anfitriona y les dijo que los acompañaría hasta el aula magna. Elizabeth se excusó; le había dicho a Walbright que aprovecharía el tiempo de la conferencia para averiguar sobre los trámites del casamiento y que lo recogería ahí mismo en una hora y media.

—Bueno, parece que lo dejó en buenas manos, Walbright —dijo mirando a la anfitriona con una sonrisa. Después, mientras le arreglaba la corbata, le susurró al oído—: Pobrecita, es una enfermedad, como de Botero, cuidado, que no se le caiga encima. —Le dio un beso en la mejilla y se despidió.

La mujer le ofreció el brazo a Walbright y caminaron juntos por el sendero del parque de entrada.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó él.

—Sharon.

—¿Y cuánto pesa?

—¿Perdón?

—¿Cuánto pesa?, disculpe mi impertinencia.

—Está bien. Peso sesenta y cinco kilos.

—O sea que es delgada.

—Sí, más o menos. Soy alta.

—Y es bonita, también, ¿no es cierto? Dígame la verdad.

—Sí, suelen considerarme bonita.

—¿Conoce un artista llamado Botero?

—No.

—Yo tampoco.

XI

El aula estaba repleta. Walbright se sentó y oyó con atención la voz amable del profesor que hizo una breve presentación. Después agradeció y empezó, como siempre, por el breve retrato de Heráclito, su origen, su relación con la filosofía de Parménides; habló del devenir, lo relacionó con el «ir hacia la muerte» de Heidegger y se detuvo de pronto. Hizo una breve pausa, quiso continuar pero apenas balbuceó unas palabras. Pidió disculpas, dijo que no podría continuar, que no se sentía bien. La anfitriona lo ayudó a levantarse. Él le pidió que lo acompañara hasta la entrada y le consiguiera un taxi. No había pasado más de media hora desde su llegada.

En el ruido de la calle, mientras la mujer lo ayudaba a subir al auto, Walbright le dijo:

—Muchas gracias, Sharon. Cuando venga mi ayudante, por favor, dígame que estoy en el hotel.

—¿Está seguro de que no quiere que lo acompañe?

—Seguro, sí, gracias.

Cerró la puerta y se acomodó en el asiento. El taxi arrancó.

—Vamos al hotel Redpoint a recoger un equipaje y después a la terminal de ómnibus.

—Muy bien, señor.

—¿Sabe usted a qué hora sale el próximo ómnibus a la isla de Skye?

—No, señor.

—¿Sabe usted algo de pintura?

—Me temo que no, señor.

—Gracias a Dios. Yo soy un hombre ciego, ¿sabe? ¿Podría decirme cómo está el cielo?

—Está nublado.

—¿Va a llover?

—Puede ser, señor, puede ser.

La virginidad de Karina Durán

I

La primera vez que la vi fue el día que me traje a casa la computadora nueva. Yo estaba abajo, cargando la caja inmensa en el ascensor cuando ella entró al edificio. Supongo que me vio en dificultades porque me ayudó con una bolsa que me faltaba cargar, se metió conmigo en el ascensor diminuto y cerró la puerta. De golpe me sorprendió lo cerca que habíamos quedado. Yo sostenía la caja medio agachado y ella tenía que pegarse de espaldas contra el espejo para no apoyarme en la cara sus enormes tetas naturales que no solo se notaban bajo su remera sino que también parecían sonar como un bocinazo de camionero, eran insilenciables, insostenibles. Subimos unos pisos sin hablar, escuchándonos respirar en el calor de diciembre, a diez centímetros de distancia, mirándonos de reojo. A mí ya no me daban más los brazos y ella se dio cuenta porque me dijo: «¿Podés?». «Sí», le dije, rápido, reafirmando la postura para demostrar que podía, como diciendo «soy flaco pero no debilucho». Y seguimos subiendo, yo cada vez más agitado, más encorvado, y ella cada vez más tetona, más grande. La computadora, ella y yo, ahí apretados en la caja del ascensor como tres microchips indispensables para que se activara el programa de lo que pasó unos meses después cuando fuimos noticia en todo el mundo.

A los pocos días de ese encuentro, llamó a casa una chica preguntando por las clases de computación. Yo había puesto carteles en algunos postes de luz por San Juan y Combate de los Pozos, también en la panadería sobre Rincón, porque la plata que mi viejo nos mandaba a mi hermana y a mí desde Madrid nos alcanzaba justo, y solo gracias a las clases yo podía comprarme discos o ir al cine. Para comprarme la computadora, había tenido que sacrificar las vacaciones. Combinamos, con la chica que llamó, para que viniera los martes y los jueves, y el primer martes, puntualmente, tocó el timbre. Cuando le abrí la reconocí: era la chica del ascensor. Comprobé que parecía sacada de «big tit amateurs» o alguna de esas secciones porno de la web donde ponen sus fotos las chicas no profesionales, porque tenía una cara inocente, de ojos claros, gordita, con hebillas, pero sobre todo por lo tetona. Vino con un cuadernito y una birome. «Soy Karina», dijo. «Yo soy Walter», dije y la hice pasar.

Le enseñé lo mismo que les enseñé a todos los alumnos. Les hago encender la computadora y empezar a aprender cosas que les resulten útiles, salteo la teoría y los hago pasar a la práctica. Karina aprendía rápido, a pesar de que nunca antes había manejado una computadora. Le gustaba cuando yo le decía que estaba haciendo las cosas bien. Sonreía, tímida. Supongo que la presencia de mi hermana —siempre estudiando en la mesa del comedor— la tranquilizaba. A las pocas clases ya estaba usando el Word y manejando archivos. Después le enseñé a meterse en internet, a chatear y a mandar mensajes. Un día preguntó para qué servía lo que estaba arriba del monitor y le mostré cómo la filmaba la cámara. Le dio vergüenza pero quedó asombrada al verse a sí misma en la pantalla. Ese fue el primer contacto entre Karina y el mundo virtual, fue como si por primera vez la cámara web, el ojo mínimo de ese bicho electrónico del tamaño del mundo, se abriera para mirarla, para elegirla justo a ella y llegar algún día a devorársela.

Al terminar la tercera o cuarta clase, me animé a invitarla a tomar helado en la azotea. Dijo que no podía, pero la clase siguiente vino más arreglada, con una vincha para el pelo. La volví a invitar y aceptó.

Repetimos varias veces el mismo programa. Hablábamos bastante —ya no me acuerdo de qué —, sentados en la azotea, al lado de los tanques de agua, cada uno con su pote de medio kilo de helado, el de ella de frambuesa y naranja («porque los no cremosos engordan menos»), y el mío de dulce de leche granizado. Estaba por cumplir dieciocho años, era un año más grande que yo, pero no parecía importarle; por lo que descubrí, estaba bastante sola, no tenía un grupo de amigas frente al cual avergonzarse por salir con alguien menor que ella. Vivía en el quinto piso con la madre y dos gatos. Sacaba fotocopias a la mañana en una librería del centro.

A la madre no la conocí hasta bastante después, pero de alguna manera estuvo presente desde el principio; yo sentía que la madre estaba ahí, en el rosario que Karina llevaba al cuello, en los límites que Karina les ponía a mis manos, en algunas de sus opiniones o sus preguntas culposas, como esa que le gustaba repetir en medio de los abrazos: «¿Vos creés que Dios nos está mirando, Walter?». «A vos, puede ser», le decía yo, «pero a mí no».

Una noche, en la azotea, entre los juegos de hacer probar al otro cucharaditas de helado, le di un beso. Lo que pasó en las siguientes semanas a partir de ahí me lo acuerdo como una sola pelea en cámara lenta, sin golpes pero con forcejeos, intentos de ganar terreno, frustraciones; una batalla desesperada contra esos límites que Karina imponía y cedía, enojada, entre jadeos: «Walter, pará. Los besos en el cuello solo hasta el borde de la remera», «las caricias solo por encima de la remera, Walter», «besos sí, pero movimientos pélvicos, no», «la mano abajo del corpiño no, Walter», «por abajo de la remera pero sin levantarla»; y después en el departamento cuando no estaba mi hermana: «solo con la luz apagada», «solo con la luz del baño prendida, Walter», «los dos sin remera pero sin desabrocharnos los pantalones, Walter, prometeme» y ahí me estangué, no lograba hacerla pasar de ese punto: ella con sus tetas desnudas, enormes, respirando agitada, pero con los malditos jeans puestos, inamovibles como una gruesa piel azul impenetrable. Una especie de sirena.

No había manera de convencerla. A veces yo me hartaba y discutíamos; ella terminaba llorando, diciendo que era por su madre, no por ella. Parece que iban al mismo ginecólogo, un viejo médico de familia, que se podía dar cuenta si ella perdía la virginidad. Me contó que la madre le decía «Tu único tesoro es la virginidad». Porque no tenían plata, ni auto, ni podían tomarse lindas vacaciones, pero Karina tenía su virginidad y eso, según su madre, algún día un hombre lo iba a saber valorar a la hora de casarse. Yo le dije que lo que pasaba era que su madre había sido madre soltera y tenía miedo de que a su hija le pasara lo mismo. Me dijo que eso ya lo sabía. Le dije que si su miedo era quedarse embarazada podíamos usar algún anticonceptivo. Me dijo que no era eso. Yo sabía que el tema de la virginidad para las chicas era más complicado, porque en los varones también puede ser un problema, pero no es tan secreto y enredado. Una vez, tratando de hablar por encima de la música en una rave a la que me llevó un amigo, le pregunté a una chica: «¿Tenés email?». Y me dijo: «¿Qué te importa si tengo himen, tarado?».

Ese amigo que me llevó a la rave se llamaba Rana (hablo de él en pasado porque ahora estamos peleados y no sé si seguiremos siendo amigos). Rana, cada vez que hablábamos de la dificultad para conseguir chicas que quisieran coger, decía que tal vez teníamos que resignarnos a la masturbación o incluso llevarla con orgullo. Decía que él iba a ser el fundador de una agrupación de masturbadores globales, para defender los derechos de los masturbadores, porque cada vez que alguien le decía «pajero» él como masturbador se sentía discriminado. Entonces

imaginábamos marchas de orgullo onanista, un «mastur-pride parade», remeras con inscripciones como «I love my hand» o «No *jodemos* a nadie», miles de hombres y mujeres que prefieren la pornografía, el erotismo virtual, exigiendo el derecho de masturbarse sin culpa, sin condena social, y no como último recurso de descarga sino como preferencia sexual. Conseguiríamos que por los medios de comunicación, respetuosamente, al masturbador confeso se lo llamara «autosuficiente». «Se realizó hoy en nuestra ciudad una marcha de autosuficientes...» Y pensábamos que por fin nos veríamos la cara los millones de personas que en la intimidad formábamos parte de una misma comunidad sin saberlo. La masturbación dejaría de ser un vicio solitario para ser una forma de placer simultáneo con los demás miembros de la hermandad, y se organizarían multitudinarias pajas sincronizadas, millones de personas, cada uno en la privacidad de su casa frente a una misma imagen de dioses y diosas porno de la web, alcanzando todos juntos el primer orgasmo global y simultáneo de la historia de la humanidad.

Pero ni Rana ni yo nos creíamos el cuento. Yo estaba totalmente obsesionado por concretar con Karina. Por fin había encontrado una mujer de carne y hueso, real y bien dotada, a la que podía abrazar y besar, podía sentir su cuerpo al lado mío y sin embargo me parecía que estábamos muy lejos, separados por esa tela fuertísima inventada para resistir los trabajos más duros de los cowboys americanos. Yo tenía pesadillas con paredes azules de jean con bolsillos y remaches de acero; puertas clausuradas, fronteras, barreras de jean. Durante semanas y semanas Karina no quiso sacarse los jeans. Yo estaba malhumorado, mascando bronca. Me giraba en la cabeza la idea de la virginidad como un tesoro, y sentía la frustración física en el dolor de bolas que provoca estar durante horas apretando sin acabar, esa sensación que en inglés llaman «blue balls», «bolas azules». La virginidad de Karina era un tesoro y yo era el pirata que venía a arrebatárselo. El pirata Bolas Azules. A veces me preguntaba cuánto valdría ese tesoro.

Una noche, frustrado, después de alguno de esos forcejeos inútiles, mientras entraba en *rematando.com* para vender mi computadora vieja, se me ocurrió la famosa idea. ¿Qué pasaría si Karina ofrecía su virginidad en un sitio de remates de internet? ¿Cuánto podrían llegar a ofrecer? Empecé a llenar los datos, tratando de ser preciso:

Categoría:

No sabía en qué categoría se podría poner la virginidad. Busqué las opciones: ¿*Animales y mascotas*? No. ¿*Arte y antigüedades*? No. ¿*Audio, foto, TV y video*? No. ¿*Autos, motos y barcos*? No. ¿*Coleccionables*? Podría ser, hay gente para todo. ¿*Computación*? No. ¿*Deportes*? También, podría ser. ¿*Estampillas, monedas y billetes*? No. ¿*Films y música*? No. ¿*Juegos, juguetes y hobbies*? «Hobbies» es bastante amplio. ¿*Libros y cómics*? No. ¿*Relojes, alhajas y fantasías*? «Alhajas» le gustaría a la mamá, pero tal vez sería mejor «fantasías». ¿*Telefonía*? No. ¿*Vinos, alcoholes y exquisiteces*? ¿«Exquisiteces»? Puede ser, pero no sé si da. ¿*Otros*? Sí. Otros

Categoría: otros

Vendedor: Karina Durán

Título: virginidad

Descripción: virginidad intacta, verdadero tesoro

Garantía: certificado ginecológico

Antigüedad: 17 años

Políticas de pago: todas

Tipo de remate: normal

Cantidad: 1

Precio inicial: \$ 500

Mínimo a ofertar: \$400

Tiempo restante: 14 días

Ubicación: Bs. As. Cap. Fed.

Tipo de producto: nuevo

Pedían una foto del producto así que busqué alguna imagen de mujer amateur que tuviera un cuerpo parecido al de Karina y, cuando encontré una, la truqué con el Photoshop y le puse una imagen de la cara de Karina que tenía en las pruebas que habíamos hecho con la cámara. Quedó perfecta, la superposición no se notaba, parecía realmente Karina, sentada en la cama, cubriéndose el pubis virginalmente con un ramito de flores y ostentando unas excelentes tetas, tal vez más lindas, incluso, que las reales.

Pero no lo mandé. Quedó ahí en la memoria de mi disco duro, hasta unos días después cuando Karina bajó porque quería hablarme. Cuando le abrí, noté que la cosa venía mal, ella miraba para abajo, estaba pálida. En la cocina, me dijo que no podía seguir saliendo conmigo, que alguien del edificio nos había visto en la azotea y se lo había contado a su madre. Le dije que era una cobarde porque no se animaba a enfrentarla. Me dijo que no podía. Le dije que no había nada de malo en lo que hacíamos, que en todo caso lo anormal era no tener relaciones, que ella ya estaba grande y era hora de que hiciera lo que tuviera ganas de hacer. «Es que vos no la conocés a mamá», me dijo. Yo le dije que tal vez, en realidad, no me quería y se fue llorando. Fue todo bastante ridículo.

Esa noche, navegando con bronca en internet, cuando estaba por borrar las entradas hechas esa semana, encontré el aviso en *rematando.com*. Simplemente apreté «enviar» y puse a remate la virginidad de Karina. No me imaginé nunca que ese clic en el mouse, ese movimiento diminuto de mi dedo índice, iba a ser como la piedra que desata una avalancha, nos iba a cambiar la vida a todos, iba a convertir nuestras intimidades de dos ambientes, nuestras viditas de paquetitos de rotisería y jabones gastados, en un gigantesco y estúpido circo global.

Al día siguiente de haber mandado el aviso, me fijé si figuraba. Yo pensé que no iba a estar porque, por más de que *rematando.com* decía no hacerse responsable por la mercadería que la gente vende a través de ellos, pensé que tenían algún filtro para evitar cosas ridículas. Pero evidentemente la información sube de manera automática: ahí estaba la virginidad de Karina entre telescopios, cursos de tarot, equipos para tatuar, sillas de ruedas, videntes naturales, globos aerostáticos y demás inclasificables. En *ofertas realizadas*, por ahora, no había ninguna.

A mediodía, como hacía tanto calor (era un miércoles de enero en Buenos Aires) me metí en la bañera llena de agua fría. Me dejé flotar con los oídos dentro del agua, escuchando mi respiración y los ruidos del edificio como si todo sucediera dentro de mi cuerpo. Cerré los ojos y me empecé a imaginar que me venía a buscar la policía, que me llevaban así como estaba, en traje de baño, mojado, y me subían a un patrullero, esposado. Me imaginé que la policía entraba al baño. Cuando abrí los ojos Karina estaba parada al lado de la bañera, mirándome. Pegué un salto. Tenía cara de perdida, o de loca, como alguien que está dispuesta a hacer cualquier cosa. Estaba con un bolsito al hombro. «Me peleé con mamá», me dijo y empezó a llorar y se le salieron los mocos de una manera patética.

En el living, mi hermana le dio un té, y Karina se tranquilizó un poco, pero no quería hablar. Mi hermana tampoco le preguntó demasiado. Al rato tocaron la puerta y Karina se tapó la boca, asustada. Era su madre. Le hice señas a mi hermana para que no abriera y la madre de Karina empezó a decir en voz alta que sabía que estaba conmigo y que iba a llamar a la policía. Después se fue. «Va a llamar en serio», dijo Karina. Mi hermana le dijo que tenía que volver a su casa, que si su madre volvía, le iba a abrir. Yo no sabía qué hacer. Tenía ganas de que se volviera a lo de la

madre. El tema del bolsito me ponía un poco nervioso, parecía tan terminante. La acompañé hasta el ascensor y entonces me pidió al oído que me fuera con ella, me lo pidió con una voz que nunca le había escuchado antes, tenía algo de súplica y a la vez algo sexual. Esa tarde nos fuimos juntos.

Primero deambulamos hasta desembocar en plaza Congreso, después subimos por Corrientes. Las calles estaban medio vacías, como un pueblo de provincia, porque mucha gente se había ido de vacaciones. Por el calor, de lejos, el asfalto en las avenidas se borroneaba con un espejismo de agua. Nos metimos en el shopping del Abasto; adentro, el aire acondicionado era un alivio. Me acuerdo de que ese día estábamos contentos. Una imagen que me quedó grabada es el reflejo de los dos, subiendo por una escalera mecánica, vistos desde arriba en un espejo del techo.

No sabíamos qué íbamos a hacer. Karina sabía que no quería volver. Pero no sabíamos dónde íbamos a dormir. La primera noche nos quedamos despiertos, primero haciendo tiempo en una pizzería y después dando vueltas por el centro, mirando de reojo cuando pasábamos por las escaleras del subte con gente durmiendo en los escalones. No decíamos que teníamos miedo, pero cada uno lo sabía, no hacía falta decirlo. Estuvimos despiertos hasta que amaneció y después nos quedamos dormidos sobre el pasto en la plaza Las Heras.

Antes del mediodía me despertó un perro que me vino a olfatear, un bóxer como el que tenía Laura, la segunda mujer del viejo. Por un momento pensé que estaba en el jardín de la casa de ella, en Ranelagh. La desperté a Karina. Estábamos malhumorados, sofocados por el calor. Karina estaba rosada, con el pelo de la nuca pegado a la piel. Nos habíamos quedado dormidos al lado del pesebre de Navidad que todavía estaba armado en la plaza. Casi no se podía respirar, el aire era una masa caliente en la que uno estaba atrapado. Me acuerdo de un taxista frenado en el semáforo, sacando el brazo por la abertura del techo; era como el brazo de un ahogado. Nos mojamos la cabeza con un regador y fuimos a un bar para ir al baño y tomar un café con medialunas.

De a ratos no podíamos creer lo que estábamos haciendo. A veces nos reíamos o nos mirábamos contentos a los ojos, y a mí se me venía encima el aviso en *rematando.com* y me agarraba la punzada de la culpa. No me animaba a decirle lo que había hecho y me preocupaba que ella se enterara si el chiste llegaba a trascender. En un momento le propuse que nos fuéramos a la costa, a Miramar o a San Clemente. No estaba seguro de cuánta plata me quedaba del último giro del viejo, tal vez podíamos irnos un par de días. Pero Karina no se animaba.

Nos metimos en un cajero automático para sacar plata. Después fuimos a otro shopping a refugiarnos del calor, pero no me acuerdo cuál era porque todos los shoppings a los que entramos esos días se me mezclan en el recuerdo, como si nos hubiéramos metido durante una semana en un solo shopping gigantesco, de pasillos y niveles infinitos, como una ciudad de cristal por la que paseamos, disfrutando del aire acondicionado, caminando entre vidrieras con cosas que no nos íbamos a comprar, revolviendo disquerías, dándonos unos largos besos de lengua que hacían dudar a los guardias si eso estaba o no permitido en las instalaciones.

La segunda noche, cuando nos echaron del shopping de vuelta al calor oscuro de la calle, yo tenía ganas de irme a casa, dormir en mi cama, pero Karina no quería ni acercarse a San Cristóbal. Lo único que se me ocurrió fue llamarlo a Rana para que nos dejara dormir en el local vacío que tenían sus viejos sobre la calle Viamonte. Habían puesto un videoclub que duró dos años hasta que se fundió y desde entonces el local estaba vacío, no lograban alquilarlo. Rana siempre amenazaba con usarlo de bulín, pero decía que nunca conseguía la «materia prima». Lo llamé desde un teléfono público; me costó convencerlo, le dije que estaba con una chica y que necesitaba el local, y al principio se enojó, parecía ofendido, después me preguntó si no tenía una

amiga para él. Le dije que, en realidad, nos habíamos escapado y necesitábamos escondernos. Al final aceptó darme la llave y quedamos en encontrarnos frente al local.

Eran las once de la noche. Pasamos por una rotisería y compramos comida para llevar. Caminamos mientras yo trataba de acordarme dónde quedaba. Era difícil de encontrar porque estaba repleto de locales vacíos, en venta o en alquiler. El de los padres de Rana tenía una reja de rombos y el vidrio pintado con esa pintura blanca en la que a veces los pintores, o no sé quiénes, escriben o dibujan con el dedo, del lado de adentro, cosas que quedan al revés. Esperamos un poco hasta que Rana llegó corriendo. Se notaba que estaba de lo más excitado, pero nos saludó haciéndose el calmo, como si siempre viniera a abrir el local para que se metieran sus amigos con sus novias. Me empezó a hablar, sin poder evitar echarle miradas relámpago a Karina. Después nos abrió la puertita petisa de la reja y la de vidrio. Karina entró primero y Rana aprovechó, cuando ella no veía, para hacerme ese gesto de fruncir el ceño, morderse el labio y ponerse las dos manos delante del pecho como diciendo «¡Qué tetas tiene!». Sin acusar recibo, yo lo hice pasar a él primero y aproveché para darle una buena patada en el culo. Adentro del local, con la luz entre violeta y verdosa que venía de la calle, se veían los estantes vacíos y el mostrador. Rana nos dijo que atrás había un bañito y un cuarto con unas cajas. Nos pidió que dejáramos la luz apagada para que no se notara que había gente, y que nos fuéramos a la mañana, antes de las nueve, por si venían de la inmobiliaria con clientes que querían alquilar. Karina estaba más tímida que nunca. Rana seguía hablando pavadas, se notaba que buscaba temas a la fuerza. Me empezó a preguntar cualquier cosa, como cuándo me iba a poner a estudiar las materias que me había llevado a marzo, porque a él le daba fiaca y quería estudiar conmigo. Yo le hacía caras para que se fuera pero en la penumbra me parece que no me veía. Al final, con algunas indirectas, entendió, me dejó las llaves y se fue.

Yo fui al baño y, cuando volví, Karina estaba poniendo la comida sobre el mostrador, como si pusiera la mesa en su nidito de amor: desplegó el papel de la rotisería como mantel, puso los platos y los cubiertos de plástico, las bandejitas de comida en el medio, las servilletas de papel dobladas en triángulo... Levantó la mirada y me miró orgullosa. Me parece que yo tenía que sentir ternura o algo así, pero en realidad por adentro estaba pensando «Ahora la gorda quiere jugar a la casita. Qué hago acá, por favor». No sé por qué de a ratos me agarraba esa sensación de rechazo que terminaba dándome culpa, porque, en realidad, muchas veces hasta me parece que yo a Karina la quería. Supongo que eran como oleadas de bronca por estar metido con ella en esa situación deprimente.

Después de comer, desarmé las cajas de cartón que estaban en el fondo para ponerlas en el piso y no sentirlo tan duro al acostarnos. La situación prometía: Karina se había peleado con su madre para escaparse conmigo, estábamos solos, en un lugar cerrado, apasionados por la valentía de la fuga... Pero otra vez, entre los besos y las caricias desesperadas, apareció el «no» absoluto, invencible, de Karina. «Mejor, cuando estemos en un lugar más lindo, Walter. Quiero que sea especial.» No discutí pero tuve ganas de irme, dejarla ahí, encerrarla. Me quedé boca arriba callado, mirando la penumbra cambiar de violeta a verde por algún cartel de neón. De vez en cuando, pasaba el 29; yo lo oía acercarse por el cajón oscuro de la calle, con ese ruido de motor automático a fondo. El ruido crecía y estaba por pasar como un trueno, empezaban a temblar los vidrios como una catástrofe que se acercaba y a mí me daban ganas de que nos pasara por encima a los dos y nos borrara, pero seguía de largo, invisible, hasta perderse entre los otros ruidos de la ciudad, lejos.

«¿Podés dormir?», dije y Karina no me contestó. La miré: dormía como una virgen, si es que

las vírgenes duermen de alguna manera especial. Eso me hizo sentir solo. Era como si ella se hubiera ido, dejándome al cuidado de su virginidad; yo que quería ser el pirata de su virginidad, ahora era el custodio, despierto, haciendo guardia junto a su tesoro, a las dos de la mañana en un local abandonado del centro. El tesoro de Karina que, esa misma noche ya valía unos 500 pesos, después de haber salido en un programa de televisión entre las curiosidades de internet. Me contó después mi hermana que en *Los dementes*, en canal 7, esa misma noche, mostraron el aviso que yo había puesto en *rematando.com*, lo leyeron y entre carcajadas y chistes sobre cuál de los panelistas iba a ser el comprador, hicieron una vaquita y mandaron la primera oferta.

II

Walter me enseñó que *web* quiere decir telaraña, Walter me metió en esta telaraña en la que estoy atrapada desde entonces. No entendió que al poner mi virginidad a remate me remataba a mí. No entendió que yo soy mi virginidad.

A mí me gustaba que supiera inglés, que me enseñara computación, que usara bermudas, que fuera de Tauro, que se fijara en mí. Cuando mamá me dijo que no tenía que verlo nunca más, preferí escaparme con él. Nos fuimos juntos y dormimos en un negocio vacío durante dos semanas. Fue en ese período cuando empezó realmente a interesarme el poder que yo tenía, la fuerza que a él lo obligaba a insistir de esa manera. Porque Walter quería hacerlo, siempre quería. Yo había notado antes ese poder, cuando caminaba por la calle en remera y a mi paso se producía entre los hombres un remolino extraño; a veces los colectiveros tocaban esa bocina que suena como un silbido o algún auto en el semáforo hacía luces cuando yo cruzaba la avenida. También estaban los piropos que no lograba entender, esa violencia pegajosa, esa lamida verbal, que me dejaba temblando de bronca. ¿Qué era eso que yo provocaba en los hombres? ¿Realmente mis medidas podían alterar de esa manera la conducta de otras personas?

Con Walter lo volví a experimentar. Se quedaba bizco mirándome. Había algo más fuerte que él, algo que lo llevaba a insistir como lo hacía, a avanzar sobre mí, a humillarse, a soportar sin cansarse los rechazos. Una mañana durante nuestra fuga, nos fuimos a una plaza, donde habíamos dormido unos días antes. Yo me quedé a la sombra de un árbol y Walter se fue a caminar. «Voy a dar unas vueltas», me dijo, y yo me di cuenta de que iba a mirar mujeres. Estaba lleno de gente tomando sol: chicas en bikini, señoras grandes muy quemadas, hombres en slip. A mí me daba vergüenza mostrarme de esa manera, a la luz del día, sin nada que me separara del contacto de las miradas. Porque siempre me pareció que los ojos pueden tocar. Por eso nunca lamenté no poder ir a la playa en verano. De hecho, yo no había querido que nos escapáramos a la costa con Walter para no tener que ponerme una malla. Y ahí en la plaza hacía tanto calor y era tan raro ver a la gente, un día de semana en la ciudad, medio desnuda, con sus sillitas playeras. Cerca de una barranca que da a la avenida, había dos hombres tirados en el pasto, vestidos con zapatos, pantalón y camisa, lejos uno del otro, pero los dos mirando todo el tiempo a una misma chica rubia que tomaba sol boca abajo con el corpiño del bikini desabrochado. Parecían esos animales de los documentales, cuando cazan en grupo y están inmóviles, a punto de atacar a la presa. Volví a sentir ese poder, me dio impresión, ganas de ir a decirle a la chica que se cuidara. Me costaba entenderlo. Walter era como ellos, como un animal, caliente, de mirada hambrienta. Cuando volvió, le pedí que fuéramos al shopping.

Al rato de estar dando vueltas, el olor del patio de comidas y las muestras gratis de perfume me dieron náuseas. Sentía que había una carga sexual cada vez más fuerte en el aire, algo que no podía controlar. No sabía que mi virginidad estaba aumentando de precio en internet (Walter no se había animado a decirme lo que había hecho), pero era como si yo hubiera podido intuirlo. La sexualidad reprimida, asfixiada, en el departamento con mamá durante tanto tiempo, empezaba ahora a expandirse y a provocarme cosas raras. Hasta entonces me había parecido ridículo que entre todas las formas que tienen dos personas para relacionarse eligieran frotarse esas partes, justo esas. Me parecía asqueroso. Pero ese verano algo empezó a cambiar, porque empecé a tenerle menos miedo al poder de atracción que ejercía sobre los hombres.

No sé exactamente en qué momento se habrá enterado Walter de que el aviso que él había puesto en internet estaba saliendo en televisión, tampoco sé si, en alguno de los llamados que le hizo a su hermana, ella se lo habrá dicho. Yo estuve sin saberlo varios días. Parece que después de salir en un programa cómico de la noche, salió en un noticiero como la nota insólita del día, una de esas notas de color que ponen cuando no pasa nada durante las vacaciones, como cuando se escapan por la autopista las vacas de un camión jaula o una mujer tiene el bebé en un patrullero.

Pero antes de eso, la vimos a mamá en otro noticiero mostrando una foto mía, diciendo que me estaba buscando. Veníamos caminando por la calle y, cuando pasamos por una vidriera de una casa de electrodomésticos, yo me quedé helada: en todas las pantallas de los televisores apilados había una imagen mía en mi cumpleaños de quince. No lo podíamos creer. Nos quedamos con Walter mirando. A pesar de que no escuchábamos lo que decían, entendimos que mamá me estaba buscando. Yo ya no estaba parecida a esa foto, no entendía por qué no había elegido una más actual. Supongo que la traicionó el orgullo que le daba mi aspecto con el vestidito blanco y la torta de tres pisos al fondo. Parecía tener más ganas de mostrar esa foto que de encontrarme. También pasaron una imagen de video en blanco y negro que tardamos en reconocer: éramos Walter y yo en el cajero automático, filmados por la cámara de seguridad.

Esa noche, después de comprar algunas cosas en el supermercado, nos hicimos un cambio de imagen para que no nos reconocieran. Nos divertimos. Yo me puse una pollera estampada, sandalias, anteojos de sol y, en el baño del local, le pedí a Walter que me ayudara a teñirme el pelo con una tintura color caoba. Después él me pidió que lo rapara. Tenía el pelo bastante largo, medio rubio. A mí me gustaba, pero él decía que prefería pasar de golpe a rapado que tener el pelo corto y prolijo. Así que primero se lo corté y después lo afeité. Quedó muy mal, muy flaco. Parecía otra persona. La cabeza desnuda daba pudor, era como si le hubieran crecido las orejas. A mí me dio un poco de rechazo y traté de disimular.

Cuando nos fuimos a dormir, Walter empezó otra vez con sus avances. Habíamos ido por separado al súper y él había comprado una colchoneta de esas para hacer gimnasia. Cuando nos encontramos a la salida y lo vi aparecer con eso bajo el brazo, me adivinó la cara y me dijo «Para dormir». Así que estábamos tirados en la colchoneta en el local y empezó a acariciarme las piernas por primera vez —porque nunca me había visto sin jeans— y me dijo que era como si hasta entonces yo hubiera sido una sirena y ahora de golpe fuera una mujer de verdad, con piernas, «con muslos suaves», dijo. Era capaz de decir las cosas más poéticas con tal de conseguir lo que quería. Una vez me habló un rato largo sobre la soledad existencial y cómo lo único que nos curaba de esa soledad era la comunicación perfecta del amor físico durante las relaciones sexuales. Pero esa noche, cuando su mano empezó a subir para tocarme *ahí*, yo volví a sentir mi poder, el límite absoluto de mi *no*, y lo frené. Hizo un escándalo. Me empezó a decir que se estaba jugando por mí, que se había rapado por mí, que había gastado plata en esa colchoneta y yo no le

daba nada a cambio. Me quedé fascinada mirándolo durante ese ataque de nervios que le agarró, realmente estaba como un drogadicto con síndrome de abstinencia, desesperado, intoxicado por la testosterona, rapado, caminando por el local como un demente, agonizando bajo mi poder. Cuando me dijo que tenía ganas de volver a su casa, le dije, para que se tranquilizara, que por unos días no podíamos hacerlo porque yo estaba con la menstruación (le mentí), pero que después ya íbamos a poder. Me preguntó cuántos días había que esperar. Cinco, le dije y se tiró a dormir con bronca al lado mío, resignado como un perro ante la puerta, dispuesto a esperar.

Al periodismo le llevó muy poco tiempo unir la historia de la niña perdida con el aviso en *rematando.com*. La historia de la chica que se escapa de la casa y ofrece su virginidad por internet les encantó. Pensaban que yo misma había puesto el aviso. Mamá me contó que se enteró porque la llamaron por teléfono. La llevaron al canal y tuvieron que mostrarle la página web para que entendiera. Pero no lo podía creer. En el aviso, Walter había puesto una casilla de correo electrónico a mi nombre para comunicarse. Después me enteré de que había mensajes de mamá pidiéndome que volviera, mensajes de hombres curiosos, de periodistas, de todo. A veces íbamos a los cibercafé de los shoppings y Walter se metía en algunas páginas, pero a mí internet en esa época no me interesaba en lo más mínimo, así que daba vueltas, miraba las vidrieras con esa ropa para anoréxicas y me comía algo a escondidas en alguna casa de tortas. Mientras tanto Walter seguramente entraba a *rematando.com*, miraba las ofertas realizadas y contestaba algunos mensajes, quizá sin saber que el tema estaba saliendo por televisión. Creo que la frustración de no poder acostarse conmigo lo llevó a seguir adelante con su gran chiste. Varias de las cosas que respondió después salieron en los diarios. Un e-mail me preguntaba dónde estaba, y yo contestaba (era Walter el que contestaba) que estaba en el ciberespacio, que me había salido de la realidad para subirme a la realidad virtual y que sólo me bajaría cuando se definiera el mejor postor.

Los medios entraron en el juego. La historia crecía, porque las ofertas crecían, porque los noticieros no tenían nada más que contar, y sobre todo porque no nos encontraban físicamente. Era difícil que nos encontraran porque, como sabíamos que estaban buscando a una pareja, caminábamos alejados uno de otro; además estábamos irreconocibles, yo con mi atuendo raro, con anteojos y pollera, y él con unos pantalones de gimnasia largos y un gorrita de visera tapándole la cabeza rapada.

Mamá mandó una carta documento pidiendo que bajaran la página de internet, pero *rematando.com* alegó que la información acerca de los anunciantes era confidencial, que no tenían derecho a alterar la información de los avisos y que ellos no se hacían cargo de lo que se ofrecía en el espacio que brindaban. La verdad era que les convenía toda la publicidad que les estaba dando el escándalo y no pensaban desaprovecharlo. Y no solo eso, sino que además ellos mismos empezaron a hacer ofertas falsas de mil o dos mil pesos para llamar más la atención. Nadie quería que se detuviera la historia, todos querían que creciera para ver hasta dónde podía llegar. Solo mamá se oponía, mandaba cartas documento para todos lados y decía que Walter me había raptado.

A todo esto, Walter no estaba tan equivocado con la idea de que yo estaba en el ciberespacio, porque no tenía ni idea de lo que estaba pasando. Una noche cuando volvimos al local, encontramos una nota que nos había dejado Rana, el amigo de Walter. Nos preguntaba si nos habíamos visto en los noticieros. Él se refería al escándalo del remate y yo pensaba que era porque nos estaban buscando. Me preocupé y le dije a Walter que si quería podíamos volver. Pero él ahora no quería. Creo que estaba asustado. Si volvíamos, yo me iba a enterar de lo que él me había hecho, entonces se iba a saber que había sido él quien puso el aviso y supongo que tenía

miedo de ir preso, aunque no sé si sabía la dimensión que estaba tomando el asunto.

El motivo de nuestra fuga había cambiado: había empezado siendo mi rebelión contra mamá y ahora era el miedo de Walter a afrontar los efectos de ese chiste horrendo que se le había ido de las manos. Pasaron algunos días. Me acuerdo del calor en la calle como una lona caliente que se nos caía encima, del chillido de las zapatillas de Walter contra el piso lustroso de los shoppings, la sensación de estar moviéndonos todo el tiempo, tomando colectivos, yendo a las plazas, tratando de no repetir lugares para que no nos ubicaran. Una vez fuimos al Tigre, otra vez a La Plata. El día de mi cumpleaños, un sábado en Parque Centenario, yo agarré una cachorrita blanca que estaba en una caja con otros cachorros que vendía un señor. Walter me la regaló. Después de pensar un rato el nombre, Walter la bautizó Arroba.

Por momentos yo sentía que ya era suficiente con la fuga. El día de mi cumpleaños pensé bastante en mamá y me empezó a dar lástima. Iba a tener que enfrentarla de una vez. Porque en realidad, no nos habíamos peleado. Ella me dijo en tono amenazador que no lo podía seguir viendo a Walter y yo por toda respuesta me escapé, pero nunca pude contestarle nada.irme fue la única manera que encontré para contestarle. Es que con mamá no se podía dialogar. Todo era mandato, consejo, advertencia. Todo era zona de peligro, desconfianza. Era horrible comer juntas en silencio, pensando un tema de conversación pero ya previendo la respuesta censurante y entonces seguir callada, mejor, sin decir nada. «Dios nos está mirando», decía a veces mamá en medio del silencio, y entonces yo seguía sin hablar pero actuando para Dios cada uno de mis gestos.

A pesar de todo yo tenía ganas de volver. Tener la cachorrita me tranquilizó un poco. Walter quería conservarme en ese estado de ignorancia, en ese limbo online. Él sabía que no podía durar la cosa pero la alargaba con tal de no enfrentar las consecuencias.

Las ofertas en internet seguían creciendo. Todos echaban leña al fuego para que la historia aumentara. Un chileno ofreció cuatro mil dólares por mi virginidad. Nadie estaba seguro si era en chiste o en serio. Una agencia de noticias argentina distribuyó la noticia hacia otros países. *rematando.com* recibía casi cien mil clickeos por día. Por curiosidad la gente entraba a ver la página donde estaba el aviso.

Todo esto es difícil de contar, no solo porque sucedió como una explosión de variables, con ramificaciones y consecuencias lejanas, sino también porque yo me enteré casi al final del episodio. Más tarde leí diarios y vi algunos videos de programas que mamá grabó. En algunos videos aparece mamá en distintos noticieros con auriculares puestos, sentada en casa, con las plantas del living de fondo, dialogando vía satélite con el periodista del piso. Mamá diciendo que de ninguna manera yo iba a ofrecer mi cuerpo, que era un disparate, que no entendía cómo podían darle tanta trascendencia a una travesura de dos chicos. Pero por otro lado, el periodista le recordaba que yo acababa de cumplir 18 y le leía lo que supuestamente yo había contestado vía mail (cosas que escribía Walter en los cibercafés): que el ofrecimiento de la virginidad era real, que el lugar de entrega sería en la Argentina en un hotel por acordar con el mejor postor cuando cerrara el remate. Y todos jugaban a creérselo: los periodistas cada vez con menos simpatía y más gravedad moral, como si estuvieran realmente preocupados; el sitio de internet con frialdad profesional, como si no les resultara beneficioso que el asunto estuviera en boca de todos, y Walter ya lanzado, dispuesto a que se creyeran que era yo realmente la que hacía el ofrecimiento. Todos alimentaban el tema porque les convenía.

Antes de la oferta final del holandés Van der Honing, cuando faltaban cuatro días para el cierre del remate, un americano de Texas, grandote y rosado, ofreció cinco mil dólares, pero su

foto estuvo solo un día en el diario porque enseguida lo desbancó otro americano de Florida con una oferta de seis mil quinientos. Probablemente alguna de esas ofertas las haya hecho el sitio mismo para inflar el asunto. Muchas cosas deben haber sido falsas, incluso esa oferta de siete mil en nombre del Vaticano, con el propósito de que yo me conservara virgen. Era obvio que la había hecho algún hacker pero, por supuesto, un diario aprovechó para sacar un titular que decía: «Ahora la Iglesia defiende la virginidad de Karina».

Los últimos videos casi no los pude mirar porque a mamá se la ve vencida, y los periodistas la agreden preguntándole por qué su hija se prostituye por internet. Seguramente, a una mujer con su marido al lado no la hubieran tratado así.

Por lo visto, los medios ya estaban tras nuestros pasos con más energía que la policía. Algunas de mis compañeras de clase dieron notas y mostraron fotos del curso, hablaron de mí como una chica retraída y callada cuando, en realidad, eran ellas las que me rechazaban y se negaban a hablarme. También la hermana de Walter se dirigió a nosotros mirando a cámara, pidiéndonos que volviéramos, en un programa del mediodía, sentada en un sillón diminuto al lado de mamá.

A todo esto, la relación con Walter se puso difícil. Estaba enojado, o quizás asustado, y no me decía por qué. Se le estaba acabando la plata y no nos aguantábamos más el local. Yo pensé en buscar trabajo. Tal vez sacar fotocopias: el único trabajo que había aprendido a hacer. Mientras cursaba a la tarde el último año del secundario, había ido a trabajar todas las mañanas a una librería del microcentro. También la había ayudado a mamá, en una época, a armar bolsas de papel para las casas de ropa, pero fue un tiempo nomás. No me sentía capaz de hacer otra cosa y no se me ocurría nada. Tomar clases de computación con Walter había sido una idea de mamá, porque en los trabajos pedían conocimientos básicos de informática. Según sus planes, ella suponía que después de las clases yo iba a poder conseguir «algún trabajo digno». Nunca se imaginó las derivaciones que tendría su ocurrencia de capacitarme en computación.

Le propuse a Walter que buscáramos trabajo, pero a él la idea le pareció todavía más imposible que a mí. Y así estuvimos, entre la comida de rotisería y los baños «por partes» en el bañito del local, yo sin ninguna expectativa de nada y él con la esperanza de que yo cediera a sus avances. Después del período de cinco días que yo le había dicho que teníamos que esperar por la menstruación, volvió a intentar y yo lo volví a frenar, cosa que lo puso de pésimo humor. Casi no nos hablábamos. Los últimos días, él entraba a los shoppings solo y yo me quedaba en alguna plaza jugando con Arroba. Más de una vez pensé que no iba a volver a buscarme. Pero siempre volvió.

El gran final lo preparó la producción del programa de Cacho Puente, en canal 9. Primero pusieron a Boris van der Honing, el holandés que supuestamente había ofrecido diez mil dólares por mi virginidad, en una mitad de la pantalla, en comunicación vía satélite con mamá que ocupaba la otra mitad de la pantalla junto a la intérprete. No se entendieron mucho, mamá decía que era absurdo, que ese hombre no me iba a tocar un pelo y Boris balbuceaba unas palabras en holandés superpuestas con la traductora que no escuchaba bien. Un desastre. Se suponía que Boris era un millonario de Rotterdam y todos se lo creyeron, incluso mamá. Después, el mismo programa lo trajo a la Argentina. Ahí fue cuando mamá y Boris se conocieron.

El día que se cumplió el plazo del remate fue el 6 de febrero. Esa noche le había dicho a Walter que quería volver a casa. Él estaba sentado en el suelo, tomando cerveza y escuchando el walkman. Yo había juntado unos diarios viejos para cambiarle a Arroba el piso de la caja donde dormía. Cuando desplegué una de las hojas vi mi foto, la que mostraba mamá de mi cumpleaños

de quince y al lado la foto trucada que había hecho Walter donde parece que yo estuviera desnuda, arrodillada sobre la cama tapándome apenas con un ramito de flores. El título decía «La chica de los 10 mil dólares». Leí la nota y no entendí. Me asusté mucho. La foto de quince para localizarme era razonable, pero esa otra foto falsa y toda esa historia del remate no tenían sentido. Era como si me hubiera pasado algo terrible y yo misma no lo supiera, algo incoherente, como haber tenido un accidente y enterarse por el diario. Se lo mostré a Walter y se puso pálido. Le pregunté si sabía qué era eso. Como no me contestó, me di cuenta de que algo sabía y le grité para que me lo dijera. Entonces me contó todo sin mirarme a los ojos. Yo lo escuché asustada. No sabía qué iba a pasar. Me podría haber dicho que me iban a matar y le hubiera creído. Me puse a llorar, lo insulté, le pegué, le dije que no tenía derecho a hacerme una cosa así. «Sos un cobarde asqueroso», le dije, «como no pudiste acostarte conmigo, me hiciste violar por el mundo entero».

La alcé a Arroba y salí. En ese momento apareció la policía y una cámara de televisión con una luz enceguecedora. Al parecer, el amigo de Walter contó dónde estábamos porque lo asustaron diciéndole que podía ir preso por cómplice. A mí me subieron a un patrullero, mientras un periodista me hacía preguntas. A Walter lo sacaron y lo hicieron subir a otro auto. Cuando arrancaron, me agarró un ataque de nervios y me tuvieron que dopar.

Me desperté en casa. Estaba mamá al lado de la cama rezando el rosario. Le pregunté dónde estaba Arroba y me dijo que en la cocina, porque los gatos se ponían nerviosos. Después me dijo que durmiera; no parecía enojada. Fue el comienzo de una semana desconcertante. Estuve enferma, llorando, tratando de armar todos los pedacitos y de entender un poco lo que había pasado y lo que seguía pasando. Vi videos, leí diarios y revistas. No paraba de sonar el teléfono. Mamá no me dejaba atender por si era Walter o algunos de los cientos de medios que me querían hablar. Tampoco quería que saliera a la calle por la guardia periodística. Ahora se sabía que el aviso lo había puesto Walter porque él lo confesó. Sabiendo esto, Boris van der Honing, el supuesto mejor postor del remate, decía haber declinado en exigir su compra. Al parecer mamá se reunió con Walter y su padre, que tuvo que viajar desde España, porque hubo algunas consecuencias penales. No le hicieron nada a Walter pero lo asustaron un poco.

Me sorprendió la cantidad de cosas que decían los medios sobre mí sin conocerme. Una revista daba mi perfil psicológico, otra me ponía como paradigma de la juventud actual que no tiene ningún otro valor que el dinero. Así, los medios nos fueron transformando y caricaturizando, y nosotros (mamá, Walter y yo) nos fuimos pareciendo cada vez más a nuestras propias caricaturas.

Una noche mamá me dijo que iba a salir un rato y yo, haciendo zapping, me topé con el programa de Cacho Puente. El estudio estaba lleno de gente: abogados, gente de *rematando.com*, un sacerdote... De pronto vi que también estaba mamá sentada entre mi ginecólogo, el doctor Copello,

y un hombre rubio de bigote, de unos cincuenta años. Era Boris van der Honing. Primero discutieron las consecuencias jurídicas del caso. Si era o no prostitución, si lo que había hecho Walter era daño moral o uso ilegítimo de la imagen y el nombre. Un abogado con peluquín hablaba a los gritos de «la impunidad de este mocoso imberbe, este terrorista electrónico». Al fondo, en una pantalla grande, aparecía la imagen de Walter pero con la cara borroneada digitalmente porque era menor de edad. Discutieron si Boris había sido estafado. Unos decían que sí, otros que de ninguna manera, que la virginidad no es comercializable, que en todo caso entregar la virginidad es entregar el cuerpo y eso es prostitución. Otros decían que el comprador de la virginidad podría consumirla o no, podría comprarla por ejemplo para asegurarse de que la

persona la conservara. No se entendía mucho. Se interrumpían, se reían, se indignaban, se pisaban la lengua unos a otros. Parecía mentira que detrás de todo ese ruido estuvieran hablando de mi virginidad. Ahora en la pantalla del fondo estaban mis dos fotos, como un ícono que les gustaba poner por el contraste entre la nena de quince y la pecadora virtual. Yo volví a sentir esa fuerza oculta, ahora más fuerte que nunca, toda la energía que provocaba mi virginidad. Dejé de escuchar, porque sentía el poder de ser mirada, ser el centro hacia donde convergían los ojos y desde donde se irradiaba mi castidad como algo luminoso. Estuve mareada durante un rato, ausente, hasta que vi que hablaba mamá y empecé a escuchar. Parecía más tranquila, más acostumbrada a las cámaras. Cacho Puente, consternado, le preguntó cómo estaba yo, después le preguntó si dejaría que yo le diera mi virginidad al señor Boris a cambio de los diez mil dólares. Mamá dijo: «Yo quiero dejar bien en claro, señor Cacho, que la única manera y bajo las únicas circunstancias en que mi hija perdería la virginidad sería uniéndose en matrimonio con un hombre que ama». Por supuesto le preguntaron si dejaría que Boris me conociera y qué pasaría si yo me enamorara de él. Era obvio que el asunto había terminado pero no estaban dispuestos a dejarlo ahí. Mamá sonrió de una manera particular, una manera que me resultaba desconocida. Algo que yo no entendía estaba sucediendo.

Después supe que mamá tenía exclusividad con canal 9 y que, cada vez que iba al programa de Cacho Puente, le pagaban 300 pesos. Había empezado a salir en los medios para buscarme; después, para defenderme y, por último, porque no podía dejar de hacerlo. Mamá ganaba 500 por mes como empleada en la peluquería, de pronto con todo este asunto se había metido en un mundo donde se manejaban con otras cifras, donde la gente estaba vestida con ropa cara, se hablaba de miles de dólares, todo era más brillante que nuestro departamento de dos ambientes en San Cristóbal. A mamá se la veía muy atenta, interesada, con un poquito de maquillaje, y estaba más flaca, siempre fue más flaca que yo. Salía bien en la tele y no aparentaba los cuarenta que tenía entonces, estaba linda, como si después de esos quince días horribles que yo le había hecho pasar, ahora le hubiera llegado una segunda juventud.

Esa noche volvió tarde y me vino a hablar. Se sentó en el borde de la cama, me dijo que nos teníamos que ir por un tiempo del país, hasta que se pasara el revuelo, que era por mi bien; me habló maravillas de Boris, que era una buena persona, que en realidad la oferta de dinero la había hecho la producción del programa y él se había visto envuelto en una farsa, que no me preocupara, que él nos podía alojar por un tiempo en Holanda... No la dejé terminar, le dije: «Como no pudo con la hija, ahora quiere probar con la madre». Me pegó una cachetada y yo hice un esfuerzo por no desviarle la mirada. Fue la primera vez que la enfrenté realmente a mamá. «¿Te acostaste con ese chico?», me preguntó y la seguí mirando sin contestarle. Se levantó y, cuando estaba saliendo del cuarto, me dijo: «Vamos a Holanda, te guste o no».

III

En menos de una semana ya estábamos en el frío de Rotterdam con todos los ahorros de mamá y cuatro valijas; yo nunca había salido de la Argentina ni había subido a un avión. En el viaje al aeropuerto, unos fotógrafos nos siguieron en moto. Arroba se tuvo que quedar por un tiempo en lo de una vecina, hasta unos meses más tarde cuando pudieron mandarla. En Rotterdam, primero estuvimos en un hotel, después en un departamento que Boris nos ayudó a alquilar. Mamá se

empezó a dar cuenta de que Boris no era millonario pero no le importó. No me dejaba decir nada al respecto. Estaba enamorada y además era la primera vez en veinte años que no tenía que trabajar. No iba a dejar pasar la oportunidad. Boris trabajaba en publicidad, era divorciado y tenía dos hijos, Mark y Philip. A Mark nunca lo conocí, porque estaba estudiando en otra ciudad, pero con Philip nos hicimos amigos. Él me ayudó a adaptarme. Al principio nos comunicábamos por señas y monosílabos, pero después él me fue enseñando inglés, porque el holandés me resultaba imposible, me enseñó a moverme por la ciudad, a ir al supermercado, a la lavandería. Todo era distinto. Uno de los primeros días me dijo que era gay y yo le dije que era el primer chico gay que conocía. Pasamos bastante tiempo juntos. Con él empezó todo el tema de la webcam.

En su departamento le pedí si me dejaba mandar un mail y me comuniqué con Walter. La respuesta de Walter no fue muy expresiva pero me pidió disculpas y me pasó la clave de la dirección de mail que había puesto a mi nombre. Cuando abrí la dirección, la cantidad de mensajes que había para mí en el servidor tardó veinte minutos en bajar. Era gente de todo el mundo, hombres sobre todo, que querían saber cosas sobre mí, me pedían más imágenes. Yo les fui contestando de a poco. Al principio lo hice para no aburrirme porque no tenía nada mejor que hacer en todo el día, no podía ni ver televisión porque no entendía nada. Me quedaba a la tarde frente a la computadora y así fui aprendiendo a usar nuevas funciones, busqué cosas en internet y probé distintos programas. Philip me tradujo algunos de los mensajes que me llegaban. Casi todos querían fotos mías. Con la webcam fui mandando algunas, primero tímidamente, después poco a poco me fui entusiasmando.

Empezó como un juego, los hombres pedían más. Philip me enseñó a hacer mi propia página donde recibía cientos de visitas por día. Como las cosas con mamá estaban mal y ya ni hablábamos, trataba de verla lo menos posible y me quedaba en lo de Philip hasta tarde. Mientras él se iba a trabajar, yo prendía la webcam desde mi página y empezaba a experimentar distintas cosas. Siempre había alguien del otro lado, gente de los lugares más diversos. Chateábamos, me pedían que me sacara la ropa frente a la cámara, que les mandara fotos.

Ese fue el comienzo. A partir de ahí el crecimiento fue progresivo y constante. Ahora mi página es una de las más visitadas de la web. Vivo en una casa con cámaras en cada cuarto, prendidas las veinticuatro horas. No importa dónde estoy físicamente porque en realidad existo en el ciberespacio, me siento mucho más viva en la web que en el mundo exterior, más segura. Me paseo por el departamento, a veces me siento frente al espejo desnuda y me peino durante un rato largo, o la cepillo a Arroba que está gorda y blanca, las dos tiradas entre los almohadones. Mamá se mudó a Amsterdam con Boris. Walter me manda un mail de vez en cuando, me cuenta que terminó el secundario, se amigo con Rana, y ahora, inspirados por mí, planean armar juntos una página web para formar un club global bastante particular. No le guardo rencor a Walter. Al fin y al cabo fue él quien me metió en esta red de la que no quiero salir y que me está haciendo ganar cada vez más plata. Tengo casi un millón de adoradores: me miran dormir, comer, bañarme. Algunos me piden cosas insólitas, otros me preguntan cuándo voy a entregarme a algún hombre; yo les digo que sigo evaluando propuestas. Mientras tanto siento la fuerza de mi virginidad irradiándose por el mundo. Estoy contenta y tranquila. Siempre quise sentirme así, constantemente viva, protegida, sabiendo que no hago un solo gesto en vano, como cuando mamá me decía que Dios me estaba mirando.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

